

J. HERCULANO PIRES



**CURSO DINÂMICO
DE ESPIRITISMO**

O GRANDE DESCONHECIDO

CURSO DINÁMICO DE ESPIRITISMO

EL GRAN DESCONOCIDO

J Herculano Pires

El gran desconocido

- 1 - El proceso cultural
 - 2 - El Espíritu como elemento de la naturaleza
 - 3 - Los lazos del hombre con la tierra
 - 4 - Sexo y genética en el espiritismo
 - 5 - Amor y familia en los nuevos tiempos
 - 6 - Las relaciones familiares en el espiritismo
 - 7 - Medicina y espiritismo
 - 8 - Espiritismo y psicología
 - 9 - Psiquiatría y espiritismo
 - 10 - Epistemología espirita
 - 11 - Relaciones mediúmnicas naturales
 - 12 - Colaboración interexistencial
 - 13 - Función del egoísmo en el desarrollo humano
 - 14 - Los tres cuerpos del hombre
 - 15 - La trama de acciones y reacciones en la vida humana
 - 16 - La muerte de dios y el siglo xx
 - 17 - Acción espirita en la transformación del mundo
 - 18 - El problema de las mistificaciones
 - 19 - Amor, sexualidad y casamiento
 - 20 - Como combatir el espiritismo
- Notas biográficas sobre el autor

El gran desconocido

Todos hablan de Espiritismo, bien o mal. Sin embargo, pocos lo conocen. Generalmente lo consideran como una secta religiosa común atiborrada de supersticiones. Muchos lo ven como una tentativa para sistematizar creencias populares, en el cual se puedan encontrar todos los absurdos. Grandes científicos quisieron estudiar sus problemas, pero se desalentaron. Hay quienes lo perciben como una nueva Goecia, (magia negra de la Antigüedad), disfrazada de Cristianismo milagrero, y creen que pueden encontrar en él la solución a todos sus dificultades, conseguir filtros de amor y acertar los 13 puntos de la Quiniela (Lotería Deportiva). Pero, en verdad, ni sus propios adeptos lo conocen. Quien se confiesa espírita se arriesga a ser buscado para hacer “macumba”, “trabajitos” contra enemigos, o sanaciones milagrosas de enfermedades incurables. Grandes instituciones espíritas, usualmente fundadas por personas serias, se convierten, a veces, en verdaderas fuentes de confusión con respecto al sentido y a la naturaleza de la doctrina. El Espiritismo, nacido ayer, (a mediados del siglo pasado), es hoy tanto para quienes lo aprueban y lo ayudan como para quienes lo atacan y lo critican.

Durante mucho tiempo fue enfrentado con pavor por los religiosos, que veían en él una creación diabólica para la perdición de las almas. Hablar de los fenómenos espíritas era incitar a ser exorcizado. Leer un libro espírita era pecado mortal, comprar pasaje directo a la Caldera de Belcebú. Médicos ilustres llegaron a clasificar el Espiritismo como una fábrica de locos. Cuando comenzaron a surgir los hospitales espíritas para tratar a los enfermos mentales, pregonaron que los espíritas intentaban curar a los locos que ellos mismos habían creado, para aliviar así el peso de sus conciencias. Y cuando vieron que el Espiritismo realmente curaba a los locos incurables, pretextaron que los demonios se ponían de acuerdo para conseguir el poder.

Hoy la situación ha cambiado. Existen sociedades de médicos espíritas y las investigaciones de los fenómenos mediúmnicos ha invadido las mejores Universidades del Mundo. No se puede negar que la cosa va en serio; pero, definir el Espiritismo no es fácil. Porque nadie lo conoce; nadie cree que es necesario estudiarlo; casi todos piensan que se aprende la doctrina solamente con oír a los espíritus. Confunden a los intelectuales espíritas con los médiums. Suponen que quien escribe sobre Espiritismo no escribe, psicografía. Consideran que para estudiar la doctrina es preciso desarrollar la mediumnidad y recibir las maravillosas lecciones directamente de los Espíritus Superiores.

No obstante, el Espiritismo es una doctrina moderna, perfectamente estructurada por un gran pensador, escritor y pedagogo francés; hombre de letras y ciencias, famoso por su cultura y sus trabajos científicos, que firmó sus obras espíritas con el pseudónimo de Allan Kardec. Saber eso ya es saber algo al respecto, aunque se está muy lejos de saberlo todo, porque, en verdad, es una Doctrina compleja, que abarca todo el campo del Conocimiento humano, se presenta encuadrada en la secuencia epistemológica de:

a) Ciencia porque investiga los llamados fenómenos paranormales dotada de métodos propios, específicos y adecuados al objeto que investiga, habiendo dado origen a todas las ciencias de lo paranormal, incluso a la Parapsicología actual y su rama de Rumania, que,

para no asustar a los materialistas se encubre bajo el nombre poco conocido de Psicotrónica.

b) Filosofía porque interpreta la naturaleza de los fenómenos y reformula la concepción del mundo y de toda la realidad de acuerdo con los nuevos descubrimientos científicos; aceptada oficialmente en el plano filosófico, está incluida en el Diccionario Filosófico del Instituto de Francia; y en Brasil, reconocida por el Instituto Brasileño de Filosofía, consta en el volumen Panorama de la Filosofía en São Paulo, edición conjunta del Instituto y de la Universidad de São Paulo, coordinado por el Profesor Luiz Washington Vitta.

c) Religión - como consecuencia de las conclusiones filosóficas basadas en las pruebas de la sobrevivencia humana después de la muerte, y en las relaciones históricas y genéticas del Cristianismo con el Espiritismo; considerado como la Religión en Espíritu y Verdad anunciada por Jesús, según los Evangelios; religión espiritual sin aparatos formales, dogmas de fe, institución eclesiástica, ni sacramentos.

Esta secuencia obedece a las leyes de la Gnoseología, ya que en ella tenemos el conocimiento que comienza con las experiencias del hombre con el mundo y se desenvuelve con las deducciones del pensamiento en la meditación filosófica y determina el comportamiento humano dentro del marco de la realidad conocida; ya que en el Espiritismo esa realidad trasciende los límites de la vida física, la moral se proyecta al plano de las relaciones del hombre con la Divinidad, y adquiere un sentido religioso.

Manejando así el problema, la complejidad del Espiritismo se vuelve fácilmente comprensible. Todo en el Universo se lleva a cabo mediante la acción y el control de leyes naturales que corresponden a la inmanencia de Dios en el Mundo a través de sus leyes. Toda la realidad verificable es algo natural, de modo que los espíritus y sus manifestaciones no son sobrenaturales, sino hechos naturales explicables, resultantes de leyes que la investigación científica esclarece.

Lo Sobrenatural sólo se refiere a Dios cuya naturaleza no es accesible al hombre en esta etapa de su desarrollo, pero lo será posiblemente cuando alcance los grados superiores de su evolución. Todas las posibilidades están abiertas y serán franqueables para el ser humano en todo el Universo desde el momento que comience a avanzar en el desarrollo de sus potencialidades espirituales, según las leyes de la trascendencia.

Este volumen procura dar una visión general del Espiritismo en forma de exposición libre, sin un esquematismo didáctico, mostrando las connotaciones de la Doctrina con las posiciones culturales de la actualidad.

No se trata de la supuesta actualización intentada por ciertos autores que desconocen las dimensiones del Espiritismo y no pueden relacionarlo con los avances científicos, tecnológicos, filosóficos y religiosos (morales) de la actualidad. La actualización, en este caso, sigue el método expositivo, revelando la plena actualidad de la Doctrina y desarrollando algunos temas kardecianos en una exposición más minuciosa, para la mejor comprensión de los lectores.

La actualización del lenguaje y de la terminología doctrinaria de las obras de Kardec es una pretensión inapropiada. Cada doctrina científica o filosófica tiene su propia terminología, que solamente se transforma mediante nuevos hechos encontrados por las investigaciones. Además, esas actualizaciones, como saben los especialistas, generalmente se transforman en atentados contra la doctrina, debido a la falta de conocimiento de quienes pretenden hacerlas.

Una doctrina se actualiza en la proporción en que evoluciona refinando sus principios con incrementos reales de conocimiento. No existe en el mundo actual ningún centro de investigaciones y de estudios espíritas que, por el descubrimiento de nuevas leyes sobre la realidad espírita, se haya francamente adelantado a Kardec. El Espiritismo avanza y por sus principios y sus conceptos va mucho más al frente que la realidad actual. Y aunque no avanzara, nadie tiene el derecho de interferir en la obra de Kardec, ni en la obra de ningún otro científico o literato. Para todos es libre el derecho de expresarse mediante nuevos escritos; mas no hay derecho alguno que le permita a cualquiera alterar la obra de otro, como ningún pintamonas tiene el derecho de desfigurar las obras clásicas de la cultura mundial.

Los capítulos de este libro corresponden a exposiciones doctrinarias hechas por el autor en varias ocasiones, disputando en conversaciones literarias o científicas, e incluso en numerosas Facultades de Teología católicas y protestantes, así como en debates por televisión. Por eso son capítulos escritos en un lenguaje libre, que da al lector la posibilidad de intentar refutar las tesis expuestas, discutiendo los problemas consigo mismo. Esperamos que los medios espíritas, particularmente, aprovechen estos capítulos para una incursión más osada en las posibilidades de conocimiento que el Espiritismo nos ofrece en todos los campos de las actividades humanas y en vista de los múltiples problemas que nos desafían en esta hora de transición de la cultura humana.

Son años de estudios, experiencias, investigaciones e intuiciones espirituales, los que se van acumulando en estas páginas al correr de las teclas, tras riguroso control por la razón; porque, en el Espiritismo, todo debe ser rigurosamente sometido a análisis y críticas racionales.

EL PROCESO CULTURAL

En el proceso histórico del desarrollo de la cultura en nuestro mundo, podemos señalar tres etapas bien definidas.

-Culturas Empíricas.

-Culturas Religiosas.

-Culturas Científicas.

Las Culturas Empíricas surgieron de las relaciones primarias del hombre con la Naturaleza, son consecuencia de experiencias naturales. De esas experiencias el hombre elaboró los tres elementos básicos de toda cultura.

-el lenguaje,

-el rito,

-el instrumento.

No se trata de una elaboración sucesiva, sino sincrónica; una reelaboración de las experiencias animales. Todo se encadena en el Universo, dice El Libro de los Espíritus. En ese encadenamiento las voces animales se transformaron en el lenguaje humano; las costumbres pasaron a ser los ritos y rituales de la sociabilidad humana y de los ceremoniales religiosos; las garras de los animales se proyectaron en los instrumentos de palo y piedra de que el hombre se sirve al obrar sobre la Naturaleza para adaptarla a sus necesidades de sobrevivencia.

Las experiencias que dieron paso a la Cultura Empírica también excitaron las potencialidades del espíritu, promoviendo su crecimiento aun cuando todavía se convivía en tribus y en hordas. La ley de adoración, proveniente de la idea de Dios innata en el hombre, generó la veneración a los poderes misteriosos de la Naturaleza e instituyó los primeros rituales de reverencia a los pagés o chamanes y a los hechiceros, tanto como al cacique y a los jefes guerreros. El culto a las divinidades de la selva nació de esos rituales.

Así, pues, la Cultura Empírica generó la Cultura Religiosa de las primeras tribus sedentarias. Luego, en las primeras civilizaciones agrarias y pastoriles, la idea de Dios se definió con más nitidez al expandirse la Razón bajo la influencia de los ritos de la Naturaleza. El milagro de la germinación manifestado en el ritmo regular de las estaciones, y la proliferación de los rebaños comprobaban la existencia de inteligencias superiores que controlaban los fenómenos naturales y protegían al hombre. El animismo, proyección del alma humana en las cosas, consideraba a la Naturaleza impregnada por una vida ficticia en la que la piedra, el árbol, el río, el bosque, la montaña, el mar, todo habla y piensa con cualidades humanas. Las manifestaciones espíritas prueban la realidad anímica de la Naturaleza.

La idea de Dios, Ser Superior, creador y dominador del mundo, se impuso al hombre con figura, necesariamente, humana. Y como Dios no podía estar solo, fue multiplicado por mitos que simbolizaban sus supuestas actividades ligadas a las actividades humanas. Al mismo tiempo, de las fuerzas destructoras y las manifestaciones de espíritus malignos se originaron los mitos de la oposición a Dios. Nació el Diablo de ese contraste, y se estableció la lucha entre el bien y el Mal, la cual somete al hombre a la esperanza de la protección divina y al temor de los poderes maléficos.

La Cultura Religiosa se configuró al sintetizarse esa dialéctica de lo invisible y de lo visible, del sentimiento y de la sensación, que hizo evolucionar a las civilizaciones agrarias y pastoriles hacia la etapa de las civilizaciones teocráticas que se originaron en Oriente, en las regiones donde brilla la luz cada alborada.

Los ritmos de la Tierra y del Cielo, es decir, del día y de la noche, de las estaciones del año, del Sol y la Luna, de las constelaciones anunciadoras de cada cambio en el tiempo, la lluvia y las inundaciones, los terremotos, las erupciones volcánicas, las pestes, las plagas, el relámpago, el rayo y las tempestades exigieron el ordenamiento del caos y, al mismo tiempo, incrementaron la complejidad de los cultos. Los soberanos de las naciones pasaron a ser hijos de Dios y a poseer poderes divinos.

La cultura se fue plasmando con la argamasa de los sentimientos y de las sensaciones. La Fe se definía como sentimiento y sensación en mezclas condicionadas por la Razón, y se expresaba en formulaciones filosóficas. La Teología brotó de ese complejo de misterios como Ciencia Suprema de los videntes y de los profetas, de los hombres más que hombres de que hablaría después Descartes, hombres privilegiados por la sabiduría infusa que descende del Cielo gratuitamente para iluminar la Tierra. La Cultura Religiosa era vista como una ofrenda celeste que los hombres simplemente hombres no podían tocar con sus manos indignas, ni podían evaluar con sus mentes entorpecidas por los intereses materiales y las ambiciones inferiores de la vida perecedera.

El Mundo se dividió en dos partes irreconciliables y de ellas surgieron los conceptos de lo Sagrado y de lo Profano. Las Culturas Religiosas se desligaron de la tradición empírica, rechazaron la experiencia natural, relegándola al campo de lo profano, de lo pecaminoso. Se entregaron a la locura de lo supuesto, de lo imaginario.

El Cristianismo, se envolvió en contradicciones humanas. Cayó en la simonía, en el comercio codicioso de sacramentos y de indulgencias, mientras pregonaba la renuncia al mundo y la santidad de la pobreza; proclamaba la humildad como virtud y se investía de poder político; denunciaba al paganismo y al judaísmo como heréticos y asimilaba sus rituales y su política gananciosa; pregonaba el Reino de Dios y se apoderaba de los reinos terrestres; impugnaba la sabiduría griega y conformaba su saber con imitaciones serviles de Platón y Aristóteles; elogiaba la fraternidad y promovía guerras fratricidas en nombre de Dios; se erigía en religión del Dios Único y dividía a Dios en tres personas distintas; instituía el celibato como virtud y hacía comercio codicioso del sacramento del matrimonio; combatía la magia y revestía su culto de poderes mágicos; luchaba contra las herejías y cometía la herejía máxima de someter a Dios al poder del sacerdocio en el acto eucarístico;

atacaba la idolatría y abarrotaba sus templos con ídolos copiados de la idolatría mitológica; llegaba al colmo de la enajenación estableciendo el sistema cerrado de las clausuras y de los monasterios segregados; preconizaba el Evangelio y negaba al pueblo el acceso a los textos que consideraba privativos del clero; propalaba la supremacía espiritual del amor y fomentaba el odio contra los que no aceptan sus principios.

La alienación cristiana hace de la cultura un sincretismo de absurdos, asimilados de dogmas y rituales bastardos de iglesias y órdenes ocultas de la más lejana Antigüedad, que transforman el conocimiento en una gigantesca colcha de retales en donde hasta los propios vestidos sacerdotales y los atavíos del culto son copiados de antiguas iglesias condenadas por ella misma.

La cultura cristiana fue engrosada por suposiciones falaces y por un fabulario ridículo ensamblado con supersticiones erigidas sobre verdades absolutas derivadas de revelaciones divinas. La verdad artificial de la sabiduría eclesiástica encubre la realidad con el espeso velo de las lucubraciones de los teólogos, bellos modelos de esquizofrenia catatónica y megalomanía delirante.

La cultura general, en evolución durante las fases anteriores, se estancó en un charco de mentiras sagradas, fue adormecida con doradas píldoras anestésicas. Se interrumpió el proceso cultural. No se podía conocer nada más. Cada iglesia tenía su verdad propia e inverificable, siendo la Iglesia Cristiana la más poderosa barrera a cualquier tentativa de investigación de la realidad. La muerte cruel fue el premio de los que se atrevieron a rasgar el Velo de Isis para mostrar el cuerpo de la Verdad Desnuda.

La vivacidad creciente de la imaginación creadora había confinado la cultura a un solipsismo devorador. Todo estaba aclarado: la imaginación de los poetas (considerados profetas) resolvía todos los misterios en términos de mitología griega o tradición romana; los teólogos solucionaban los problemas de la vida y de la muerte con bellas frases en latín; las iglesias detentaban la Verdad Absoluta, maldiciéndose entre sí, y velaban por el orden cultural persiguiendo y matando en nombre de Dios a los atrevidos que osaban profanar la Palabra de Dios, escrita en la Biblia por viejísimos judíos que habían, en una confabulación con César y su legado Pilatos, condenado a la flagelación y a la cruz a un joven carpintero que tuvo la audacia de presentarse como el Mesías de Israel.

La Cultura Científica tuvo que romper, con atrevidos golpes, la selva selvaggia de esa cultura religiosa, inconsecuente, contradictoria y arrogante, embalsamada como un pájaro muerto en viejos pergaminos de una sabiduría hecha de suposiciones y pretenciosas lucubraciones. El mundo de los hombres se desligaba totalmente de la realidad, encerrándose en un capullo de formulaciones abstractas.

Más bizantina que Bizancio, la Roma católica sofisticaba sobre problemas que se rehusaba a conocer, y cuyas conclusiones, sólo la ignorancia total y la ingenuidad de las poblaciones bárbaras, podía aceptar. Después de la caída del Imperio de Occidente, se comprobó históricamente la afirmación evangélica de que la enseñanza de Jesús sería corrompida y que se necesitaría tiempo para que los hombres pudiesen comprenderla. El milenio

medieval, a pesar del fuego de las trágicas hogueras y las peligrosas locuras de un misticismo criminal, cumplió la función de refinar la razón para que sirviera de guía al pensamiento y de freno a la imaginación, de modo que, en el Renacimiento, los frutos de experiencias dolorosas despejasen nuevas perspectivas que favorecieran el surgimiento de una cultura realista, apoyada en investigaciones metódicas de la realidad.

Fue entonces que la esquizofrenia mundial se reveló definitivamente: El espíritu humano estaba dividido en una cultura presuntuosa formada por los dogmas absurdos de las religiones; y una cultura rebelde, atrevida y exigente, que arrancaba a los hombres de la ilusión de un saber confuso, para ofrecerles el saber legítimo que iniciara la etapa de las experiencias empíricas, demostrándose a sí mismo que no era parte integrante de la incoherencia alucinante del fanatismo religioso.

El movimiento de la Reforma, desencadenado por Lutero como consecuencia de las luchas de Abelardo y de las proposiciones de Erasmo de Rotterdam, en conjunción aparentemente casual con las tentativas de investigación objetiva de Galileo, Copérnico, Giordano Bruno y otros mártires de la ciencia naciente, marcó el derrotero de una nueva concepción del mundo y del hombre. Abelardo fue el precursor medieval de Descartes, quien a su vez fue el precursor de Kardec.

En vez de los fundamentos emocionales de la Fe absurda y ciega, los pioneros del retorno a lo real ofrecían al mundo los fundamentos de la Razón esclarecida y de la investigación científica. La Verdad resurgía de las cenizas de las hogueras criminales y la Fe de ojos abiertos substituía a la ceguera esclerótica de las sacristías.

Pero la lucha por la Verdad de la concepción cristiana restablecida, solamente alcanzaría su apogeo a mediados del siglo XIX con la Codificación del Espiritismo, como resultado de las investigaciones pioneras de Kardec sobre los fenómenos mediúmnicos, admitidos hoy por la Ciencia con la denominación de paranormales. Kardec había probado que los médiums no eran sujetos anormales como pretendían los investigadores de la Medicina y la Psicología, ni seres sobrenaturales, como pretendían los defensores de dogmas obsoletos, sino personas naturales y normales.

La Mediumnidad se imponía en la investigación de los científicos expositores de la época, que al mismo tiempo rasgaban el Velo del Templo, para revelar sus misterios, y los Velos de Isis, para desentrañar el sentido de los símbolos mitológicos. Los hombres empezaron, entonces, a comprender que no sabían nada y que tendrían que luchar para descubrir la Verdad escondida detrás de la apariencia engañosa de las cosas y de los seres.

La Ciencia Espírita se instaló en el mundo con sus acompañantes imprescindibles: la Filosofía Espírita y la Religión en Espíritu y Verdad. El Espiritismo, en sus tres aspectos, está hoy confirmado por la Cultura Científica y su alcance cósmico se confirma por el ritmo acelerado de las conquistas culturales del siglo, que restablecen la enseñanza, corrompida por las ambiciones humanas, que Jesús de Nazaret sembró con palabras de vida e inmortalidad en las almas de todos los tiempos.

EL ESPIRITU COMO ELEMENTO DE LA NATURALEZA

Los conceptos de naturalidad y de normalidad emanan de las experiencias de la Cultura Empírica y subsisten en la Cultura Científica como residuos de aquella fase primaria. Esos residuos emocionales se mantuvieron a lo largo de todo el proceso religioso, por estar enmarcados en el concepto mágico y místico del Universo Misterioso, inaccesible a la comprensión humana común. Las Religiones ligaron estrechamente esos conceptos a las nociones de sagrado y profano, pero no tuvieron capacidad para superarlos.

El misticismo es una forma de locura, de fuga necesaria para el hombre ante la dureza de la realidad objetiva, en donde las leyes de las estructuras palpables actúan de manera inflexible. El místico es un tráfuga de lo real.

El ansia de trascendencia del hombre sin motivaciones definidas lo lleva a rechazar el mundo objetivo y a buscar como sustituto una supuesta realidad, imaginada como mejor que lo perceptible. Surgen de ahí las categorías de lo espiritual y de lo material, que, aunque confusas en la fase mitológica, posteriormente provocan la división arbitraria y misteriosa de los conceptos teológicos. Los principales factores de este proceso son.

- la intuición de la indestructibilidad del ser;
- el miedo a la muerte por considerarla como aniquilamiento total;
- el deseo de liberarse de la condición material.

El ser es lo que es y se rehúsa a dejar de ser lo que es. Se reconoce a sí mismo como forma existente subjetiva, integrada en la estructura objetiva de la realidad material; pero sabe, por experiencia empírica, que esa condición material es efímera y que fatalmente será deshecha por la muerte. El instinto de conservación lo lleva a reaccionar contra esa fatalidad. Las pruebas de supervivencia dadas por los fenómenos mediúmnicos no lo satisfacen porque esa supervivencia espiritual lo desliga de lo sensible, lo único que le parece natural. Él se apega a esa realidad a través de una concepción mística indefinida, que le permite aceptar la posibilidad de una continuidad natural después de la muerte.

Las momias y los mausoleos egipcios, el paraíso sensorial de los árabes y los dogmas religiosos de la resurrección en el propio cuerpo carnal atestiguan esa esperanza en el mismo proceso histórico. Hay personas cultas, aún hoy, que no consiguen concebir la supervivencia humana después de la muerte en términos espirituales. Han condicionado su mente, de tal manera, al mundo tridimensional, asustadas por los delirios de la cultura religiosa, que temen apartarse de la seguridad sensorial de la materia. La concepción materialista del mundo, tan absurda como la concepción mística, surge de la frustración del ser ante el pandemónium de las alucinaciones del fabulario religioso.

Kardec tuvo que actuar con prudencia en la divulgación del Espiritismo, para que la reacción violenta y fanática de las religiones no asfixiase en la cuna la nueva visión del mundo que nacía de sus investigaciones mediúmnicas. Pero, en su libro *El Cielo y el*

Infierno, colocó al Cristianismo sincrético de la Iglesia en el banco de los reos y demostró que la mitología de los clérigos era más absurda y más cruel que la del mundo clásico mitológico.

La vida eterna ofrecida por la Iglesia depende de quincallerías sagradas, de creencias simplonas, de acondicionar la mente a un dogmatismo irracional; mientras que los mitos del paganismo se enraizaban en la realidad empírica, en las experiencias naturales del hombre en el mundo, y en la ley universal de la metamorfosis, de la incesante transformación de las cosas y de los seres a lo largo del tiempo y del proceso histórico racional.

La indestructibilidad del ser no estaba condicionada en el pensamiento mitológico a las exigencias de una institución religiosa artificial y autoritaria, sino a las condiciones visibles y palpables de la realidad natural. La simbología mítica no creaba un quiosco de baratijas, no dependía de un comercio de contrabandistas en las fronteras desguarnecidas de la muerte, sino de las exteriorizaciones emotivas de la sensibilidad humana ante los misterios del mundo todavía inexplorados.

La indestructibilidad del ser y, por tanto, su inmortalidad, surgía espontáneamente de la indestructibilidad del mundo en donde las cosas y los seres se transforman según la ley natural, sin depender de bendiciones o maldiciones sacramentales. Los dioses nacían de las aguas y de la tierra, como nacen todas las cosas. Esa naturalidad del pensamiento mitológico fue rechazada por la cultura teológica, que huyó de lo real hacia lo irreal, de lo natural hacia lo imaginario.

El miedo a la muerte como destrucción total del ser humano se compensaba, en el paganismo, por la noción de la continuidad del alma más allá de las dimensiones de la materia. Sócrates expuso bien esta cuestión al defenderse ante el tribunal de Atenas.

Según la Apología que Platón le dedicó, Sócrates consideró la muerte como natural y hasta conveniente a la edad en que él se encontraba. Recordó que los jueces que lo condenaban también estaban ya condenados y analizó las dos alternativas de la muerte: o sobrevivir a ella y encontrar a los sabios del pasado en el plano espiritual, lo que sería una felicidad; o no sobrevivir y disolverse en el todo, lo que sería el descanso perfecto. De ninguna manera le preocupaba la muerte. La ley humana que lo condenaba solamente apresuraba el cumplimiento inevitable de la ley natural a la que todos estamos sujetos. Él era médium vidente y audiente, consultaba siempre a su demonio o espíritu protector, conocía el problema de la supervivencia espiritual; pero hablaba a hombres que no tenía esa experiencia y usaba el raciocinio más apropiado al momento.

Ese episodio nos muestra que el miedo a la muerte no era tan angustiante entre los griegos paganos; que ellos encontraban en el pensamiento de los filósofos una consolación racional que la Iglesia Cristiana jamás ha ofrecido a sus adeptos, siempre aterrorizados por el juicio final, la ira de Dios y las crueldades eternas a que estarían sujetos si cayesen en las garras del Diablo.

Entre los celtas, en las Galias devastadas por la brutal conquista romana, los bardos cantaban en las tríadas drúidicas la felicidad de los que sobrevivían después de una existencia dedicada al cumplimiento de los deberes humanos. La muerte no los asustaba. Pero el terror cristiano a la muerte, en la era teológica de la deformación del Cristianismo, revistió a la muerte con todos los aparatos trágicos de una civilización insegura y angustiada, sembrando el terror en la mente popular.

La presión aplastante de esa forma coercitiva de terrorismo mental, como en todos los excesos, generó la revuelta y la descreencia, llevando a los cristianos a optar por la segunda alternativa expuesta por Sócrates: el materialismo, inconsecuente, sí, pero, al menos, racional.

Esto era natural e inevitable. Solamente el regreso a la experiencia empírica podía detener la evasión mística, reconducir a los hombres al buen sentido, a las medidas controladoras del pensamiento racional. El deseo de librarse del acondicionamiento material, provocado por los éxtasis místicos, por los delirios de la imaginación excitada, fue motivo de lamentaciones primeramente para Descartes con su duda metódica y poco después para el escepticismo desolador y el materialismo árido que juzgaban que era necesario vaciar el mundo de las alucinaciones teológicas para que el hombre volviese a pisar el suelo, a palpar la tierra.

Si Kardec señaló más tarde que la finalidad del Espiritismo era transformar el mundo, apartando al hombre del egoísmo y del materialismo, fue porque, en su tiempo, la victoria de la razón ya se definía, a través de las conquistas científicas de tres siglos, (XVI, XVII y XVIII), preparando al siglo XIX para el Renacimiento Cristiano mediante el Espiritismo.

En esa etapa, tan próxima a la nuestra, urgía restablecer en el hombre la fe basada en la razón, mostrarle que la insensatez mística debía ser corregida por la experiencia no menos insensata del materialismo. Si la mística llevaba al hombre a querer huir de las limitaciones corporales a través de cilicios y aislamientos negativos, que lo apartaban de las experiencias de las relaciones humanas; el materialismo lo llevaba a aferrarse al cuerpo, perdiendo la visión espiritual de su realidad subjetiva. La gran tarea del Espiritismo se definía con certeza: era contener la emoción y la imaginación, unir la fe a la razón, enmarcar al psiquismo humano en la realidad terrenal.

Era lo que Jesús había hecho en Palestina combatiendo los excesos del misticismo judío y las miserias del materialismo saduceo. El Espiritismo daba continuidad, casi dos mil años después, al pensamiento cristiano desfigurado por el sincretismo religioso de los clérigos ambiciosos que no vacilaron en cambiar el Reino de Dios por los reinos de la Tierra. Kardec podía entonces proclamar la verdad sencilla que no había sido aceptada por falta de cualidades culturales válidas: el espíritu no es sobrenatural, es el copartícipe de la materia en la constitución de una realidad única, la realidad espíritu – materia del mundo y del hombre.

La conclusión de Kardec es límpida y simple: los Espíritus son una de las fuerzas de la naturaleza. Sin comprender eso no podremos comprender el Espiritismo. Espíritu y materia

son los dos elementos constitutivos de toda la realidad. Esos elementos son dimensionales, constituyen dimensiones diversas de la realidad única. No podemos dividirlos en natural y sobrenatural, pues ambos se funden en la unidad real de la Naturaleza, como la Ciencia actual lo demuestra, aunque sin comprender todavía sus conexiones profundas y sutiles.

León Denis, discípulo y continuador de Kardec, consideró el Espiritismo como la síntesis conceptual de toda la realidad. El misterio de la Trinidad, que se manifiesta en forma mitológica o mística en todas las grandes religiones del mundo, se define en la racionalidad espírita con la terminología de la explicación kardeciana.

- Dios,
- Espíritu,
- Materia.

Dios es la Inteligencia Suprema, la Conciencia Cósmica de donde todo deriva y que a todo controla. Solamente Él es sobrenatural, pues, se sobrepone a toda la Naturaleza. Es la Unidad Solitaria de la conceptualización pitagórica, que se mantiene en lo Inefable. Ese es su aspecto transcendente.

Pero Pitágoras nos habla de un estremecimiento de la Unidad que desencadenó la Década, generando el Universo. Y tenemos así el aspecto inmanente de Dios, que se proyecta en su creación y a ella se une, haciéndose espontáneamente su alma y su ley. De esta manera, lo propiamente Sobrenatural se vuelve Natural. La Conciencia Cósmica impregna el Cosmos y le imprime el esquema infinito de sus designios.

Leibnitz desarrolló la teoría de la mónada para explicar filosóficamente el proceso de la creación. Las mónadas serían partículas infinitesimales del pensamiento divino que, como las semillas, traen en sí mismas el plan secreto de lo que va a ser creado. De la actividad de las mónadas, invisibles a nuestros ojos, se forman los reinos naturales.

- Mineral,
- Vegetal,
- Animal,
- Hominal,
- Espiritual.

Este proceso creador es explicado por Kardec, bajo la orientación del Espíritu de la Verdad, como un desarrollo incesante de las potencialidades monádicas, en un flujo evolutivo que sube sin cesar desde los reinos inferiores hacia los reinos superiores.

León Denis explica ese flujo en una expresión poética: “El alma duerme en la piedra, sueña en el vegetal, se agita en el animal y se despierta en el hombre.” Dios, la Ley Suprema, controla todo ese proceso en sus mínimos detalles. El alma es la mónada, principio

individual que se caracteriza como principio inteligente en El Libro de los Espíritus. Es así como el espíritu estructura la materia dispersa en el espacio infinito.

Las hipótesis científicas del Universo Finito provienen de la incapacidad de la Ciencia para abarcar la infinitud cósmica. Kardec advierte que, por más que ampliemos los límites supuestos del Universo, siempre habrá en nuestra imaginación una infinita continuidad del espacio cósmico. La consideración científica de los límites es puramente metodológica, determinada por la necesidad de orden en nuestra mente. La propia Creación es infinita, incesante.

Gustavo Geley, metapsíquico francés, considera la mónada como un dínamo - psiquismo inconsciente que dirige la constante metamorfosis de las cosas en seres, hasta llegar al hombre que, a su vez, tomando conciencia de su destino, se transforma en ángel, integrando el reino espiritual de la Angelitud, el de los Espíritus Superiores.

En esa cosmogonía dinámica vemos que nada escapa del plano natural. Los espíritus nacen de las entrañas de la materia, están insertados en ella y dentro de ella se metamorfosean. Los filósofos existencialistas de nuestro tiempo refrendan en sus teorías esa concepción naturalista del espíritu. Pues, ¿qué es el espíritu sino la propia criatura humana? La muerte nos muestra que el cuerpo perece, pero el espíritu no.

Enseñaba el Padre Vieira: “¿Queréis saber lo que es el alma? Mirad un cuerpo sin alma.” La Filosofía Existencialista proclama: “La existencia es subjetividad pura.” Y la existencia, en este caso, es el espíritu que hace del hombre un existente, un ser que existe, que sabe qué es, y por qué existe, y busca su trascendencia. La Vida es común a todas las cosas y a todos los seres, pero la Existencia es la condición específica del hombre, que no se limita a vivir, sino que lucha para trascenderse. En esa trascendencia el hombre pasa de la humanidad (el reino hominal) hacia la angelitud (el reino espiritual). Siendo el espíritu nuestra propia esencia, lo que somos realmente con toda nuestra personalidad, es evidente que el espíritu no es sobrenatural, sino natural, un elemento vivo y dinámico de la Naturaleza. Cuando tomamos conciencia de esa concepción espírita del mundo y del hombre, la realidad se impone a nuestra mente, ahuyentando las confusas e incongruentes fabulaciones teológicas.

LOS LAZOS DEL HOMBRE CON LA TIERRA

Las investigaciones antropológicas y psicológicas confirman la conocida expresión de Camões en las Luisiadas: ...el hombre, ese insecto de la naturaleza, tan pequeño.

El mito de Adán y Eva peca por distorsión histórica, pues constata que el hombre ya era una realidad cultural en el mundo antes de que ellos fueran creados. Adán y Eva nacieron muy tarde, forjados por la mitología judía, retardataria y sociocéntrica. (Véase el libro Adán y Eva, en esta serie). La verdad es que el hombre no llegó a la Tierra como un ser caído. Por el contrario, mediante un parto genético, producto de la elaboración evolutiva de las leyes naturales, brotó de las entrañas del planeta en cuerpo y en espíritu, según la tesis de La Evolución Creadora, de Bergson. Hecho del limo de la Tierra, según la expresión bíblica, el origen divino del hombre no está en el milagro fantástico del fiat, sino en la remota insuflación de las mónadas en la creación, embrionaria y caótica.

La teoría científica de la evolución, prescindiendo de la esencia espiritual independiente del hombre, lo considera como una unidad evolutiva totalmente material. Darwin afirma que el hombre resulta simplemente de la evolución de las especies animales: es un animal que desarrolló la razón. La opinión espírita de Alfred Russell Wallace, colega de Darwin, fue simplemente rechazada por la Ciencia.

Hoy, el prejuicio materialista se ha superado en los medios científicos más avanzados con los últimos descubrimientos de la Física Nuclear. La concepción espírita del hombre vuelve a predominar y la Parapsicología, a través de sus investigaciones, sustenta que es un ser doble que posee un contenido extrafísico, según la cautelosa expresión de Rhine. De esta manera vuelve a confirmarse la validez científica de la Ciencia Espírita y de sus métodos de investigación.

Los lazos del hombre con la Tierra son de tipo genético y siguen una secuencia evolutiva compleja. Las etapas de esa secuencia aclaran la expresión de León Denís que ya mencionamos.

- a) **Reino Mineral:** El alma duerme en la piedra el sueño preparatorio de sus vibraciones atómicas ocultas.
- b) **Reino vegetal:** El alma sueña con la germinación de un mundo mágico de fibras, flores y frutos, intentando librarse del suelo y proyectarse a las alturas. El viento mueve sus hojas y ramos y las raíces penetran en el subsuelo atraídas por las venas de agua subterránea, activadas por el tropismo que también impulsa hojas y ramos en dirección a la luz: son los primeros ensayos de la motilidad. El vegetal es donación, como observó Hegel; el momento en que las energías monádicas se abren para la donación de sí mismas al mundo, es una anticipación del altruismo humano.
- c) **Reino animal:** La estructura monádica, abierta en el vegetal en donación de sí misma, se retrae para centralizar en el centro monádico (especie de núcleo atómico) el control general

de su estructura; se desprende del suelo y asume la responsabilidad instintiva de su motilidad, de su capacidad de moverse sola. En consecuencia, las formas de la motilidad se multiplican según las especificaciones del desarrollo de las potencialidades de la mónada. Por ejemplo.

- El rastrear, acompañado casi siempre del excavar, conserva los automatismos de defensa y protección adquiridos en las fases trópicas de la movilización de las raíces en el subsuelo.
- El andar desenvuelve la capacidad de equilibrio sobre la superficie terrestre; el uso de garras y patas y la función de los músculos, anuncian la aparición de los bípedos.
- El saltar, primera tentativa por liberarse de la fuerza de gravedad, reminiscencia inconsciente de la oscilación del ramaje en lo alto, mecido por el viento, presagian el vuelo.
- El nadar, forma de equilibrio proveniente de las primeras sensaciones acuáticas en el fondo de los mares, lagos y ríos, requiere el dominio de la fluctuación de las corrientes líquidas, anuncio del equilibrio del vuelo en aire.
- El volar, síntesis de todas las modalidades de equilibrio, en que todas las energías de la motilidad entran en acción, liberando al ser naciente de la necesidad de apoyos relativos a la tierra o al agua, levitaciones de un futuro distante en que tendrá que proyectarse a dimensiones superiores del Cosmos y a las hipóstasis (esferas de la erraticidad) de los mundos espirituales.

El nadar y el volar marcan el inicio y el final de las experiencias de la motilidad, según el esquema infinito del desenvolvimiento de las potencialidades de la mónada, es decir, del PRINCIPIO INTELIGENTE QUE ES LA MATERIA PRIMA DEL SER. El esbozo esquemático que presentamos es solamente un bosquejo general, desprovisto de las minucias que sólo una investigación más profunda nos podría dar para que tengamos una visión grandiosa del plan divino de elaboración o formación del Ser, de la síntesis final del gigantesco proceso ontogénico, representado por la criatura humana superior.

Las implicaciones éticas de ese proceso, para una conciencia ilustrada y ponderada, son suficientes para considerar como groseras todas las teorías que pretenden establecer sistemas políticos y sociales que rebajan la dignidad humana en favor de intereses mezquinos. Por otro lado, esta visión espírita del proceso genético reduce a la condición de un fabulario ingenuo, típico de las civilizaciones agrarias y pastoriles, a toda la mitología bíblica sobre la cual las Iglesias Cristianas fundaron sus teologías.

La Palabra de Dios nunca fue pronunciada en lengua humana alguna; solamente se expresa en el lenguaje monádico de las leyes irreversibles que rigen el infinito, desde las constelaciones atómicas de un grano de arena hasta las galaxias superiores. Dios no habla en palabras, habla en mónadas. Sus frases no están escritas en ninguna de las lenguas inexpresivas de los planos inferiores, y sus frases no están sujetas a la exégesis de las mentes relativas. Cada palabra del lenguaje divino es un ser y cada frase es un mundo, cada discurso una constelación con millones de años luz de extensión. No obstante, nuestro

pensamiento podrá comprender ese lenguaje divino, cuando tengamos esa virtud tan simple y tan difícil que se llama sencillez y que florece en la humildad.

La Tierra y el Hombre forman una unidad, pues nuestras relaciones con el planeta se establecieron con la Génesis. Pero la Tierra no es solamente el planeta material que nos sostiene. Benito Espinosa, cuyas relaciones con el Espiritismo son evidentes en su Ética, enseñó la existencia de la NATURALEZA NATURATA y de la NATURALEZA NATURANS. Todo lo que tenemos en el plano natural exterior son efectos producidos por las causas profundas de la Naturaleza invisible. Las dos Naturalezas que Platón llamó SENSIBLE e INTELIGIBLE se interpenetran.

Hoy la ciencia reconoce, aunque todavía tímidamente, que los mundos de la materia y de la antimateria se interpenetran. En esa interpenetración dinámica el hombre es un point d'optique, un punto de vista en donde el Sistema del Mundo se refleja por entero. Las dos Naturalezas del Mundo se revelan en el hombre como alma y cuerpo. Nuestra alma se une al Alma de la Tierra (Natura Naturans), y nuestro cuerpo se une al cuerpo de la Tierra (Natura Naturata). Por eso, al morir, nuestro cuerpo retorna a la tierra de la que nació, y nuestro espíritu no vuela hacia mundos distantes, sino que permanece adherido magnéticamente al domicilio terrenal. Solamente cuando el espíritu alcanza y sobrepasa los límites de la evolución terrenal, tiene el derecho de elevarse a los mundos superiores. Las condiciones de esos mundos no son accesibles a los espíritus que todavía se encuentran adheridos magnéticamente al polvo de la Tierra.

Más allá de los motivos genéticos que causan nuestra adhesión magnética al suelo y a la atmósfera terrestre, a las hipóstasis o esferas de la erraticidad, tenemos también.

a) los compromisos y las deudas que contrajimos en encarnaciones previas, con personas y comunidades, y que sólo se pagan con el desagravio y las reparaciones que tendremos que efectuar en nuevas reencarnaciones;

b) los afectos que nos atan a criaturas que aún continúan su tránsito en el planeta;

c) los trabajos y deberes que generalmente posponemos durante encarnaciones sucesivas y que aumentan en proporción a nuestra negligencia, o por haberlos añadido a nuevas postergaciones;

d) las exigencias de la conciencia en la tocante a realizaciones mal acabadas o negligencias por intereses apremiantes;

e) el menosprecio con que encaramos las exigencias de nuestro aprendizaje en el plano moral y cultural, por lo cual dejamos de adquirir los elementos indispensables para poder convivir con espíritus elevados.

Nosotros mismos, en el momento presente, podemos examinar nuestras condiciones en la tocante a estos puntos, para de ahí concluir si estamos o no en condiciones de pleitear (como en el episodio evangélico de los Hijos de Zebedeo), por un lugar más allá de los límites planetarios. Pero si no tuviéramos la humildad necesaria para ese balance, es mejor

abstenemos de hacerlo, para no alimentar con nuestra vanidad y nuestro orgullo los motivos de nuestra atadura a la Tierra.

Los espíritus errantes de que trata Kardec son precisamente los que todavía no han conseguido definir su localización en un plano superior. Esos espíritus permanecen errando en la HIPÓSTASIS, es decir, la región entre el suelo del planeta y las esferas espirituales de la Tierra. Van y vuelven en sucesivas reencarnaciones, como los encarnados que vagan por los caminos del mundo sin fijarse en ningún lugar.

Plotino, el filósofo neoplatónico, afirmaba que somos en general ALMAS VIAJERAS, incapaces de permanecer en el mundo espiritual. Sentimos la atracción de la materia, (como algo viscoso que se prende al espíritu, según Kardec), la cual nos precipita a nuevas reencarnaciones en el plano terrenal. Por eso Jesús insistió en la necesidad del desapego en todo lo que hacemos. Nuestra tendencia a apegarnos afectivamente a las cosas y a los seres retarda nuestra evolución y nos mantiene en la erraticidad, muchas veces a través de reencarnaciones en que apenas se progresa por ser copias casi idénticas a las anteriores. La repetición excesiva de las mismas condiciones genera sufrimientos cada vez más penosos, que a la larga nos fuerzan a avanzar.

Lo Alto no desea que nos volvamos ángeles antes de tiempo, sobre todo porque eso es imposible. Nuestra evolución es regida por leyes inflexibles. Es inútil que pretendamos avanzar más allá de nuestras fuerzas. Mas es también inútil querer continuar indefinidamente en la Tierra. En la fase actual de transición de la vida planetaria (que también evoluciona sin cesar) todos somos acuciados por las fuerzas de la evolución, y hemos de atender a las exigencias de la conciencia y a las intuiciones de los espíritus benévolos, para no ser objeto de emigraciones a mundos inferiores. Esas emigraciones son forzadas, pero no constituyen castigo ni condenación. Son medidas administrativas, como las tomadas en una escuela en que haya reprobados en masa. Los espíritus que no han progresado no están en condiciones de permanecer en el planeta que ha evolucionado, por tanto, son enviados a otros planetas de grado inferior, para reaprender lo que olvidaron y corregir lo que tergiversaron; después de lo cual podrán volver al planeta de origen. Los mundos son solidarios, enseñó Kardec, pues en ellos evoluciona la Humanidad Cósmica.

SEXO Y GENETICA EN EL ESPIRITISMO

Hablar de sexo es hablar de moral, porque en la cultura religiosa el sexo se convirtió en el pivote de todos los sistemas morales. En las civilizaciones agrarias y pastoriles el problema sexual, aunque repleto de los tabúes de la selva, no se dejó aplastar por esa carga. La moral de las primeras civilizaciones se reveló generalmente muy abierta en lo que respecta al sexo, llegando incluso a considerarlo como sagrado.

En la remota Sumeria y asimismo en las civilizaciones teocráticas la era fálica se desarrolló de manera sorprendente. El falo, o, como decía Rilke, el miembro de la generación, era objeto de culto religioso. El acto sexual se consideraba sagrado.

Podemos ver en la Biblia que la civilización agraria hebrea fue, durante sus primeros tiempos, bastante liberal con respecto al sexo. Pero a medida que se requería que las cuestiones de linaje y de derechos sucesorios estuvieran reglamentados, se fue considerando la relación sexual con progresiva desconfianza.

En la Grecia y en la Roma arcaicas la licencia sexual llegó al extremo de celebrar fiestas religiosas en homenaje a los dioses de la sensualidad y de la fecundidad. Por todo el Antiguo Oriente el culto al sexo dominó ampliamente. En la China, Japón, Arabia, Persia y otras naciones se perfeccionaron las ceremonias sexuales mediante excesos dionisíacos. Técnicas refinadas todavía subsisten actualmente en varios países, las cuales sirven como atractivo turístico y contribuyen favorablemente a la balanza comercial.

Los ritos de la virilidad originaron en Esparta la práctica oficial y obligatoria del homosexualismo en la educación de los adolescentes, con destacadas repercusiones en Atenas, en Persia y en Roma. En la época de Sócrates el problema era considerado con ambivalencia, como puede comprobarse en El Banquete de Platón.

También en esa época, los griegos llegaron a organizar, según relata Werner Laeger, un ejército de parejas de homosexuales para conquistar Siracusa, partiendo de la idea de que los amantes no se acobardaban estando juntos y que cada uno desearía sobresalir ante su compañero. Episodio que demuestra la plurivalencia del sexo en las culturas clásicas.

N.T. Los generales Epaminondas y Pelópidas, ambos de Tebas, escogieron 300 parejas de homosexuales de esa ciudad, y organizaron con ellos una legión especial, (que la llamaron Legión Dorada), contando con la premisa expuesta de que cada uno lucharía desafortadamente por proteger o su compañero o por lucirse ante él. Junto con la nueva estrategia militar desarrollada por dichos generales tebanos, el valor de esa tan especial legión fue decisivo en la espectacular victoria que ambos obtuvieron en la batalla de Leuctra, donde con sólo 6,000 hoplitas derrotaron a 9,000 espartanos. Esa legión pudo haber participado también en la batalla de Mantinea, librada 9 años después, y en la que Epaminondas derrotó nuevamente a los lacedemonios.

Con el Cristianismo el sexo cayó en desgracia. Ni siquiera los tópicos bíblicos altamente sexuales pudieron salvarlo. Los cristianos cayeron en el complejo de castración. El sexo se transformó en pecado mortal y la iglesia instituyó el celibato obligatorio de los clérigos y restableció la virginidad sagrada de las vestales, sacerdotisas del culto pagano de la diosa Vesta. En conflicto con el propio mandamiento divino de creced y multiplicaos, la procreación se volvió impura y los niños no nacían inocentes, sino maculados por el pecado original.

El horror al sexo provocó epidemias de crisis místicas en los conventos y monasterios, incrementando las perversiones sexuales y los delirios histéricos. Los íncubos y súcubos, demonios pervertidos, atacaban a los sacerdotes y a las monjas en los dormitorios sagrados, impulsándolos a pecados horribles, a penitencias y al uso de cilicios que generaban explosiones satánicas de masoquismo. El costo moral de asfixiar las fuentes biológicas de la especie era tan alto que los clérigos tuvieron que apelar a la hipocresía y a la mentira.

Los obispos crearon tarifas especiales para que los clérigos que la pagaran pudiesen desahogarse a escondidas, librándose así de los delirios del sexo, con la compra por dinero de autorizaciones eclesiásticas para pecar sin peligro para la supuesta pureza de sus almas. Y todas esas locuras, que perduran todavía, repercutieron por todo el mundo en atrocidades de toda especie, persecuciones y torturas, excomuniones, hogueras asesinas, todo acompañado con el canto de las letanías piadosas, del clamor prolongado de los rezos con la desesperación y la angustia de las familias truncadas en nombre del Cristo que salvó a la mujer adúltera de ser lapidada por los hipócritas, y que transformó a Magdalena en santa, “porque ella amaba mucho.” El tiempo pasó, es verdad, pero las almas oprimidas se perdieron en una revuelta inútil, quedando marcadas a fuego por su incredulidad en Dios y los hombres.

No pretendemos hacer un libelo tardío; pero, no se puede tratar de esas fases históricas con la indiferencia de los cínicos. Es preciso que la lección del pasado se grave en nuestra mente de manera indeleble, con los colores trágicos de la locura, para no caer de nuevo en las trampas de la arrogancia y la ferocidad salvajes, que continúan armadas dentro de nosotros mismos. Sería un crimen de lesa humanidad ocultar esa áspera verdad. Y más aún, sería una traición al futuro pasar a la ligera sobre un problema tan grave, tan cargado de consecuencias que todavía continúan amenazándonos.

La herencia tenebrosa corre todavía por nuestras venas. El veneno de la serpiente edénica corrompe nuestra sangre, y su silbido remoto aún susurra en nuestros oídos incitándonos a la locura de nuevas tentativas de santidad y pureza extremas, como si pudiéramos salir del barro de la carne para elevarnos, en un segundo, a la condición de ángeles. La pretensión a la santidad formal hecha de actitudes ficticias, de fanatismo grosero, de orgullo satánico, todavía atrapa a quienes se creen mejores que los otros.

Las duras lecciones del pasado nos muestran que solamente podemos aproximarnos al Cristianismo a través de la humildad consciente y de la sencillez espontánea. Basta un granito de orgullo, de pretensión a sabihondo o santo, para que perdamos de vista al Cristo y entremos en el séquito de los ángeles con alas de papel.

El Espiritismo nos ofrece la última oportunidad de volver a Cristo y de reencontrar su enseñanza y su ejemplo. En todas las religiones cristianas se exalta la importancia del ejemplo de Cristo, pero la propia institución eclesiástica, heredera del judaísmo y del paganismo, se opone brutalmente a cualquier asimilación de la naturaleza cristiana por los adeptos. La hierba dañina de la vanidad personal y grupal asfixia con sus hojas de ortiga las semillas del Sembrador.

La suntuosidad de las instalaciones pomposas que ostentan las Federaciones y los Centros Espíritas excitan la vanidad de las personas sencillas que han venido a ellas con buenas intenciones; pero que enseguida se embriagan con las posiciones que asumen, considerándose autoridades en la doctrina, y capaces, por tanto, de dictar normas, imponer disciplina, fijar posiciones doctrinarias y exigir obediencia y respeto. Convencidos de poseer un conocimiento superior, muy por encima de la fatuidad de la sabiduría eclesiástica y de la ignorancia espiritual de los sabios materialistas, personas desprovistas de un mínimo de cultura general se juzgan aptas para enseñar la Verdad y hasta para reformar la Doctrina con los supuestos datos de su escasa experiencia. Ni siquiera consiguen asimilar los principios espíritas, pero, porque se volvieron figuras socialmente importantes en nuestras instituciones, hablan vociferando y sembrando la cizaña de sus especulaciones ilógicas.

Nada más desolador que ese espectáculo de ignorancia infatuada, no raramente ofrecido por individuos de formación universitaria mal asimilada, que se apoyan en sus títulos para sustentar su falso prestigio.

La última novedad que se esparce en los medios Espíritas es la más vieja de todas: la de la castidad para hombres y mujeres, la huida del sexo, “ese instrumento del Diablo” que es también el instrumento de la creación, de la repoblación de la Tierra por las criaturas de Dios. Esos “ángeles asexuados” que surgen ahora en bandadas místicas en el medio espírita, no están ajenos solamente a las cuestiones genéticas, sino también y principalmente al Espiritismo.

Nada conocen de la poderosa síntesis histórica y espiritual que Kardec nos dejó. Deben de haber salido de alguna sacristía medieval escondida en un monasterio de frailes analfabetos del desierto, que para servir a Dios andaban descalzos y se cubrían con trapos, cuidaban su sagrada ignorancia como las vestales su virginidad sagrada, y no se bañaban para tener la gloria de morir con olor a santidad, es decir, con el hedor emanante del sudor y de la suciedad de un cuerpo desnutrido y cubierto de llagas.

En el Espiritismo no hay lugar para volver a la era fálica ni para el restablecimiento de la castidad forzada. Por su naturaleza de síntesis cultural, el Espiritismo coloca el problema sexual por encima de las antiguas consideraciones sobre la ambivalencia del sexo. El capítulo sobre la Ley de Reproducción en El Libro de los Espíritus es decisivo: La ley de reproducción es aceptada como ley natural y humana, de orden moral, que corresponde a las exigencias divinas de la evolución de los seres, de las razas y de toda la Humanidad. El celibato es condenado como huida egoísta de los compromisos sociales, a menos que se establezca por motivos graves.

El sexo no es ni puede ser pecaminoso. Su función es evidentemente necesaria para el progreso de los espíritus. Lo que se condena es el exceso, el abuso y el envilecimiento del sexo. Ley natural establecida por Dios para todas las formas de vida, el sexo es el medio de transmisión de la vida en las sucesivas generaciones.

En los reinos de la naturaleza, el vegetal, el animal y el hominal (humano), el sexo garantiza la continuidad de la vida y hace factible las reencarnaciones. Las supersticiones antisexuales revelan estrechez mental, tendencia al misticismo eclesiástico del pasado, al beatismo ignorante, al masoquismo lúbrico y a la necrofilia (apego mórbido a la muerte). Este es un problema bien conocido en Psicología y cuyas consecuencias pertenecen al campo de la Psiquiatría.

Este conjunto de elementos negativos produjo en el pasado religioso las más extrañas manifestaciones de delirios pseudomísticos y desequilibrios de la afectividad. Incontables casos de locura y pseudoposiciones demoníacas surgieron en los conventos y monasterios medievales por causa de la práctica forzada de la abstinencia sexual que, no raramente, acababa en perversiones sexuales.

Los desvíos de la afectividad llevan a personas inocentes a incomprensibles uniones amorosas con sujetos del mismo tipo psicológico, llegando a los extremos criminales de la perversión de niños en internados de rigor espartano, en cuyo clima asfixiante las exigencias biológicas hacen renacer las flores venenosas de las prácticas de Esparta.

En el otro extremo tenemos también los casos de delirios seniles en algunos envejecientes, que en el declive de su vitalidad se vuelven ridículos y peligrosos, e intentan reactivar sus energías genéticas sin la coherción de las frustraciones que durante toda su vida restringieron sus impulsos afectivos. Ya sin fuerzas para sostener las luchas disciplinantes de la mocedad contra los impulsos naturales, esas víctimas de la ilusión religiosa son juzgadas y condenadas como seres depravados que solamente entonces han revelado lo que eran. Es el duro precio pagado por los que no tuvieron el coraje de escalar las laderas del Olimpo para robar el fuego celeste de Zeus.

Lo mismo ocurre respecto a condenar rigurosamente a personas apegadas a hábitos comunes en la sociedad, pero que el puritanismo espírita reprime en nombre del buen concepto que los adeptos deben sustentar en el medio social, y que resulta en una imagen forzada, artificial y casi siempre insostenible. Los espíritas no constituyen una comunidad aparte de su medio social, no pueden y no deben aislarse o distinguirse por actitudes o comportamientos especiales.

Jesús pudo haber nacido príncipe, como Buda, o en una familia pudiente que lo encaminase al sacerdocio y a las honras del rabinato. Prefirió no sólo la humildad de una familia pobre de Nazaret, pequeña ciudad de una provincia despreciada por su numerosa población de gentiles; sino también la condición inferior de carpintero. Vivió en medio del pueblo, conviviendo con criaturas renegadas como los publicanos cobradores de impuestos, los soldados y centuriones romanos, los pescadores del Mar de Galilea, los mercaderes, los ciegos y los leprosos (basura del pueblo, despreciados por Dios, según las normas del

Templo); y con los fabricantes de aceite de la región de Betania, los pastores árabes de la Transjordania, e incluso fue proclamado por el profeta popular del Desierto, Juan el Bautista, que se cubría con la piel de animales.

Comía con ellos sin seguir los rituales fariseos, no respetaba las leyes discriminatorias de la pureza judaica, se hospedaba en casas impuras, conversaba con samaritanos segregados y defendía en la plaza pública a las mujeres adúlteras; y al final murió en la cruz infamante, entre ladrones, bajo el peso de la misma condena que esos compañeros de su última hora.

En esa convivencia con el populacho atendía a todos y sembraba las semillas de su enseñanza en corazones puros o impuros sin condenarlos por su impureza convencional. Los espíritas que deseen ser Sus amigos y compañeros de hoy, no pueden entregarse a puritanismos discriminatorios, creando exigencias formalistas para sí mismos y para los otros. El verdadero cristiano es la sal del mundo y precisa mezclarse con la masa que debe sazonar.

El Espiritismo no creó iglesias; no precisa de templos suntuosos ni tribunas lujosas con predicadores infatuados. No tiene rituales, no dispensa bendiciones, no promete un lugar celeste a nadie, no confiere honores con títulos o diplomas especiales, no compite por regalías oficiales. Su única misión es la de esclarecer, orientar, indicar el camino de la autenticidad humana y de la verdad espiritual del hombre. Si no comprendemos eso y en eso no nos integramos, seremos piedras en el camino para que tropiecen quienes realmente desean evolucionar internamente, es decir, no por fuera sino por dentro. Y ese por dentro no quiere decir, reforma, sino desarrollo de las potencialidades del espíritu.

La teoría de la reforma íntima es un señuelo que llevó a muchos compañeros prometedores a una vanidad denigrante. No necesita reforma lo que no se deteriora. El espíritu es igual en todos y solamente necesita de una cosa: desarrollarse. Mientras no se desarrolle su capacidad de comprender, analizar, juzgar, discernir y respetar la verdad no dispondrá de condiciones para modificarse por dentro, precisamente porque esa modificación sólo puede ocurrir por el esfuerzo personal de cada uno.

La expresión reforma íntima es inadecuada, pues implica la idea de substitución de cosas, reparación, modificación de disposiciones internas, como en una casa o una tienda. Las disposiciones o cualidades internas del espíritu corresponden a su grado evolutivo, como nos lo muestra la Escala Espírita de Kardec. El espíritu es vida, y no configuración. Su desarrollo depende de experiencias, estudios, reflexión - todo esto con mente abierta para la realidad y no enclaustrada en esquemas artificiales. Nadie se reforma ni puede reformar a otros. Pero todos pueden superar sus condiciones actuales, romper los límites en que se confinó su mente, y trascenderse. Los ejemplos de un modelo espiritual son ineficaces y hasta perjudiciales. La responsabilidad Espírita es individual, cada uno responde por sí mismo y no puede agarrarse a presuntos maestros espirituales.

Quien se limita a las lecciones de un maestro personal, es un beato, no un espírita, según Antonio Consejero. El despertar de la conciencia mediante la experiencia es el único camino de progreso para el verdadero espírita. Este no confía en palabras, sino en hechos.

No busca la ilusión de una salvación prefabricada, sino que profundiza en el conocimiento de la doctrina, para saber por sí mismo dónde pisa y hacia dónde va...

Los que necesitan maestros, no confían en sí mismos, se hacen ovejas de un rebaño. En el Espiritismo no hay rebaños ni pastores: hay trabajo que hacer, afinidades que establecer entre compañeros en pie de igualdad, toda una batalla que ganar sobre los gravosos residuos teológicos, supersticiosos y obscurantistas que desconciertan la ingenuidad de las masas. El Espiritismo es una toma de conciencia de la responsabilidad del hombre en la existencia, de su libertad y de su trascendencia. Los espíritas que todavía se alimentan de leche - como escribió Pablo - precisan tratar de crecer y alimentarse de cosas sólidas, consistentes.

El problema de la Genética en el Espiritismo se refiere al principio de la reencarnación. Los críticos de la Doctrina denuncian un supuesto conflicto entre la herencia biológica y el control espiritual en la formación del nuevo cuerpo. Entienden que el determinismo de la herencia crea dificultades al desenvolvimiento del esquema programado para la nueva encarnación. Pero esas objeciones emanan del antiguo concepto dualista del hombre, que aducía una separación absoluta entre los elementos corporales y los anímicos. La Ciencia Espírita demostró que espíritu y materia se conjugan respectivamente, como energía estructurante y masa estructurable, subordinándose, por tanto, la materia al espíritu.

De acuerdo con los principios doctrinarios, podemos disponer las fases del problema genético en el plano evolutivo de la siguiente manera.

- a) Acción sencilla de aglutinación de las partículas materiales, dispersas en el espacio, formando primero los átomos, e inmediatamente las estructuras atómicas del reino mineral.
- b) Estructuración compleja de los átomos, formando las moléculas en el plano vital, para la producción de las especies del reino vegetal.
- c) Elaboración complejísima de los elementos orgánicos, en los reinos anteriores, formando los seres vivos.
- d) Trascendente elaboración de los resultados de todo ese proceso en el plano espiritual, coordinando las formas matrices y sus centros de energías patronizadoras para la organización de las formas periespirituales de los seres vivos y particularmente de los superiores, para la unión espíritu-materia en que el primero, como inteligencia activa y creadora, ejercerá las funciones determinantes.

Los griegos, con su asombroso discernimiento, ya habían intuido, al desarrollar la teoría del atomismo filosófico, particularmente los físicos como Leucipo y Demócrito, la existencia de los átomos de fuego del alma y de las homeomerías, modelos infinitesimales que se unen para la producción de las formas materiales. Esas homeomerías (nombre con que Anaxágoras designaba los elementos primitivos de la materia), serían minúsculas partículas en forma de pie, de brazo, de cabeza y de cada miembro a ser producido.

Las investigaciones actuales en el campo de la Biología han comprobado la existencia de centros determinativos en los seres vivos. Una pata delantera de un embrión de ratón, desplazada al lugar propio de una pata trasera adquiere, durante el desarrollo del animal, la forma de la pata trasera (y viceversa). Así las homeomerías, que parecían una concepción fantástica e ingenua, volvían a considerarse como símbolo de centros determinativos de los cuerpos de los seres vivos. En las investigaciones soviéticas sobre el cuerpo bioplásmico (periespíritu) quedó científicamente probada la acción modeladora de ese cuerpo sobre el desarrollo del cuerpo material humano. De esa manera, quedó demostrada la interferencia de un poder mayor que el de la herencia en la formación de los embriones humanos: el determinismo del código genético no puede ser considerado como absoluto y ciego, establecido por leyes mecánicas. La Inteligencia Universal, que es responsable de la estructuración de toda la realidad, se revela minuciosa en la especificación de la infinita variedad de las cosas y de los seres. No hay, pues, ningún conflicto entre las fuerzas naturales del proceso de la reencarnación.

Por otro lado, la propia flexibilidad del proceso de la herencia, (constatada por la ciencia hace mucho tiempo), que permite la aparición sorprendente de caracteres de ancestros remotos en organismos recientemente generados, podría contestar a las dudas de los críticos. No es preciso ser especialista en Biología para comprender ese problema, cuya solución en relación a la doctrina pertenece al campo de la lógica. Por eso Kardec sustentaba: “EL ESPIRITISMO ES UNA CUESTIÓN DE BUEN SENTIDO”.

Estas cuestiones de sexo y genética muestran claramente la posición científica del Espiritismo, que jamás apela a explicaciones místicas o soluciones imaginarias de los problemas reales. Es afirmando con los pies apoyados sobre la realidad, como el Espiritismo avanza en todos los sentidos.

AMOR Y FAMILIA EN LOS NUEVOS TIEMPOS

Nadie manejó mejor el problema de la familia que Allan Kardec, pues no se apoyó solamente en la investigación de las apariencias formales, sino que penetró en la substancia de la cuestión, en el plano de las causas determinantes. Por eso nos ofrece un esquema de los tres tipos de familias de nuestro tiempo, a saber.

a) LA FAMILIA CARNAL, formada a partir de los clanes primitivos, evolucionando durante el mestizaje racial, impulsada por la fermentación diaéctica del amor y del odio, a través de innumerables conflictos a lo largo de las civilizaciones progresivas. Los grupos así instituidos se subdividieron durante las reencarnaciones sucesivas en innumerables subgrupos, que también crecieron y se fraccionaron con el tiempo, es decir, en la inmensa estela del tiempo, que, según Heidegger, acoge al espíritu. Son éstas las familias consanguíneas que se deshacen con la muerte.

b) LA FAMILIA MIXTA, carnal y espiritual, en la que los conflictos del amor y del odio entran en un proceso de solución mediante los reajustes en luchas y experiencias comunes, que definen y amplían las afinidades espirituales entre diversos grupos, y añaden elementos de otras familias a las coordenadas de la evolución colectiva. El acondicionamiento familiar en las relaciones endógenas y necesarias de la vivencia en común quiebra poco a poco las aristas del odio y de las antipatías, restableciendo en lo posible las relaciones simpáticas que se van incrementando en el futuro. La desagregación provocada por la muerte permitirá reajustes más eficaces en las sucesivas reencarnaciones grupales.

c) LA FAMILIA ESPÍRITA resultante de todos esos procesos reencarnatorios es la que, en el plano espiritual, aglutinará a los espíritus afines en comunidad con los espíritus superiores que se dedican al trabajo de asistencia y orientación a los dos tipos de familias anteriores, mezclándolas con elementos que en ellas reencarnan para modificarlas con su ejemplo de amor y dedicación al prójimo. Esta familia no perece, no se deshace con la muerte, crece constantemente para la formación de Humanidades Superiores. Es fácil usando las medidas de la Escala Espírita de El Libro de los Espíritus identificar en las familias terrestres la presencia de varios de los tipos descritos en la referida escala, percibiéndose claramente las funciones que ejercen en el proceso evolutivo familiar.

La concepción espírita de la familia, como se ve, es mucho más compleja y de importancia mucho mayor que la concepción de las religiones cristianas, la cual confiere eternidad e inviolabilidad al sacramento del matrimonio, pero no puede impedir que tras la muerte, el marido vaya a parar a las garras del diablo, la esposa a expiar sus culpas en el purgatorio, y los hijos inocentes a padecer su orfandad en el jardín del cielo.

La concepción jurídica y terrestre de la familia no va más allá de los intereses materiales de una existencia. Lo mismo ocurre con la concepción sociológica, que hace de la familia la base de la sociedad, ambas perecederas y transitorias. Las personas que acusan el Espiritismo de aniquilar la familia mediante la reencarnación revelan la más completa

ignorancia de la Doctrina o lo hacen por mala fe, en defensa de intereses religiosos sectarios. La familia nace del amor y de él se alimenta. No es solamente la base de la sociedad, sino de toda la Humanidad. Es en la familia donde las generaciones se encuentran, transmitiendo sus experiencias de una a otra. Combatir la institución familiar, negar su necesidad y su eficacia en el desarrollo de los pueblos y de los mundos es revelar miopía o ceguera espiritual respecto a la cultura; o, quizás, sea más bien resultado de un desequilibrio mental o psíquico, falta de adaptación a la realidad, esquizofrenia no raramente catatónica. Esto es evidente en el estado de alienación en que esa actitud se manifiesta, en personas amargadas, resentidas, o extremadamente pretenciosas, que desean parecer originales. En general, son engendros carentes de afectividad. Cuando se desligan de la familia natural se unen a grupos de criaturas afines, se colocan con otras familias o se vuelven misántropos destinados a la neurastenia o a la locura. El instinto gregario de la especie es una exigencia de la evolución humana, del que nadie puede evadirse sin pagar por su egoísmo.

Los ideólogos de la soledad individual se olvidan de que todas las tentativas en ese sentido han fracasado a lo largo de la Historia. Esparta murió de inanición por falta de relaciones familiares, mientras que Atenas creció y se proyectó hacia un futuro glorioso por la solidez de su sistema familiar. Roma cayó en las manos de los bárbaros cuando sus familias se entregaron a la degeneración. Los propios nómadas jamás abandonaron su sistema de familias ambulantes. Anarquistas y socialistas delirantes, que soñaban con sociedades antisociales formadas de individuos aislados (los hijos del Estado), murieron protegidos por el cariño de sus familiares. Robinson Crusoe es la imagen del hombre arrebatado de su medio, sin perspectivas.

Sartre, que rompió con la tradición familiar y demostró los inconvenientes de la convivencia, haciendo una tentativa de misantropía estoica, nunca prescindió de la compañía de Simone de Beauvoir ni del cosmopolitismo parisiense, pues, aunque formuló el célebre veredicto: “Los otros son el infierno”, jamás se privó de ellos. Escribía en el Café di Fiori y cuando visitó la URSS exigió que se incluyeran, en el programa oficial, horas de soledad absoluta, pero luego, en esas horas, se afligía inquieto, según el testimonio de Simone.

El hombre es relación y la familia es el medio de relación en que él absorbe la selva humana que le hace hombre. No hay cosa de interés mayor para el ser humano en el mundo que su semejante, porque es en él que nos realizamos.

Un paisaje solitario es un motivo edénico de contemplación; pero, según Sartre, si en ese momento alguien se presenta y nos observa, inmediatamente perdemos nuestra libertad, porque nos convierte en su objeto. Mas el mismo acto de objetivarnos nos permite recuperar nuestra subjetividad dispersa en el paisaje. Esa dinámica de proyección y retroacción revela al mismo tiempo la naturaleza dialéctica del ser, estable en el soma e inestable en la psique. De esa dialéctica resulta la síntesis total de la conciencia estética, en la que lo real objetivo y lo irreal subjetivo se funden en la percepción estética del amor.

Por eso, según el Espiritismo el amor no es instinto (necesidad orgánica), ni deseo, ni un simple hacer sexual (sensorialidad), sino la aspiración suprema de belleza y espiritualidad desde las perspectivas de la trascendencia. La superación de lo objetivo y de lo subjetivo se resuelve en la globalidad del Amor. Por eso el Apóstol Juan, en su Evangelio, define al Ser Supremo con la conocida frase: “Dios es Amor”.

Las definiciones de la Filosofía como Amor a la Sabiduría (Pitágoras) y Sabiduría del Amor (Platón), revelan la intuición, ya en la Antigüedad, de esa total globalidad del Amor que el Espiritismo habría de venir a explicar más tarde. El desarrollo de esa globalidad se lleva a cabo en la familia, donde la afectividad se desviste para el posterior florecimiento del Amor en el proceso existencial.

Las familias a y b de la teoría kardeciana, que describimos en nuestro esquema, preparan al ser proyectado a la existencia para la odisea de las almas viajeras de Plotino, que van a subir y a descender por la escala de Jacob durante las reencarnaciones sucesivas en busca del arquetipo de la familia c, en donde las familias de ese patrón superior se integrarán progresivamente en el plano divino de las humanidades espirituales que constituirán en el infinito la Humanidad Cósmica. Esa es la razón por la que René Hubert, filósofo y pedagogo francés contemporáneo, sustenta que los fines de la Educación consisten en el establecimiento en la Tierra de la República de los Espíritus mediante la Solidaridad de conciencias.

La educación Familiar es el germen afectivo y puro de donde proviene todo proceso educacional del hombre. Bajo el amparo de la familia, en la solidaridad doméstica del hogar, por más oscuro y humilde que sea, es donde se realiza la fotosíntesis inicial de la atmósfera de solidaridad y amor de las generaciones que modelan el futuro.

Cabe a los espíritas implantar en la Tierra una nueva Educación basada en los datos de la investigación espírita y según el esquema de la Pedagogía Espírita. Esa Pedagogía, iniciada por Hubert (que no es espírita) se fundamenta en los principios doctrinarios del Espiritismo y se destina a preparar a las nuevas generaciones para la Era Cósmica que se aproxima. Los profesores espíritas de todos los grados de la enseñanza tienen un deber supremo que cumplir en esta fase de transición de nuestro planeta: procurar comprender los principios educacionales del Espiritismo y trabajar por el desarrollo de la Educación Espírita.

Estamos entrando en la Era Cósmica, secuencia natural del desarrollo de la Era Tecnológica. Todo se encadena en el Universo como señala El Libro de los Espíritus. Con los avances científicos y técnicos de los últimos siglos, y particularmente del nuestro, la Tierra maduró para la conquista del espacio sideral. El impacto de nuestros primeros contactos con otros mundos ya produjo profundas modificaciones en la visión del mundo de las que todavía no nos damos cuenta. Las exploraciones espaciales continúan ampliando nuestra visión de la realidad cósmica. Una nueva civilización está surgiendo ante nuestros ojos, bajo nuestros pies y sobre nuestras cabezas. Pero para que eso acontezca, sin que perdamos del todo el equilibrio cultural, ya bastante sacudido, tenemos que cuidar seriamente de la renovación de nuestros instrumentos culturales básicos, a saber.

a) LA ECONOMÍA, que debe volverse universal, rompiendo los diques y las barreras de un mundo desmenuzado, para darle la unidad necesaria y la mayor flexibilidad posible para la atención de los pueblos y de sus diversas capas, apartando del planeta los privilegios y el desperdicio, la penuria y el hambre. La civilización humana y perfecta, enseña El Libro de los Espíritus, es aquella en que nadie muere de hambre. A duras penas, la nueva mentalidad económica ya se está definiendo en todas las naciones civilizadas, pero el egoísmo de las capas privilegiadas todavía impide la comprensión de las exigencias de fraternidad y humanismo de los nuevos tiempos.

b) LA MORAL, que tiene que romper sus viejos patrones de egoísmo y sociocentrismo moldeados por prejuicios vanidosos, ambiciosos y prepotentes, para poder elevarse a nuevos patrones de humanismo, al respeto por todos los derechos humanos hasta hoy siempre pisoteados en la Tierra de los Hombres, según la expresión de Saint- Exupéry que es como un nuevo llamado a nuestra conciencia en términos evangélicos. Altruismo - interés por los otros - humildad, fraternidad, tolerancia y comprensión, amor, son éstas las nuevas palabras de una moral realmente cristiana. La violencia tendrá que ser expulsada de la Tierra de los Hombres con su cortejo de brutalidades. Es necesario que el concepto de no violencia se transforme en la marca del hombre, en el signo que lo distingue del bruto, del primate inconsciente. La honra y la dignidad humana son incompatibles con la estupidez de los incultos, inadmisibles en un sistema civilizado. Como advierte Fredric Wertham, la violencia es un cáncer social que corroe y destruye toda la estructura de una civilización. **EL HOMBRE VERDADERAMENTE HOMBRE DEBE SENTIR VERGÜENZA Y HORROR A LA VIOLENCIA. SER VIOLENTO ES SER AMORAL, PUES, QUIEN NO RESPETA A LOS OTROS NO SE RESPETA A SÍ MISMO.**

c) LA EDUCACIÓN, que tiene que renovar sus conceptos básicos sobre su objeto, el educando. En primer lugar, tenemos la educación familiar, que debe basarse en el afecto, en las relaciones de amor y comprensión entre padres e hijos. Educación con violencia es domesticación. El mundo del niño no es el mismo del adulto y éste tiene que descender a ese mundo, volver a su propia infancia para no desorientar la infancia de los hijos. Las investigaciones entre los pueblos salvajes han demostrado que **LA ESENCIA DE LA EDUCACIÓN ES EL AMOR**. Sin amor no se educa, se deforma. En los pueblos salvajes la educación no fue deformada por la idea del pecado, por el mito de la caída del hombre, que envolviera al mundo en violencias redentoras que, siendo capaces de atemorizar a un salvaje montañés, tanto más aterrorizarán a un niño.

Kardec enseña que el niño, aunque tenga un pasado en general lamentable, nace vestido con el ropaje de la inocencia para tocar el corazón de los padres y despertarles el amor y la ternura que él necesita para desarrollar sus potencialidades humanas. Si hacemos lo contrario, despertaremos en el niño su pasado de errores para después condenarlo por sus instintos.

Esta tesis kardeciana domina hoy en los medios pedagógicos. Gandhi decía que no se puede llevar a un niño al bien por los caminos del mal. Los pueblos salvajes son más civilizados

que los pueblos civilizados, en lo tocante a ese problema, pues intuyen con pureza e ingenuidad el verdadero sentido de la educación.

Educar es un acto de amor, dice Kerchensteiner en nuestros días, endosando el pensamiento de todos los grandes pedagogos y educadores de la Grecia antigua y del mundo moderno, a partir de Rousseau.

Pero la Educación Espírita tiene además una función esencial que llevar a cabo: el desarrollo de las facultades paranormales del educando, preparándolo para las actividades cósmicas de la nueva era. El Espiritismo fue el revelador de esas facultades humanas que en el pasado se confundieron con manifestaciones enfermizas o sobrenaturales.

El Espiritismo fue la primera Ciencia que demostró experimentalmente ese engaño fatal del que resultaron para la Humanidad terribles tragedias. Ciento treinta años antes de los descubrimientos parapsicológicos en ese sentido, la Ciencia Espírita demostró que las funciones anímicas y psicoanímicas del ser humano eran normales, que pertenecían a la misma naturaleza del hombre. Las investigaciones actuales en el Cosmos han revelado que el desarrollo de las facultades psi es indispensable para el buen éxito de las incursiones en el espacio sideral. La Educación Espírita es la única que puede afrontar esas exigencias de los nuevos tiempos, cuidando del desarrollo de esas facultades de manera racional, sin los prejuicios de los falsos conceptos y de los temores infundados por los métodos de educación religiosos y laicos de nuestro tiempo.

Toca así al Espiritismo renovar totalmente la cultura actual, encauzar la Civilización Tecnológica en la ruta de la Civilización del Espíritu. Ese es el fardo leve de Cristo que pesa sobre la conciencia de todos los espíritas verdaderos en esta hora del mundo, y particularmente sobre la conciencia de los educadores espíritas. En esa civilización el amor no será fuente de decepciones, desajustes y tragedias. La Familia no se estructurará a base de prejuicios provenientes de los tiempos de la barbarie, sino sobre la moral evangélica pura, hecha de amor y respeto a las exigencias de la vida.

El amor verdadero y espontáneo, puro como agua de manantial, libre de intereses secundarios, hará de la familia la fuente de amor que elevará a la Tierra en la Escala de los Mundos. Esto no es sueño ni profecía, es el programa espírita para el Mundo de Mañana, y que toca a los espíritas realizarlo a partir de hoy, sin pérdida de tiempo.

LAS RELACIONES FAMILIARES EN EL ESPIRITISMO

Las relaciones familiares en los pueblos primitivos comenzaban, como ya vimos, con amplia libertad en las etapas infantiles. El instinto de imitación de los pequeñuelos les facilitaba el aprendizaje espontáneo del comportamiento de los adultos. El niño era considerado como un extranjero amigo y tratado con respeto y consideración. Solamente en la pubertad se integraba al sistema tribal y comenzaba a aprender sus ritos y tradiciones. De ahí en adelante su libertad estaba condicionada por la cultura de la nación, por sus tradiciones, su moral y sus creencias. Las indagaciones antropológicas han revelado que.

a) Los hijos no se consideraban como producidos por los padres, ni como herederos consanguíneos naturales de la raza, sino como criaturas adventicias o familiares que en ella se encarnaban y, por lo tanto, preexistentes al nacimiento.

La intuición de la preexistencia del ser y de la reencarnación era innata y estaba generalizada entre los hombres primitivos, aunque se expresaba con algunas variaciones por los diferentes pueblos. Esto comprueba la afirmación de Kardec de que las huellas del Espiritismo se encuentran en todas las fases de la evolución humana. Las manifestaciones de los espíritus de los muertos, las prácticas mágicas y las evocaciones son evidencia adicional.

b) La práctica del cuovade (palabra francesa), que consiste en que después del parto es el padre quien lleva dieta y no la madre, revela el origen natural de la autoridad del padre en la estructura de la familia; señala que la supremacía del padre no proviene solamente de su mayor poder físico, sino también y principalmente del hecho de ser él el fecundador y por tanto el creador.

c) La madre no precisa de dieta, no fecunda, es fecundada; su relación con el hijo es la de sierva encargada de recibirlo a la puerta de la vida, criarlo, velar por él; de manera que el mito de la Tierra Madre, bajo el poder fecundante del Sol Padre, completa en ella su función protectora.

Es de ese mito remoto, nacido del suelo, de la carne y de la sangre, en la relación inconsciente de la Naturaleza con el Hombre, de donde viene la estructura dinámica de la Familia, coercitiva al mismo tiempo que protectora. Las leyes de la tribu o de la horda se centralizan en ella y se ajustan como la corteza al tronco del árbol. Más tarde esa imagen se define culturalmente en la figura del árbol genealógico.

En el couvade el padre hace la dieta porque, siendo el creador, su hijo está unido a él orgánicamente, de manera tan íntima, que sus movimientos bruscos al andar, al correr, al saltar, o en todas las actividades físicas, despedazarían al recién nacido. La superstición ingenua, que muchos han atribuido a la pereza del indio, tiene motivos profundos en el alma primitiva, para la cual los lazos de la magia simpática representan la estructura mágica del Universo. Es el mismo principio espírita de la unidad del Universo, donde las cosas y los seres proceden unos de otros, en una continuidad absoluta. En la mentalidad del hombre

primitivo, la práctica del couvade precedió en muchos milenios, a la estructuración matemática del Universo por Pitágoras y a la concepción unitaria y panteísta de Espinosa.

De las percepciones instintivas de los primates pasamos a las intuiciones supersticiosas de los pueblos salvajes, luego a las elaboraciones mentales de las civilizaciones agrarias y pastoriles, y de estas, a las formulaciones de normas, leyes y códigos por las civilizaciones teocráticas.

En la Edad Media los linajes del tipo de David formaron los conjuntos de familias rígidamente estructuradas, que en el Renacimiento y en el Mundo Moderno se prolongan y dispersan en ramificaciones complejas. El patrón familiar se consolida, pero la evolución cultural y el desarrollo industrial, junto con el aumento poblacional, amenazan ese mosaico de leyes divinas y humanas que no pueden resistir a las violentas modificaciones de las estructuras sociales. La integridad de la familia se afloja, su rigidez de principios se ablanda ante las nuevas exigencias del mundo nuevo. Prejuicios milenarios son pulverizados y teorías revolucionarias provocan terremotos demoleedores. En la Era Tecnológica en que nos encontramos la subversión de las estructuras antiguas llega al extremo. Profetas alucinados predicán la destrucción pura y simple de la familia y la vuelta del hombre a una libertad primitiva que en realidad nunca existió. Los frenos de acero de la moral burguesa ya no pueden contener más el ímpetu de la carne, de esa frágil carne humana, más fuerte que la piedra y el acero. Rómpanse los tabúes sexuales y la libertad, la diosa aquella con gorro frigio de los ideólogos franceses, se convierte en libertinaje. No hay más frenos, ni divinos ni humanos, que puedan contener la furia de los impulsos desencadenados. Los faunos sofocados por el puritanismo victoriano se frotan las manos y desencajan los ojos concupiscentes ante la alborada de las irresponsabilidades.

Es en este momento cuando el concepto espírita de familia se impone como única solución para los problemas actuales. Los tres tipos de familias que estudiamos en el capítulo anterior muestran la locura de considerar a la familia como una simple organización material destinada a acomodar a los hombres en esas estructuras sociales pasajeras. Hay en la familia, como en el hombre, una finalidad superior que debe ser alcanzada. El elemento que determina la organización familiar no es el simple interés material. El linaje no es determinado por la tradición o por los títulos nobiliarios, sino por el desarrollo moral y espiritual de las líneas sucesorias. La sangre por sí sola no crea distinciones en la especie humana. El único valor verdadero del hombre, y por eso imperecedero, pertenece a su naturaleza intrínseca, a su subjetividad existencial.

La fuerza aglutinadora, que mantiene la estabilidad de la familia y la proyecta al futuro, es la afectividad, lo que equivale a decir: el Amor. La tónica emocional y magnética que atrae hacia la familia criaturas desviadas o apartadas, es la afinidad del grado evolutivo, de posición conceptual, de perfeccionamiento ético y estético. Nada de eso es objetivo o material.

La familia se presenta, por tanto, en el concepto espírita, como un centro dinámico de fuerzas espirituales producido por la evolución terrenal y destinado a formar con los enlaces familiares la Nueva Humanidad Terrestre.

El problema de las relaciones familiares en el concepto espírita, difiere del rígido esquema autoritario elaborado por las civilizaciones agrarias y pastoriles basándose en los mitos telúricos. Esa rigidez fue quebrada en el mundo moderno, pero todavía subsiste en vastas capas sociales y hasta en poblaciones enteras.

La estúpida y ridícula tragedia burguesa del marido adúltero que mata a la esposa infiel o al amante de ésta para defender su honor personal, convirtiéndose en un honrado y truculento asesino, está vigente todavía, con su fuerza casi completa, en las naciones civilizadas. Esto es así porque el hombre, el creador - según la concepción del couvade -- tiene derechos absolutos sobre la mujer que fecundó; la mata, tal como hacían los romanos con sus instrumentos vocales, es decir, con los esclavos humanos. La mentalidad prepotente de los esclavócratas domina hasta ahora a la mayoría de los hombres, que se creen muy hombres por asesinar mujeres indefensas y más débiles que ellos, sin darse cuenta que de ese modo confirman a los demás la sugerencia de los cuernos simbólicos con la prueba concreta y real de su cobardía.

La diferencia injusta y criminal de los derechos entre hombre y mujer, que llevó a Jesús a librar a la mujer adúltera de la lapidación brutal en la plaza pública, es responsable de esas costumbres bárbaras y milenarias. En el Espiritismo la acción de Jesús es ratificada por el principio que establece la igualdad de derechos entre el hombre y la mujer, pero con diversidad de funciones. Porque la diversidad corresponde a exigencias de complementación recíproca entre las actividades masculinas y femeninas en la sociedad. No hay razón alguna para que la mujer sufra la pérdida de derechos humanos por su relación con el hombre, del cual es madre, esposa e hija.

Con respecto a este principio la libertad humana es la misma para el hombre y la mujer en el proceso existencial, en el cual conviven como mitades biológicas, necesarias y recíprocamente complementarias, tanto en el plano vital y psíquico, como en todas las actividades. Reconocida la igualdad de derechos, no solamente en el ámbito legal, sino principalmente en el conceptual, la sanción de la conciencia aparta de la familia el autoritarismo provocador de conflictos y establece el clima de respeto y amor que facilita el entendimiento.

Jesús no vaciló en reconocer públicamente los derechos romanos prescritos en la alianza de los grandes de Israel con los conquistadores. No le interesaba la política mundana, pero cuando los dueños de la casa abren las puertas al enemigo y banquetean con él, hay derechos de ambos lados. Para Jesús los derechos no eran cuestión de poder, sino de justicia. En el caso de la familia cada miembro tiene su derecho que debe serle reconocido por los demás. Por eso aprobó el divorcio en los casos de traiciones conyugales, pero advirtió que el adulterio sobrevenía por la dureza de los corazones. Y recordó que en el principio no era así, porque entonces prevalecía el amor.

La familia no se constituye al acaso. Toda institución social se basa en convenios previos hechos (en el más allá) por los individuos que las componen con el propósito de reajustar y compensar obligaciones contraídas en el pasado. Por eso, aunque las llamadas familias consanguíneas se deshacen fácilmente con la muerte, se reagrupan al renacer sus miembros

más tarde en nuevas situaciones que promueven la reparación de los errores cometidos. En la medida en que el hombre va tomando conciencia de ese aspecto del problema, las dificultades familiares se soportan mejor.

En el crisol de la familia las almas se depuran y se preparan para reencuentros más felices en el futuro. Pero se equivocan los que pretenden mantener a la fuerza la unidad familiar, presionando con amenazas divinas o leyes humanas inicuas. Los reajustes solamente se efectúan en condiciones propicias y por la libre decisión de los implicados. Sin el respeto por la libertad de opción, los sacrificios forzados generarán nuevos desequilibrios.

El secreto del éxito en el desenvolvimiento familiar se basa en la capacidad de amar y comprender que tenga cada uno de sus integrantes. Cada miembro de la familia tiene que comprender las condiciones temperamentales de los otros y sentir que puede amarlos a pesar de sus errores e imperfecciones. En ese caso la familia perdura y alcanza sus objetivos.

Los problemas sexuales provocan situaciones aparentemente insolubles en el cuadro familiar. Pero si colocamos el amor al prójimo por encima de las condenaciones impías, admitiendo que cada cual siente las exigencias del sexo de acuerdo a su condición propia, y que debe pasar por las pruebas que él necesita, podremos transformar situaciones desastrosas en oportunidades de orientación.

El Espiritismo nos ofrece un concepto del bien y del mal que, a pesar de ser muy sencillo y claro, hasta ahora no se ha comprendido bien por la mayoría de los espíritas.

Dios es el Bien y está presente en todo. El Mal es todo lo que se opone a Dios. De esta manera, la dialéctica del Bien y del Mal se define como Evolución. Toda la realidad que conocemos y podemos conocer nos revela el incesante paso de las cosas y de los seres desde un estado caótico, impreciso, confuso, estático, mortal, hacia un estado de orden, organización, definición, dinamismo y vida. La muerte y la destrucción, como el dolor y la desesperación, la locura, sólo son fases de transición de una etapa a otra. Son túneles sombríos en el camino de la evolución.

La muerte mientras es muerte, es Mal; pero cuando al renacer se reenciende en vida, es Bien, y siempre es un bien mayor que el anterior. Nada muere, nada se destruye, todo evoluciona. Sin el error no hay acierto. Sin la derrota no hay victoria, que nos devuelva alegremente a nuestra ruta. Progresamos en el Mal al dirigirnos hacia el Bien. Errores, caídas, crímenes, sufrimiento son pasos en el camino del Bien que nos llevan a Dios. Nada ni nadie puede permanecer en el Mal, porque los males del Mal impulsan todo, y a todos, en dirección al Bien. En el No Ser se proyecta lo que será el Ser; como en la flor se proyecta lo que será el fruto.

Si comprendemos bien este principio avanzaremos más de prisa estimulados por la fe en Dios, es decir, por la certeza del Bien que nos espera, herencia común de la que todos participaremos.

Esta no es una visión mística u optimista de una realidad trágica, sino la visión realista de la Realidad que todos pueden constatar con la simple observación de sí mismos y del mundo exterior. Las Ciencias, con su objetividad neutral, comprueban cada vez más esa realidad.

El teólogo Kierkegaard llegó a la conclusión de que el pecado es el camino de la redención, fundando, sin quererlo, la Filosofía Existencialista durante la misma época en que Kardec fundaba, sin desearlo, la Ciencia del Espíritu.

La comprensión profunda de este problema nos lleva a amar con más razón a los familiares desviados, y a procurar auxiliarlos en el duro camino de sus males, en vez de condenarlos y expulsarlos como perdidos.

Pero no por eso debemos aprobar el Mal, pues entonces caeríamos en el extremo opuesto de quienes lo condenan con violencia y aterrizan a las almas débiles con amenazas desesperantes. Ciertos adeptos de mente estrecha han llegado a negar la existencia del Mal en este mundo de pruebas y expiaciones en que es tan evidente su predominio, ofreciendo así “oscuras gafas angelicales para criaturas ingenuas”. Negar que el Mal existe en los planos inferiores, es confirmarles a los malos que ellos son buenos, consentir que caigan en sus garras los buenos desprevenidos.

Todos somos buenos en potencia, porque traemos en nosotros la potencialidad del Bien; pero, mientras no manifestemos nuestra bondad en actos, continuaremos siendo malos. Disfrazar esta realidad innegable y patente es estimular a los malos a que perseveren en el Mal, a que continúen apresando arbitrariamente a los ingenuos (ni buenos ni malos) en las mallas de su hipocresía.

El realismo espírita exige de los adeptos la misma vigilancia crítica que Jesús recomendó a sus discípulos, cuando los envió a predicar entre los lobos. Además, con sus consejos sobre retórica, conferidos como resguardo contra las celadas de los sofistas, Jesús rompió la tradición profética, delirante y apocalíptica de Israel, instalando en su lugar una didáctica racional y realista; la misma que Kardec desarrolló intensamente en el Siglo XIX, para combatir los delirios paranoicos de una teología cristiana enfundada en el Fabulario Mitológico y en los residuos de la metafísica rabínica. El Espiritismo es realista, se apoya en lo real comprobado por experiencias científicas. Jesús y Kardec probaron lo que enseñaron. Expresiones y frases evangélicas que se apartan de esa orientación metódica fueron atribuidas a Jesús por los redactores posteriores de los textos, hombres impregnados de la cultura hebrea y mitológica en que se habían formado. Kardec realizó la depuración de esos textos, bajo la orientación constante de los Espíritus Superiores, que demostraron su superioridad por la coherencia de sus manifestaciones rigurosamente racionales o comprobadas experimentalmente. Por eso Richet, que temía, como científico eminente, los engaños de la mística, afirmó que Kardec jamás había expuesto un principio sin haberlo comprobado.

Las partes mitológicas de los Evangelios, (hoy bien identificadas por los investigadores universitarios, quienes así han verificado la depuración kardeciana), y todo el Apocalipsis atribuido a Juan (libro hebreo perteneciente a la conocida fase apocalíptica de la antigua

Israel y no a la era apostólica), son prueba irrefutable de las influencias místicas y mitológicas en la redacción de los textos evangélicos.

El Apóstol Pablo fue el primero en percibir y declarar que no sólo la Biblia Judía había prescrito, sino que incluso ya había sido substituida por el Evangelio. Claro que el valor histórico de la Biblia y el valor literario de sus libros poéticos y proféticos perduran en el nivel cultural, pero el Viejo Testamento es una obra del pasado remoto y solamente el Nuevo Testamento contiene la orientación moral y espiritual que los espíritas deben seguir.

Las relaciones familiares en el Espiritismo sólo pueden seguir las orientaciones evangélicas, pues solamente éstas corresponden a las exigencias racionales del presente y del futuro de la Humanidad actual en la preparación de los nuevos tiempos. Las familias espíritas así estructuradas no se alteran por los cambios naturales ocurridos en nuestra civilización durante esta fase de transición.

MEDICINA Y ESPIRITISMO

¿Por qué motivo el Espiritismo, desde el inicio de la elaboración de su doctrina, tuvo que enfrentar la más cerrada oposición de las corporaciones médicas de todo el mundo? Por extraño que parezca el motivo fundamental es simplemente éste: La Ciencia Espírita abre nuevas y grandiosas perspectivas para el desarrollo de la Medicina, ofreciéndole nada menos que la mitad desconocida de la realidad humana y de las posibilidades terapéuticas que ésta necesita.

Pasteur, que no era médico sino químico, tuvo que enfrentar la misma oposición por motivos semejantes. En su tiempo, la Medicina disponía apenas de una cuarta parte de la realidad humana y Pasteur le ofreció otra cuarta parte. Fue ridiculizado y pisoteado por su atrevimiento.

Kardec era profesor de ciencias médicas y ejerció en París, como lo ha demostrado André Moreil en su reciente biografía del Codificador. Pero ni siquiera eso lo libró de la excomunión científica. Es curioso el paralelo entre ambos.

Pasteur descubrió y reveló, probándolo científicamente, la existencia del mundo invisible de las bacterias, que son responsables junto con los virus de la totalidad de las enfermedades infecciosas y contagiosas, y además encontró la manera científica de prevenir y curar esas enfermedades.

Kardec descubrió y reveló científicamente el mundo invisible de los espíritus infectadores, y encontró la manera científica de prevenir y curar sus infecciones. Esos dos mundos invisibles no están localizados en el Más Allá, sino aquí mismo, en la Tierra, envolviendo e interpenetrando el mundo visible. Pero la Medicina es como un organismo vivo en el mundo de las ciencias y, como todos los organismos biológicos o conceptuales, está dotada del instinto de conservación, y repele instintivamente cualquier interferencia extraña a su estructura.

Además, tenemos que considerar que descubrimientos de esa naturaleza abren siempre amenazadoras brechas en la estructura mayor de las civilizaciones. La civilización científica, que naciera de brechas abiertas a la civilización teológica, librando batallas sin piedad para lograr desenvolverse, reaccionó con la misma violencia instintiva en defensa de su estructura.

Remy de Chauvin, director del laboratorio del Instituto de Altos Estudios de París, advirtió recientemente la existencia de una enfermedad alérgica en el medio científico y la llamó alergia al futuro. Es esa alergia, (nuevo nombre para el instinto de conservación), la que aún hoy mantiene encendida la lucha defensiva de la Medicina contra el Espiritismo, a pesar de las actuales comprobaciones científicas de toda la realidad espírita.

El Espiritismo se alió a la Medicina desde su inicio, es decir, desde las investigaciones sobre las curaciones espíritas realizadas a petición de Kardec por el Dr. Demeure en su

Clínica de París. Mas, en oposición a lo que Kardec desarrolló en rebeldía contra la Medicina. No obstante, a pesar de eso, los espíritas no asumieron, salvo raras excepciones generalmente individuales y de personas incultas, las actitudes de las religiones y sectas terapéuticas milagreras.

Es grande el número actual de médicos espíritas y hasta existen asociaciones de Medicina y Espiritismo, como las de Río de Janeiro y Sao Paulo. Ese es el aspecto institucional del problema, sin duda importante, porque de él depende, en gran parte, la aceptación de la verdad espírita en los medios culturales oficiales, lo que tal vez pueda ocurrir en el próximo milenio cuando se desarrolle LA CIVILIZACIÓN DEL ESPÍRITU.

La situación actual es curiosa: solamente la Filosofía Espírita goza de reconocimiento oficial, mientras que la Ciencia Espírita y la Religión Espírita continúan marginadas. Esa marginación es la misma que el Cristianismo sufrió en el mundo romano, atenuada ahora por los avances del mundo moderno en lo que respecta a los derechos humanos.

El Espiritismo no es ni puede hacerse religión institucionalizada y mucho menos oficializada en ninguna de sus partes, porque sus principios son contrarios a toda sistematización hipócrita y cerrada. Lo que importa en el Espiritismo, como Kardec acentuó desde su inicio, no es la forma, sino la substancia. Toda tentativa de institucionalización exige jerarquía, lo cual implica autoridad y acción autoritaria.

El fundamento ético del Espiritismo es la libertad, sin la cual no hay actividad creadora ni responsabilidad individual. Por lo tanto, solamente la asociación libre conviene al Espiritismo, que pierde con ello en representación social, más gana, como compensación, en lo tocante a la responsabilidad individual.

En sus relaciones con las instituciones sociales y políticas de la actualidad el Espiritismo se topa con muchas dificultades, pues la libertad tiene su precio. Es preferible luchar con dificultades externas antes que exponerse al peligro de las congestiones internas. Por todas partes en nuestro mundo, pululan los maestros pretenciosos y los tiranuchos vanidosos, prontos a servirse de títulos y cargos oficiales para aplastar la libertad. Muchos espíritas no comprenden ese problema e intentan ligar el movimiento espírita a las cúpulas de poder de líderes pretenciosos.

En vez de ese tipo de institucionalización, fatalmente dogmática, Kardec recomendó la multiplicidad de los Centros Espíritas pequeños, unidos por lazos de fraternidad, y Emmanuel, a través de la mediumnidad de Francisco Cándido Xavier, declaró en un mensaje orientador.

“La Religión organizada es el cadáver de la Religión.”

Y esto es así porque la organización religiosa está siempre sujeta a la dominación de fanáticos y ambiciosos. La ambición de poder asfixia el espíritu democrático. El Espiritismo inició en el campo religioso la era democrática que Jesús propusiera en su tiempo, pero que murió asfixiada con el fracaso de la Comunidad Apostólica.

En lo tocante a las relaciones del Espiritismo con la Medicina la institucionalización espírita eclesiástica cortaría cualquier posibilidad de entendimiento. El Espiritismo no tiene por objetivo oponerse a la Medicina, sino ayudarla para la mejor comprensión de la naturaleza humana y de los recursos naturales de que ésta pueda disponer para su mayor progreso. Complementando la imagen parcial del hombre de que dispone ahora la Medicina, el Espiritismo la llevará, como ya la está llevando, a la utilización de los insospechados recursos del espíritu.

La práctica de la mediumnidad, fuente inagotable de recursos espíritas en el combate contra las enfermedades, será cedida para el uso de los médicos. La finalidad del Espiritismo en ese campo es colocar los recursos mediúmnicos en las manos de médicos esclarecidos para beneficio de toda la Humanidad. Los descubrimientos de Kardec serán puestos a disposición de todos, como lo fueron los de Pasteur. Ese es uno de los motivos de la exigencia kardeciana de mediumnidad gratuita. La profesionalización mediúmnica sería un atentado a la propia finalidad del Espiritismo, siempre abierto a todas las investigaciones para servir mejor a todos en todo tiempo.

Kardec intuyó en seguida ese problema, y recurrió a la Clínica Demeure para el control de los casos de mediumnidad curativa. De eso resultó la conjunción médico - espírita, hoy en franco desarrollo, que evita el divinismo fanático de las sectas religiosas que prohíbe a los adeptos recurrir a la Medicina.

No somos solamente espíritus, sino espíritus encarnados, dotados del cuerpo material que es objeto de los estudios y de la terapéutica médica. La mayoría absoluta de los espíritas utiliza ambos recursos, el médico y el mediúmnico, en el tratamiento de las enfermedades. Comprenden que los recursos disponibles corresponden a los dos elementos de la constitución humana, el material y el espiritual, siendo por eso necesario conjugar las dos acciones terapéuticas, actuando cada una en su campo específico. En la proporción en que se acentúe la evolución espiritual del hombre, los recursos espirituales se intensificarán en el plano mediúmnico, contribuyendo a la espiritualización de la Medicina.

La Medicina espiritualizada pertenece a los mundos superiores, entre los cuales la Tierra brillará un día, como planeta victorioso, a pesar de todas las incomprensiones y dificultades de esta etapa de transición. Comprenderemos entonces que Dios concede sus recursos al hombre en la medida que él se vuelve capaz de utilizarlos sin echarse en la cómoda cama de la pereza y de la irresponsabilidad.

81. La mediumnidad curativa es hoy más peligrosa que benéfica en nuestro mundo, porque excita la vanidad y la ambición no sólo de los médiums y de sus familiares, sino, sobre todo, de los ávidos intereses políticos, siempre despiertos en la comunidad; por lo cual muchos médiums se ven envueltos en maniobras sutiles que acaban por afectar su sensibilidad mediúmnica y los desvían de su verdadera misión.

En la mayoría de los médiums de sanación, los primeros sucesos provocan temor y humildad respecto a los espíritus que los asisten; pero, por la continuidad de los sucesos los hechos se vuelven triviales, y el médium llega a convencerse de que obra por sí mismo.

La fascinación del dinero y del prestigio social y político lo lleva a la explotación simoníaca de sus facultades. Al beneficio de las curaciones materiales se opone entonces el maleficio de las enfermedades espirituales que ocasiona al crear dificultades y conflictos de toda especie.

Lo peor de esos males es la situación contradictoria en que acaba por caer; finge humildad, pero cultiva la arrogancia, y no raramente, por la falta de la asistencia espiritual de la que se ha apartado, se entrega a la práctica de obras condenables.

Las condiciones morales en nuestro mundo todavía no permiten la constancia terapéutica mediúmnica ostensiva en el planeta. Los médiums de sanación son voluntarios de la Espiritualidad que se juzgan capaces de vencer estas condiciones adversas; mas, tarde o temprano, en su mayoría fracasan, cayendo en las manos de explotadores visibles e invisibles. De esta manera aumentan las sospechas y la desconfianza de la Medicina, acrecentadas también por el ambiente de competición entre médium y médium. Luchas mezquinas se desarrollan, envolviendo familias y comunidades, en un torbellino absorbente de odios y disputas desesperadas. Lo que era una bendición, se transforma en maldición. Estos son los motivos por los que la mediumnidad curativa de gran eficacia es rara, aparece esporádicamente, lo que también contribuye a apartar el interés científico puro de ese campo de tantas y tan grandiosas posibilidades para el progreso de la Medicina.

Por otro lado, aun cuando los médiums resisten a todas las tentaciones, no escapan a las calumnias, persecuciones, procesos criminales y prisiones, como ya acontecía en la era apostólica. Los métodos de combate contra los innegables hechos mediúmnicos continúan siendo los mismo en nuestros días.

Para superar esas dificultades milenarias, los Espíritus Superiores prefieren actuar en silencio, pasando inadvertidos en los procesos de curaciones espirituales directas, donde la Medicina solamente considera la acción espontánea de los recursos naturales del organismo del enfermo.

En esa cómoda posición hipotética, la mayoría de los médicos no percibe la contradicción en que caen al atribuir poderes sobrenaturales al organismo carnal de los enfermos, recinto de los milagros de la fe ingenua, pues están aceptando la violación de las leyes naturales por la propia naturaleza. Las relaciones medicina - espiritismo son de importancia básica para ambos, y particularmente para la Humanidad. Pero éstas no podrán mejorar mientras los espíritas no tomen conciencia de sus responsabilidades doctrinarias, y los médicos no superen sus prejuicios, que de hecho son más profesionales que científicos, con respecto a los problemas espirituales y en particular al Espiritismo y a la mediumnidad curativa, hoy comprobada su realidad prometedora en los grandes centros universitarios del mundo. Los conceptos de lo sagrado y de lo sobrenatural, de un lado, y los prejuicios científicos del otro, todavía pesan aplastantemente sobre nuestra cultura, que tendrá que librarse de ese fardo para sobrevivir.

ESPIRITISMO Y PSICOLOGIA

Estamos en la Era Psicológica, bajo el signo avanzado de Psi, la letra griega que designa los fenómenos parapsicológicos. Antes de 1930 los críticos del Espiritismo intentaban explicar los procesos mediúmnicos por hipótesis psicológicas. Después de esa fecha, la ayuda inesperada de la Parapsicología surgida de las investigaciones de Rhine y su equipo, proveyó de nuevas armas a los negadores.

Tuvimos el espectáculo de una extraña euforia en los medios intelectuales: Los hombres de cultura proclamaban con entusiasmo su propia y absoluta nulidad. No eran más que polvo que se vuelve al polvo. Eso era suficiente para demostrar que la conciencia mundial era muy tosca. Pero diez años después de los difíciles estudios iniciales en la Universidad de Duke, las investigaciones tomaron un ritmo acelerado y Rhine anunció sus “absurdos” descubrimientos: el pensamiento; hay en el hombre un contenido extrafísico; la mente sobrevive al cuerpo; la percepción extrasensorial supera todas las barreras físicas.

Vassiliev, en la URSS, se dispuso a deshacer esas mentiras burguesas y fracasó en su intento. Soal y Carlington, de la Universidad de Londres y Cambridge, afirmaron la sobrevivencia del alma y tuvieron el “descaro” de obtener éxito con las experiencias de la voz directa (psicofonía), fenómeno en que una entidad espiritual habla directamente, sin instrumentos, vibrando su propia voz en el aire.

Price, también de la Universidad de Londres, tuvo la “audacia” de explicar los “espantajos londinenses” como manifestaciones de los espíritus.

La última esperanza de las libélulas humanas, de los hombres - polvo, se le apagaba como llama de fuego fatuo en las manos de los negadores. Surgieron entonces los “magos de la gradería” y los politiqueros de feria, sacerdotes toscos y frailes ignorantes, para atacar, con sus trucos ingenuos, lo mismo que ellos predicaban y que era la base de su profesionalismo religioso: la sobrevivencia de la criatura humana.

Ese atrevimiento causó malestar en el propio clero que veía su prestigio cultural inseguro ante las élites culturales. Lo que esos “magos de la gradería” divulgaron por el mundo a través de los televisores, diarios, revistas, libros, conferencias y cursos pseudocientíficos, (todo eso muy productivo económicamente), constituyó la bazofia subcultural del Siglo XX, y explica la razón de las espantosas contradicciones de nuestra época.

La miseria mental de esos “magos de gradería” encontraba resonancia en las capas ignorantes del pueblo, y con una refracción espantosa, proyectaba en video la miseria cultural de las figuras honradas por los medios universitarios y eclesiásticos en su tránsito por las vías oscuras del submundo cultural. Todo servía, como siempre, en el vale todo de la lucha contra el Espiritismo. Surgió un claro en las tinieblas: El descubrimiento del cuerpo bioplásmico del hombre y la prueba científica de su sobrevivencia obtenida por los científicos soviéticos en investigaciones biofísicas en la universidad de Kirov.

En la fortaleza ideológica del Materialismo Científico del mundo había sido descubierta la realidad del cuerpo espiritual de la tradición cristiana, el periespíritu de la terminología espírita que el Apóstol Pablo llamara con énfasis cuerpo de la resurrección.

La única medida posible contra eso fue tomada enseguida por el oficialismo soviético, negando validez al descubrimiento oficialmente realizado y suspendiendo la divulgación de nuevas informaciones al respecto. Este contragolpe solamente tuvo, naturalmente, efecto político. No se podía impedir el avance irrefrenable de las Ciencias, pero la censura soviética, fue bien recibida por los hombres - polvo de la vacilante cultura occidental y se hizo el silencio deseado sobre la más importante conquista científica del siglo. Los “magos de gradería”, ayunos de ciencia, tráfugas de la razón, intoxicados de incoherencia, cantaron como gallos en las riñas de la ignorancia.

A pesar de esa nueva euforia de los adictos a la nada, a ese concepto vacío, según Kant, las investigaciones parapsicológicas se intensificaron en la URSS y en toda la órbita soviética.

En Rumania, para evitar complicaciones políticas a los investigadores de la paranormal, se forjó un nuevo nombre para la Ciencia de Rhine, la cual pasó a llamarse Psicotrónica. Este nombre atroz funciona como cobertura táctica para los investigadores. Sentados cómodamente en el trono del psiquismo, los psicotrónicos disfrazan su interés de sobrevivir después de la muerte investigando la reencarnación como un simple fenómeno psicológico, imitando de este modo la táctica del profesor Raikov de la Universidad de Moscú.

Bastan esas maniobras anticientíficas para probar el acierto de León Denís, expresado en una conferencia en París, durante la década de 1920, sobre el tema La Misión del Siglo XX. El Druida de la Lorena, como lo llamaba Conan Doyle, previó que nuestro siglo sería el de la victoria del Espiritismo, mediante la comprobación científica de sus principios. Y ahí están las pruebas obtenidas por las investigaciones científico - tecnológicas, al gusto de nuestro tiempo. Filosófica, científica y religiosamente el Espiritismo encontró, en nuestro siglo, las comprobaciones de su veracidad, no producidas por sus adeptos, sino por sus más poderosos adversarios.

En el campo psicológico, el desarrollo del Psicoanálisis, a partir de Freud, alcanzó con Jung un momento crítico por su revelación de los arquetipos, solamente posibles en las dimensiones del espíritu; y finalmente por la teoría de las coincidencias significativas, (sincronismo, contribución de Jung a la Parapsicología), las confesiones mediúnicas del gran psicólogo en sus memorias y su confianza en el descubrimiento científico del alma. En 1944 Jung concluyó su libro al respecto declarando. “Estoy convencido del estudio científico del alma por la ciencia del futuro. La Parapsicología es la más joven de las Ciencias Humanas y su desenvolvimiento no ha ido todavía más allá de los primeros pasos.”

La Gestalt o Psicología de la forma, en el campo de la Psicología de la Percepción, reveló el principio de la unidad formal en donde se destaca el fenómeno de la pregnancia (del alemán: Prägnanz = certeza) por el que se expone que no vivimos según la realidad

concreta del mundo, sino según nuestra ilusión psicológica de esa realidad; con esto confirman el principio espírita de las apariencias significativas.

De la conjunción dialéctica de esas dos corrientes fundamentales de la psicología contemporánea surgió la síntesis de la concepción parapsicológica del hombre, con el dominio del inconsciente en la interpretación de las percepciones sensoriales, abriéndose hacia las dimensiones de la percepción extrasensorial. El descubrimiento científico del periespíritu confirmó esa tesis en el plano objetivo, revelando de nuevo (en términos espíritas) la zona secreta de las captaciones y manifestaciones paranormales. El plasma físico del periespíritu (cuerpo semimaterial, según Kardec) es dirigido en sus manifestaciones por los elementos no físicos del cuerpo espiritual.

Tanto los teóricos que pasan por alto al inconsciente, como los que ignoran la escritura automática y los que desdeñan los fenómenos físicos de la mediumnidad, se olvidan (o jamás tuvieron conocimiento) de los estudios y de las investigaciones de Kardec, Aksakof y Bozzano sobre el animismo o las manifestaciones de la propia alma o espíritu del médium en las manifestaciones mediúmnicas. Formulan así, hipótesis que fueron superadas desde el inicio mismo de las investigaciones espíritas, cuando el mismo Freud todavía no había nacido.

Kardec fue también el primero en notar las interferencias anímicas en las manifestaciones, debidas a la influencia sugestiva y natural de los recuerdos arcaicos o recientes del médium. Esas infiltraciones (que nos sobrevienen también en plena vigilia a todos nosotros) se verifican en concordancia con la ley de la asociación de ideas, pero son fácilmente identificables por los investigadores y personas experimentadas en la práctica mediúmnic. Ochorowicz, por ejemplo, llegó a lo máximo, en sus experiencias de materialización con la médium Estanislava, al considerar la entidad materializada como un desdoblamiento material del médium. Llamaba al espíritu que se materializaba Estanislava II.

Llevó así la manifestación del animismo al extremo de una supuesta división del organismo del médium en dos cuerpos distintos. No obstante, Estanislava II era muy diferente del médium, tanto física como psicológicamente.

Muchos absurdos de esa especie se cometieron en investigaciones espíritas por científicos rigurosos que se veían aturdidos por lo imprevisible de los hechos. Los psicólogos actuales que pretenden opinar sobre cuestiones espíritas, debían tener la honestidad de estudiar primero la Doctrina y su Historia, para no caer en las tonterías del pasado, ya hace mucho tiempo superadas, y no cometer el crimen de considerar como locos, ingenuos o farsantes a los mayores científicos del siglo pasado que trataron del asunto seriamente, con el mayor esmero.

Por otro lado, los espíritas deben cuidar más de su formación doctrinaria, para no perturbarse con la repetición de paparruchadas seculares contra la doctrina. Russell Wallace, émulo de Darwin, estudiando en el siglo pasado las relaciones del Espiritismo con la Psicología, declaró que todas las escuelas psicológicas no eran más que formas de una psicología elemental. La cita de Jung que reproducimos arriba confirma esa posición de

Wallace en nuestros días. ¿Quién es el estudiante bisoño de psicología actual que se atreverá a contradecir a esos dos gigantes?

PSIQUIATRIA Y ESPIRITISMO

La Psiquiatría es el campo médico de mayores conflictos con el Espiritismo. Y es el campo espírita de más intensa actividad y donde los espíritas han obtenido los mayores éxitos. La razón de esto es evidente.

La mayoría de los psicópatas son sencillamente obsesionados; y lo que excede de lo rutinario en las psicopatías de origen psicológico, educacional, neurológico o cerebral se muestra igualmente infestado por espíritus inferiores.

En cuanto a eso, los espíritas practicantes y especialmente los psiquiatras espíritas no tienen la menor duda. Por eso el número de hospitales psiquiátricos espíritas es grande en nuestro país. Sólo en el Estado de São Paulo existen treinta y cinco instituciones de ese tipo en funcionamiento y hay algunos más en planes o en construcción.

El cuerpo médico de estos servicios no siempre es espírita, de hecho, generalmente está constituido por una mayoría de médicos que no lo son. Los organismos oficiales crean obstáculos a los tratamientos médicos no convencionales en esos centros; pero los espíritas afrontan todas las dificultades y, además continúan construyendo nuevos hospitales por entender que tienen una gran responsabilidad con respecto a ese problema, por ser ellos los únicos que realmente lo conocen en su mayor profundidad. Les toca, pues, hacer algo en beneficio de millones de víctimas sometidas a tratamientos total o parcialmente inadecuados.

Estos hospitales se han unido en una Federación para luchar mejor por sus derechos y poder mantener relaciones más frecuentes y eficaces entre ellos. Esa red hospitalaria especializada ayudó al Gobierno del Estado cuando la crisis del Juqueri (Hospital Franco da Rocha, en la capital) participando en la distribución del número excesivo de internados, que hacían de Juqueri lo que el pueblo llamó la Caldera del Diablo.

Se construyó el Hospital Espírita de Amparo cuando un médico y escritor de renombre publicó un artículo en el diario Última Hora, oponiéndose al hecho y afirmando que los espíritas se interesaban en el asunto por remordimiento, pues fabricaban locos y se sentían en la obligación de asistirlos.

Un periodista y psicólogo espírita respondió en los Diarios Asociados señalando que los espíritas se interesaban por el asunto en virtud del fracaso de la Medicina para curar a los locos. El principio espírita de la caridad los obligaba a ello. El Hospital fue construido y otros más surgieron poco después.

La calumnia de que los espíritas hacen locos se inició en las campañas clericales y médicas contra la doctrina. Kardec trató el tema mostrando lo absurdo de la acusación y recordando que el mito del Diablo produjo más locos en el mundo, durante siglos, de lo que puede uno imaginarse. Recalcó que el tratamiento médico siempre se había mostrado inadecuado por la simple razón de que las Ciencias se negaban a reconocer la evidencia de las obsesiones.

Se refirió a la predisposición de ciertas personas a padecer de locura, lo cual ha ocasionado, en el mundo entero, que pierdan la razón personas que se dedican a estudios de música, matemática, teología u otras materias culturales. Y más aún porque, decía el maestro, existe en todos nosotros un grado de locura que puede desenvolverse por cualquier grado de excitación. Presentó como ejemplo los casos de posesión individual y colectiva ocurridos con espantosa frecuencia en las comunidades religiosas, y afirmó que el Espiritismo es el mejor y el más eficiente preventivo de la locura en sus varios tipos.

Hoy está científicamente probado que ese grado de locura puede desencadenarlo mediante excitación telepática, tanto los seres encarnados como los espíritus desencarnados. Jean Herenwald, médico psicoanalista, dedicó hace algunos años un libro a esa cuestión con el título de Telepatía y relaciones interpersonales, citando casos impresionantes de su propia clínica (ver la bibliografía).

Las investigaciones americanas, inglesas, francesas y soviéticas comprobaron esa realidad de manera innegable. Whately Carington, de la Universidad de Cambridge, fue sencillamente exhaustivo en la comprobación de datos.

El Espiritismo no pretende oponerse a la Psiquiatría ni negar sus conquistas ni las de la Psicoterapia en general, mas es evidente que ofrece a ese campo de tratamiento especializado nuevas perspectivas para adelantar la investigación etiológica y de curación, comprobadas científicamente. Revela a los psicoterapeutas la cara oculta de la realidad psicopatológica, tal como los astronautas revelaron a los astrónomos la cara oculta de la luna. Los métodos espíritas de tratamiento han probado su eficacia y continúan probándola diariamente por todo el mundo. El espiritismo ofrece a la Psiquiatría una contribución teórica y práctica completa, que ésta no puede rechazar basándose en suposiciones y prejuicios de un pasado hace ya mucho tiempo superado.

N.T. Como información más reciente y amplia sobre los avances del Espiritismo relacionados con la Psiquiatría, incluimos las siguientes anotaciones sobre la Regresión como Terapia Alternativa.

“Regresión es una técnica hipnótica que logra hacer revivir al sujeto experiencias pasadas, reproduciendo los estados psicobiológicos que acompañaron originalmente a tales experiencias.” (Del libro Historia de la Parapsicología de Jon Aizpurua).

Al principio se hacía recordar al sujeto, bajo sueño hipnótico, incidentes de su juventud o de su niñez. Luego se extendieron los recuerdos hasta vidas previas. Muchos espiritistas científicos conocen esta técnica, sobre todo por los trabajos del magnetizador y espiritista español José María Fernández Colavida (1819 - 1888).

La regresión se divulgó en 1952 tras la publicación en Estados Unidos del ahora famoso libro La Búsqueda de Bridey Murphy.

Algunos psiquiatras y psicólogos experimentando con esta técnica advirtieron su utilidad para el tratamiento de ciertos enfermos, pues comprobaron que cuando un paciente conocía los hechos traumáticos supuestamente acaecidos en una vida previa, sus síntomas actuales desaparecían, tal y como ocurre con los síntomas causados por incidentes traumáticos sufridos en su vida presente. Esto es lo mismo que durante largos años han estado haciendo los espiritistas con las sesiones mediúnicas en ayuda de sus semejantes.

Por eso este método terapéutico no es reconocido públicamente por todos, aunque ya está en un alto nivel científico como veremos en el siguiente extracto de la mucha información que ya hay sobre este tema, conclusiones de la investigación seria, no ideas plagadas de libros espiritualistas.

El Dr. Patrick Drouts nos señala que en la terapia a vidas pasadas hay que trabajar sobre los tres niveles de conciencia: el subconsciente, la conciencia regular y el superconsciente, con el propósito de reunir el ser, de integrarlo. Para lograr esta reunificación es necesario que el sujeto haya alcanzado cierto nivel de conciencia. Sin un deseo de conocerse a sí mismo no será posible esta integración.

El Dr. Ernie Pecci, psiquiatra en California, presidente de la Asociación de Psiquiatría en los años 70 y actual presidente de la Asociación para la Investigación de la Vida Anterior y su Terapia, encontró en sus pacientes, durante las regresiones a vidas pasadas, un denominador común: que todos volvemos a este mundo para solucionar un problema, y que mientras no se comprenda en que consiste, se volverá a pasar por el mismo tipo de experiencias. Declara que a través de este medio se puede acortar una curación que con métodos convencionales tomaría muchos años, si es que se llegara a tener éxito. Nos advierte también de un modo convincente lo siguiente.

“En los archivos de tu subconsciente está inscrito todo lo que ha pasado desde el instante de tu concepción, y además lo que te ocurrió antes de tu vida fetal, esto es, tus vidas pasadas. Cada pensamiento, acción, o acontecimiento está inscrito allí.”

La Dra. Bárbara Feinseindein, investigadora y psiquiatra de la Universidad de California, relata que durante las investigaciones que ha llevado a cabo sobre la terapia a vidas pasadas con el propósito de liberar al paciente de traumas crónicos, ha encontrado que el nacimiento es una de las experiencias más penosas que el ser humano tiene que sufrir.

El Dr. Abraham Towden, en la revista de la Asociación Médica Americana, comparte esta opinión al expresar que el miedo a la muerte experimentado por algunas personas es un residuo del trauma del nacimiento.

En el libro *La Vida Secreta del Niño Antes de su Nacimiento*, su autor, el médico canadiense Thomas Verny, demuestra que desde el momento de la concepción hay una entidad presente en el seno materno, una entidad a la que llamamos Alma, Espíritu, Ser Consciente, que no corresponde a la materia del cuerpo, ya que éste aún no existe, pues ha de formarse durante los nueve meses del embarazo. Con la técnica de regresión que él utiliza con sus pacientes descubrió que este ser ya existía antes de concebirse la madre

actual (en un próximo artículo expondremos porque es un crimen el aborto), Además descubrió que este Ser, antes de nacer, percibe los pensamientos de aceptación o de rechazo de sus actuales padres.

Para la Dra. Bárbara Feinseindein, ya citada, un recién nacido de cuarenta y ocho horas ya tiene grabadas en sí mismo las tendencias y las maneras que, junto al entorno que acompañará su crecimiento, orientarán su vida.

Con relación a la Ley de Causa y Efecto, El Dr. Patric Drouts, citado antes, nos dice.

“...ésta adquiere una importancia considerable a partir del momento en que se abordan los viajes al pasado. Cada uno de los problemas resueltos por una regresión viene a defender la tesis de la Ley de Causa y Efecto que se expresa en la reencarnación.”

El Dr. R. Sjue, actual presidente de la Asociación de Psicología Transpersonal Americana, miembro del comité directivo de la Asociación de Investigación y Terapia a Través de Vidas Pasadas, nos informa que, en materia de psicoanálisis y psiquiatría, las obras de Stanislas Grof han sentado las bases de una nueva tipología, la psicología transpersonal, que nació a finales del 1960. Entre sus miembros podemos citar a Allan Watts, Victor Frankel y en Europa a Pierre Weill.

La Dra. Edith Fiore, psicóloga graduada del Goucher College y licenciada superior en la Universidad de Maryland, que completó su doctorado en psicología en la Universidad de Miami, etc., nos brinda a través de su libro Usted Ya Estuvo Aquí, pruebas detalladas y precisas que relacionan las vidas pasadas con las enfermedades actuales, logrando su curación mediante la regresión hipnótica a sus vidas anteriores.

Leamos sus elocuentes palabras.

“Ahora estoy convencida de que muchos problemas tienen su origen ANTES, en vidas pasadas. Mis pacientes y yo sabemos que las vidas anteriores pueden ejercer un profundo impacto sobre las vidas actuales, en lo relativo a sus capacidades, síntomas, relaciones, carácter y, en realidad, en un millar de otros aspectos del individuo”.

Siendo ya muchos y muy competentes los médicos y psicólogos que en otros países usan y recomiendan estos tratamientos como terapia alternativa, ¿por qué en Puerto Rico, que tiene tan gran cantidad de enfermos mentales, no reconocemos la importancia de estas nuevas técnicas y procedemos a investigarlas y a utilizarlas en beneficio de nuestro pueblo?

Sabemos que a muchos profesionales de la Salud Mental les repugnan estos métodos, a pesar de su demostrada utilidad para personas que se encuentran inmovilizadas por la ansiedad y que tienen muy poca, si alguna, esperanza de curación. Sabemos, también, por testimonios de algunos pacientes a los que hemos ayudado mediante la terapia espiritual, que muchas veces ésta renuencia se debe a prejuicios culturales y religiosos.

Nuestras universidades imparten una educación liberal con el propósito de crear Hombres con mentes libres de prejuicios que puedan ver más allá de lo que puede ver una persona común que no tiene el entrenamiento adecuado, para que así preparados, sean participantes

activos en la marcha del progreso; no obstante, éstos privilegiados por su temor a la burla o por sus preferencias religiosas ignoran el dolor del prójimo.

Comprendemos también que es más fácil y compromete menos etiquetar de esquizofrénico a un paciente que oye voces, sobre todo si las atribuye a un espíritu, y atiborrarlo de “pastillas” que atenúan sus síntomas pero que no curan; es más difícil, pero más útil y más humanitario, abrirse los ojos de la cara y de la mente e investigar, intentar comprender, aprender, reconocer lo que puede ser bueno, aunque sea nuevo.

Desechen el temor de que los señalen como desquiciados por investigar e intentar conocer en beneficio de su pueblo las leyes de ese mundo trascendente, no material, del que formamos parte y al que con mucho entusiasmo y mayor asombro se asoman ya los físicos modernos.

Por otro lado ¿no vemos y oímos todos los días, sin que se les acuse de dementes, a quienes se autoproclaman guías de la humanidad y osan pregonar por radio y televisión que hablan con Dios?

(San Juan, I:18).

Estos (y quienes creen en sus patrañas) no temen ser señalados con el dedo a pesar de que sus vidas de parásito social, sus fraudes que esquilman sin cesar y sin límites a nuestro pueblo y sus demoníacas prédicas rebosantes de odio y de ignorancia son dañinas a la ciudadanía.

¡No hemos olvidado Guyana!

Invitamos a los hombres de ciencia, a todas las personas pertinentes, a que desechen sus prejuicios, los exhortamos a que se atrevan a investigar hasta que a través de la propia experiencia vivida alcancen un conocimiento verdadero y útil, valioso porque ha sido logrado con el sudor de su sacrificio investigativo, y su satisfacción será inmensa al comprobar que con su esfuerzo estarán mejorando la calidad de vida no sólo de algunas personas sino también de todo su pueblo.

EPISTEMOLOGIA ESPIRITA

En la aparente sencillez de su forma escrita el Espiritismo abarca todos los campos del Conocimiento. No lo hace de manera sistemática, sino espontánea, en una especie de improvisación determinada por las exigencias del burbujear de los hechos y de la escasez de tiempo.

Kardec ya contaba 50 años de edad y no disponía de recursos financieros, ni de medios técnicos, ni de auxiliares preparados para la elaboración de la obra inmensa y urgente que lo desafiaba. Estaba solo frente a aquella erupción de fenómenos que tenía que examinar para la formulación de una doctrina que los hiciese accesibles para todos los seres humanos de este planeta.

Disponía solamente de sus conocimientos científicos, de la visión pedagógica heredada de Rousseau y Pestalozzi, de los instrumentos humanos de investigación que eran las niñas Boudin, de 14 y 16 años; y, sobre todo, de los recursos de su didáctica desarrollados por un lado en los institutos que fundara y dirigiera, y por otro en las obras que publicara y en los servicios prestados a la Universidad de Francia como director de estudios.

Le ayudaba su temperamento tranquilo, ponderado, que le permitió dominar las circunstancias y organizar una nueva ciencia apoyada en investigaciones, dotada de métodos propios, engranada en las exigencias de las ciencias de la época, amparada tanto por la institución científica fundada por él mismo, como por los medios de divulgación, investigación de opiniones, y posibilidad de debates en el plano mundial, que creó con sus obras y con la fundación y mantenimiento de la Revista Espírita. Una epopeya cultural silenciosa que, no obstante, se difundió a todas las culturas, estremeciendo el mundo.

A esa hazaña homérica no faltó el auxilio clásico de los dioses, aquellos mismos que Tales de Mileto decía que llenaban el Mundo en todas sus dimensiones: los Espíritus. Esos dioses, que él humanizó en vez de divinizar, hincharon las velas de su barco y lo llevaron, solitario, a la conquista de mares y tierras desconocidas y envueltas en los misterios de todas las mitologías y magias religiosas. Tuvo que enfrentar, como Ulises, los precipicios y los monstruos del mar y a los guerreros atrincherados en las murallas de las troyas culturales de la Tierra.

La Epistemología Espírita, estudio y crítica del Conocimiento Científico a la luz del Espiritismo, no es siquiera mencionada en la obra de Kardec, pero está integrada en ella; es uno de los problemas fundamentales de la doctrina, indispensable para su comprensión.

En la Antigüedad, con algunas excepciones del mundo clásico greco - romano (por ejemplo: las observaciones empíricas de los filólogos griegos y posteriormente de Aristóteles), todo el Conocimiento Humano provenía de las tradiciones religiosas y se procesaba por deducción. Con o sin el esquema lógico aristotélico, los sabios se servían de un instrumento único de investigación que era el silogismo.

Solamente a principios del Siglo XIV surgieron en Italia las primeras tentativas de interrogar la Naturaleza para conocer la realidad. De ahí en adelante la Ciencia se desarrolló a través de penosos episodios históricos, como los de Galileo y Giordano Bruno; pues, cualquier descubrimiento que contrariase la Biblia era enseguida motivo de persecuciones y de condenaciones por herejía.

Para dar el paso lógico de la deducción a la inducción se necesitaron cuatro siglos. Y para entender por qué basta con recordar como Descartes en su Tratado del Mundo tuvo que usar un artificio curioso. Para decir que la Tierra giraba alrededor del Sol, afirmó que nuestro planeta estaba fijo en el espacio, envuelto en su atmósfera, y que ésta era la que giraba en torno al Sol. A pesar de su argucia, Descartes terminó huyendo a Holanda, país protestante, a fin de librarse de la condenación de la Iglesia Católica. Es evidente que no sin razón usaba en su emblema la palabra *caute* (que significa, cautelosamente) y que le servía para recordarle en todo momento la cautela con que debía exponer sus ideas. En ese ambiente opresivo la Ciencia era como una yerba dañina que solamente crecía a escondidas.

No obstante, en el Siglo XVIII, llamado el Siglo de Oro de las Ciencias, la opresión clerical iba amainando a medida que las invenciones, más que los descubrimientos, daban prestigio a las ciencias.

En el Siglo XIX la situación había cambiado bastante, pero no fue hasta mediados de ese siglo cuando el clima se tornó propicio al uso audaz de la inducción científica, que consiste en experimentar con diversos fenómenos para de ellos obtener la ley general que los rige.

Antes de esto era imposible la investigación espírita, que además de estar condenada por sí misma como profanación de la muerte, era también condenada por contrariar la “sabiduría” infusa en los teólogos, la cual procedía de Dios a través de la Biblia y que se insuflaba en ellos por el milagro de las intuiciones reveladoras.

A pesar de las libertades ya conquistadas, la Inquisición Española, no pudiendo condenar a Kardec a la hoguera, pues éste estaba en Francia, condenó su obra y la quemó en Barcelona, con todos los rituales de la Inquisición. Kardec comentó el hecho en La Revista Espírita, en un artículo titulado El Rabo de la Inquisición, aprovechando el hecho para rasgar más ampliamente la pesada cortina de la censura eclesiástica en el Mundo. Francia marchaba a la vanguardia de la liberación, mientras que el rabo de la opresión todavía se arrastraba, erizado de amenazas y envilecido por sus crímenes, en tierras de Portugal y España.

Solamente en Francia sería posible, en aquella fase de transición histórica y cultural, la propagación del Espiritismo. Empero, allí mismo también se levantaron las olas de la reacción, impulsadas por los vendavales del fanatismo religioso, de los prejuicios culturales y del exclusivismo científico. Fue en el estudio sereno de esa reacción, en medio del furor de los elementos desencadenados, cuando Kardec dio inicio a la Epistemología Espírita. Al principio, solo, pues todavía eran pocos sus compañeros.

Se repetía en el antiguo y carismático suelo de las Galias el mismo cuadro palestino de Jesús con sus pocos discípulos enfrentándose a los poderes del mundo. El panorama histórico, sin embargo, se había modificado y Kardec podía usar con mayor eficacia las armas de la razón. El Renacimiento había preparado a Francia para aquel momento glorioso.

Kardec examina la posición epistemológica del Espiritismo en la Introducción al Estudio de la Doctrina Espírita en el inicio de El Libro de los Espíritus, obra fundamental de la Doctrina. El Espiritismo es una Ciencia que se enfrenta con las otras ciencias en pie de igualdad y no puede ser juzgada por los científicos que no la conocen.

Los sabios son dignos de admiración y de respeto cuando se pronuncian sobre lo que saben. Pero cuando opinan sobre lo que no saben se igualan al vulgo, pues están exponiendo simples opiniones desprovistas de valor. Lo que vale en la Ciencia son los hechos y no las opiniones. Sólo es válido en el campo científico el veredicto de las pruebas. El rechazo de los hechos a priori no tiene valor para el conocimiento, por más reputación que tenga el experto que emita el juicio. Y añade.

“Cuando la Ciencia se sale de la observación material de los hechos para apreciarlos y explicarlos, se abre para los científicos el campo de las conjeturas. Cada uno de ellos construye su sistemita al que quiere hacer prevalecer y que sostiene encarecidamente. Los hechos son el verdadero criterio de nuestros juicios irrefutables. En la ausencia de los hechos, la duda es la opinión del hombre prudente.”

La posición de Kardec era, pues, de una claridad y positividad absoluta. El Espiritismo nacía como Ciencia, dentro del marco de la evolución científica, y al mismo tiempo asumía una posición epistemológica realista, criticando las opiniones de individuos particulares que se desviaban de la realidad objetiva.

A quienes lo habían criticado alegando que el objeto de su doctrina no era objetivo, Kardec les recordaba que el concepto espírita de Espíritu no era vago, ni indefinido, sino rigurosamente objetivo.

“El Espíritu es un ser concreto y circunscrito, - afirmaba - un ser real, definido, que en ciertos casos puede ser aprehendido por nuestros sentidos de la vista, la audición y el tacto.” La naturaleza objetiva del Espíritu no podía ser confundida con la de los objetos lógicos y matemáticos o mitológicos e imaginarios, pues sus manifestaciones permiten la verificación científica de su realidad objetiva y de su capacidad de producir efectos materiales de mínima o máxima complejidad. Por eso el Espiritismo exigía una actitud científica para su estudio, experimentos objetivos para la comprobación de las leyes naturales que rigen sus relaciones con el mundo sensible y con los hombres encarnados.

La mayoría de los científicos criticaba el hecho de que el Espiritismo hubiera nacido de la observación de la llamada danza de las mesas. Kardec replicó preguntando si el movimiento espontáneo de objetos materiales, rigurosamente constatado, era acaso más ridícula que la danza de las ranas que diera a Galvani la posibilidad de descubrir la

electricidad. Afirmó que negar los hechos sin observarlos ni investigarlos es anticientífico, pues, testimonia la persistencia de prejuicios en la Ciencia, y contra eso, exigió la experimentación seria y metódica por científicos serios.

La Ciencia de la época se enconchaba en sus conquistas primarias y se consideraba en la posesión del conocimiento total. Había caído en un mecanicismo simplón y se alienaba en un solepsismo arrogante. Cuando la Academia reconoció la existencia del Hipnotismo, Kardec relató en un artículo crítico e irónico de la Revista Espírita, que el Sr. Magnetismo había intentado numerosas veces entrar en la Academia por la puerta del frente, mas siempre fue rechazado, hasta que decidió cambiar de nombre y entrar por la puerta de atrás, siendo entonces bien recibido y adquiriendo su deseada ciudadanía científica. La Ciencia daba más importancia a las apariencias formales que a la substancia. Kardec afirmaba que el Espiritismo no era una cuestión de forma, sino de fondo.

Su crítica epistemológica se desarrolló implacable a través de los sucesivos años de investigación en la Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas, que él había estructurado y que dirigía como institución científica de investigaciones. Cada vez que los científicos volvían a la carga contra el Espiritismo, Kardec replicaba con firmeza que la Ciencia era impotente para opinar sobre cuestiones que los científicos simplemente desconocían. Respetaba a los científicos serios y prudentes, pero no era indulgente con los livianos y atrevidos que se juzgaban, como él decía, monopolizadores del buen sentido y de la verdad.

Charles Richet, Premio Nobel de Fisiología, reconoció su valía y su capacidad de investigador, aunque no aceptaba la Doctrina Espírita, que consideraba precipitada.

William Crookes acogió la encomienda de la Sociedad Dialéctica de Londres, para demoler el Espiritismo, y después de tres años de experimentaciones con resultados asombrosos, proclamó la veracidad innegable de los fenómenos espíritas.

La lucha solitaria de Kardec dio resultados inesperados: Los trabajos de Friedrich Zöllner y del Barón Von Schrenk - Notzing en Alemania, y de Ernesto Bozzano y Chiaia en Italia, (quienes doblegaron la férrea resistencia de Césare Lombroso con varias materializaciones irrefutables de la madre de este gran antropólogo); la aparición de la Metapsíquica, de la Ciencia Psíquica Inglesa, y de la vieja Parapsicología Alemana; los experimentos que llevaron a Friederic Myers a publicar su tratado La Personalidad Humana y su Supervivencia; la creación de la Parapsicología Experimental y, en fin, la aparición de la Parapsicología Moderna de Rhine y McDougal, han probado la legitimidad de la Ciencia Espírita y de la crítica epistemológica de Kardec.

Mas como el Espiritismo no cambió de nombre, conservándose fiel a su origen y a sí mismo, intransigente en su clara y precisa posición epistemológica, no fue admitido a la Academia, ni recibió la ciudadanía científica a la que tenía el más absoluto e innegable derecho. Kardec, que falleció en 1869, no tuvo la satisfacción de ver, en vida, los lances más importantes de su victoria sobre la rutina y el radicalismo del mundo científico oficial.

Hoy, arrastrada por la corriente de la evolución, la Ciencia ha tenido que sumergirse en el océano invisible de los átomos y sus partículas; adentrarse en la zona impalpable de la percepción extrasensorial y del poder insospechado del pensamiento; precipitarse en la vorágine de las investigaciones sobre la reencarnación; involucrase en lo absurdo de las múltiples dimensiones de la materia, de los mundos interpenetrados, de la antimateria, de la pluralidad de los mundos habitados, del atemorizante problema filosófico de la concepción existencial del hombre, de la realidad ontológica considerada como subjetividad pura, etc. etc.; negarse a sí misma para poder sobrevivir como sobreviven los hombres y todas las cosas y seres, según afirmaba Kardec.

Kardec podía opinar con autoridad sobre la Ciencia, porque él era profesor de Ciencias. Pero por eso mismo le negaba a la Ciencia el derecho de opinar sobre el Espiritismo que ella no conocía, y que era considerado por los científicos llenos de prejuicios con una actitud anticientífica. Su rechazo al juicio científico de la época, en ese sentido, es un veredicto.

“La Ciencia propiamente dicha, como Ciencia, es incompetente para pronunciarse sobre la cuestión del Espiritismo, y su pronunciamiento al respecto, cualquiera que éste sea, favorable o no, carece de valor, no tiene ningún peso.” Esta declaración de incompetencia es válida aún hoy, cuando vemos a la Ciencia confirmando al Espiritismo sin quererlo y sin conocerlo. La ignorancia de los sabios al respecto, como decía Kardec, no se modificó. La posición realista de Kardec prueba su seguridad absoluta en lo tocante a la legitimidad de sus investigaciones. El Espiritismo se sustentaba por sus bases experimentales y lógicas, sin necesidad de aprobaciones extrañas, tanto más, porque esas aprobaciones no provenían de quien tenía el conocimiento suficiente para opinar al respecto. Por otro lado, la posición epistemológica del Espiritismo no podía ser criticada.

Su objeto era innegable: la realidad psíquica del hombre y los fenómenos que la habían demostrado a través del tiempo. Su método de investigación era perfecto y bien integrado a las exigencias científicas, es decir, adecuado al objeto; la orientación de las investigaciones se hacía por un maestro capacitado y reconocido como tal; los resultados obtenidos se interpretaban con un criterio rigurosamente científico; las experiencias, observaciones e investigaciones se divulgaban a través de un órgano específico y especializado con toda la información y detalles de lo que sucedía; ningún experimento conseguiría negar científicamente la realidad de los fenómenos o contrariar la validez de las interpretaciones.

Si la Ciencia no reconocía la validez científica de la investigación espírita, no era por haberla desmentido o arrinconado mediante otros experimentos, sino por una simple actitud repleta de prejuicios, que no tenía peso en consideraciones realmente científicas. Restaba todavía el hecho importante de la comprobación de los fenómenos por científicos eminentes de la época y conocidamente contrarios al Espiritismo.

Las alegaciones de que el Espiritismo se presentaba a la Ciencia como un producto híbrido, en que problemas científicos, filosóficos y religiosos se mezclaban haciéndolo indefinido, no pasaba de ser una maniobra; pues la secuencia natural de esos temas en el plano del desenvolvimiento cultural, corresponde exactamente al esquema espírita.

La magia primitiva corresponde al hacer experimental, por lo tanto, a la Ciencia; la Filosofía era la concepción del mundo dada por la experiencia en que se conjugan teoría y práctica; la moral provenía del comportamiento determinado por la visión del mundo y la Religión surgía como imperativo de las conquistas del saber adquirido. Esto lo atestigua toda la historia del mundo antiguo. Las propias culturas teológicas trazaron esos caminos.

Incluso el positivismo de Augusto Comte, que se presentaba como Filosofía Científica, siguió el mismo esquema de la Teoría General del Conocimiento, acabando por desembocar en la Religión de la Humanidad. Epistemológicamente nada había que censurar o condenar en el contexto del Espiritismo.

Comentando la fatuidad humana, Kardec recordaba que los hombres más sabios se sienten embarazados por cosas insignificantes. Lo que impidió la expansión del Espiritismo en la Europa del siglo pasado, y evitó que pudiera sustituir a la vieja y criminal concepción del Mundo todavía hoy dominante fue simplemente su aspecto religioso.

Como en el Cristianismo Primitivo, el Espiritismo fue acogido con ansiedad por las capas pobres de la población, que lo convirtieron por todas partes en una nueva secta cristiana. En ese aspecto devocional las capas superiores veían solamente el religiosismo populachero, dotado de la misma fe ingenua de toda religiosidad masiva.

Frente a esa avalancha de creyentes humildes, predispuestos al beatismo, surgieron pequeños grupos de personas cultas que, aunque lucharon muchas veces con entusiasmo, acabaron cediendo a la presión de los prejuicios. Esos grupos se aislaron en sociedades de élite desligadas del pueblo, o simplemente desaparecieron por falta de elementos dispuestos al trabajo arduo y a la lucha constante en defensa de la doctrina.

De esto se aprovecharon clérigos y médicos, acompañados por pastores protestantes y sus productivos rebaños, para intentar asfixiar el Renacimiento Cristiano. La palabra Cristianismo había generado un estereotipo enriquecido por el doble prestigio de las clases dominantes y de las iglesias tradicionales. Las corporaciones científicas y las asociaciones profesionales de médicos representaban la reacción de la ciencia, y las iglesias, la cólera divina disparando los rayos del Olimpo contra los renegados. A pesar de esos fuegos cruzados sobre sus cabezas descubiertas, los espíritas consiguieron comprender los principios fundamentales de la doctrina: su lucha pacífica en la desesperación de guerras despiadadas.

Pero la actualidad nos ofrece perspectivas totalmente diferentes de las que habían predominado hasta ahora. Impelidos por su propia ignorancia del asunto, los científicos entraron a fondo en el esquema de investigaciones de la Ciencia Espírita y comprobaron su veracidad.

Llegamos así a un momento crucial. Y si los hombres no clamaran, como advirtió Jesús, las piedras clamarán. En verdad, ya están clamando, pues es precisamente del mineral de donde se levanta sobre el mundo la alborada de la concepción atómica, disipando las

tinieblas de la falsa cultura materialista, en la que el espíritu había sido substituido por el polvo de las tumbas.

El poder atómico es al mismo tiempo amenaza y consuelo. Y está en las manos de los hombres para que ellos decidan por sí mismos lo que desean ser. La opción del Espiritismo continúa abierta para todos. Quien quiera sembrar bombas y destrucción podrá hacerlo, pero los que optaren por la siembra de la luz, de la comprensión real del hombre y del Universo, del verdadero sentido de la vida y del destino superior de la Humanidad, verá en la concepción espírita la solución del Gran Enigma sobre el cual León Denis escribió uno de sus libros más profundos.

La crítica de Kardec a la Ciencia de su tiempo sigue siendo válida en nuestros días. La epistemología Espírita se asemeja en este momento a las profecías apocalípticas de la Antigua Israel. No es solamente una crítica del Conocimiento y de los procesos de la Ciencia, sino una crítica del Hombre, pues él es quien busca el Conocimiento y quien hace la Ciencia.

La estructura científica nos da la imagen del Hombre, de su hacer y de como lo hace. Vuelto su interés hacia fuera de sí mismo, estimulado por la fascinación de la Naturaleza, el hombre olvidó su propia naturaleza - la naturaleza humana- y se cosificó, se hizo cosa. Ese hombre - cosa se perdió por la soberbia de sus conquistas materiales y rechazó las ansias espirituales. Por eso desarrolló la Técnica y atrofió la Religión. Con razón Descartes ya había enunciado que es más fácil conocer las cosas exteriores que a nosotros mismos.

La eclosión espírita del Siglo XIX fue desencadenada por los Espíritus para despertar a los hombres de su apatía espiritual, advirtiéndoles que la euforia material los llevaría a su propia destrucción. A pesar de que Francis Bacon previno que sólo se alcanza el poder científico obedeciendo a Dios, Dios y sus leyes fueron considerados indignos del laboratorio y tirados a la sacristía, entregados a la quincallería devocional de las medallas, escapularios e imágenes para la idolatría y amenazas demoníacas.

Kardec estructuró la Ciencia del Espíritu e instituyó la investigación mediúmnica, porque la mediumnidad es la puerta abierta en el murallón de los fenómenos materiales para mostrar una parcela del Infinito a los hombres adheridos a lo finito. Su crítica a la Ciencia es un acto de trascendencia, pues une en conflicto la concepción del hombre y del mundo, para que ambos recobren su unidad y puedan librarse de la hipnosis atómica.

Pero los propios espíritas, en general, al intentar comprenderlo, retornan a las fuentes mágicas del beatismo religioso, habiendo olvidado que LA RELIGIÓN SIN CIENCIA ES SUPERSTICIÓN Y CIENCIA SIN RELIGIÓN ES LOCURA. Dios es la Fuente de la Sabiduría, pero los hombres la buscan en la materia. Ese engaño vanidoso y fatal nos llevó al borde de la destrucción del planeta. El Espiritismo es un esfuerzo para devolvemos a la condición humana, salvándonos del robot. La Tierra está siendo destruida por la técnica de la voracidad sin límites. El Espiritismo nos ofrece la única vía de escape: la unidad del espíritu en contraposición a la fragmentación de la materia. Solamente la visión monista del mundo que Kardec nos ofrece puede salvarnos del caos.

RELACIONES MEDIUMNICAS NATURALES

El miedo a la muerte es natural, pues el instinto de conservación de los seres es la garantía personal de su conservación y sobrevivencia. Todo ser es lo que es y quiere continuar como es. Todas las cosas están sujetas a esa ley de inercia que garantiza la estabilidad y la inestabilidad de las cosas en el flujo eterno de la realidad cambiante. No obstante, desde que vivía en las cavernas el hombre sabe que sobrevive a la muerte y esa certeza íntima lo libera de la desesperación y lo induce a aceptar e incluso a desear la muerte cuando la vida se le vuelve pesada.

Pero a pesar de esto, el persistente miedo a la muerte generó el miedo a los muertos, lo cual requirió un culto dedicado a los muertos supuestamente convertidos en dioses misteriosos al dejar el cuerpo carnal. Los dioses son de dos especies: buenos y malos. Los buenos protegen, pero los malos tienen más poder que los buenos, y conviene mantener relaciones amistosas con ellos. De esa situación ambivalente del hombre frente a la muerte nacieron los rituales de la muerte y los cultos a los manes o dioses familiares. Egipcios y sumerios, árabes e hindúes, judíos y fenicios, griegos y romanos, todos tenían sus dioses domésticos y los adoraban y temían. Las religiones organizadas explotaban esa situación al máximo, y al máximo desarrollaron en los pueblos el temor a la muerte. Podemos medir el poder de una religión por la capacidad atemorizante de sus rituales mortuorios.

Esa explotación, aunque sirvió para frenar la crueldad de los pueblos bárbaros, dejó en todos nosotros la marca invisible de Caín. Aprendemos a matar a Abel y a temerlo, porque sabemos que sobrevivirá como un dios que nos puede herir. Es tan fuerte esa huella en nuestro espíritu que incluso hoy, en los países más adelantados, hay personas sabias e ilustradas que temen violar el secreto de la muerte. Para ellos los muertos no sobreviven como seres humanos, sino como seres fantásticos en un mundo misterioso. Por eso, las investigaciones metapsíquicas de Richet, en las que se obtenían materializaciones de espíritus, aterrorizaron a la cultura europea, ya previamente asustada por el atrevimiento de Kardec, “el que no temía conversar con los muertos”.

Uno de los más grandes escritores alemanes, asistiendo a uno de esos fenómenos, exclamó asustado. “¡Es una profanación de los misterios de la muerte!” Y hasta el mismo Richet, sólo hacia el final de su vida, admitió en una carta que escribió a Gairbar Schutel.

Mors janua vitae. (La muerte es la puerta de la vida.) Inmunda para los judíos, sagrada para los egipcios, la muerte se revistió con todas las contradicciones del Cristianismo, y el lloro venal de las plañideras antiguas se transformó en las recomendaciones paganas de los sacerdotes, junto con el lamento de bronce de los campanas y las letanías llorosas de los cultos mortuorios.

Las comunicaciones mediúnicas con los muertos, conocidas tanto por los cavernícolas como por las más avanzadas civilizaciones, perdieron la naturalidad primitiva para transformarse en las voces lúgubres que venían del Más Allá, en reuniones del sabat o a

través de evocaciones dramáticas o trágicas con el tono atemorizante de las tragedias de Shakespeare, proferidas por mujeres malévolas del linaje de la Pitonisa de Endor.

Se estableció la más rígida separación entre muertos y vivos lo que dio a muchos muertos, más vivos que los vivos, la oportunidad de presentarse como demonios en manifestaciones ectoplásmicas, en las que el olor del ozono se transformó en el olor a azufre del Diablo.

¡No perturben a los muertos!, - predicaban los clérigos desde los púlpitos, mientras en las mismas iglesias, conventos y monasterios, como en todas partes, los muertos vivían perturbando a los vivos.

Kardec, con más paciencia que Job, se expuso a todo tipo de maldiciones y burlas mientras demostraba que esa interpretación fantástica, no sólo era absurda y contraria a toda la realidad, sino también ofensiva a los seres humanos que habían muerto y resucitado, como el Cristo enseñara y ejemplificara. Fue dura y tenaz su lucha para restablecer la verdad sobre la muerte. Le negaron todo: tanto el reconocimiento de su amplia cultura, capacidad intelectual, profundidad en sus conocimientos científicos y sinceridad en sus propósitos, como el mérito de sus investigaciones psíquicas profundas, precursoras de la Psicología Experimental, mediante las cuales descubrió el inconsciente, la catarsis psicológica, las instancias de la personalidad, los arquetipos individuales y colectivos, el sentido oculto de los sueños, la telepatía, (llamada por él Telegrafía Humana), la percepción extrasensorial, y las leyes pertinentes a todos estos fenómenos, al mismo tiempo que le permitieron definir las normas para la curación de los procesos obsesivos que aún hoy aturden y desaniman a los más eminentes psicoanalistas y psiquiatras.

Todo eso le negaron, tratando de reducirlo a la condición de un charlatán codicioso, mientras intentaban defender los intereses profesionales de sacerdotes y médicos ávidos de ganancias.

Solamente una cosa interesaba a Kardec: revelar la verdad sobre la naturaleza y el destino del hombre, probar científicamente su sobrevivencia natural, tal como el Cristo enseñara y probara. Para eso se agotó en trabajos excesivos, dejando en apenas quince años de luchas la bibliografía espírita fundamental: veinte volúmenes con unas cuatrocientas páginas cada uno. Él fue también el precursor de la Era Cósmica, de las comunicaciones telepáticas a través del espacio cósmico, de la teoría de la pluralidad de los mundos habitados, de la clasificación de los mundos estelares según su constitución física y el grado de desarrollo de sus poblaciones. Ciertos Espíritus le hablaban de mundos habitados, de civilizaciones inferiores y superiores a la nuestra. El los interrogaba, discutía con ellos para evaluar la capacidad intelectual y la pureza espiritual de esos informantes. Aceptó las informaciones como posibles, pero no las incluyó en la doctrina como verdaderas, pues faltaban las pruebas objetivas, que solamente en el futuro podrían obtenerse.

La teoría como tal, ya estaba integrada en la doctrina, pero las informaciones específicas sobre cada una de ellas, no podía figurar como principio. En La escala de los mundos, que figura en El Libro de los Espíritus, explica los tipos de mundos basándose en las varias teorías de la evolución de la Tierra. Utilizó sus conocimientos geológicos y astronómicos

para esa labor lógica. El famoso astrónomo Camilo Flamarión era médium psicográfico y trabajaba con él en reuniones mediúnicas de la Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas. Flamarión escribió un volumen sobre La Pluralidad de los Mundos Habitados.

Las indicaciones que algunos Espíritus dieron a Kardec sobre la rotación de la Luna, estaban erradas, lo que sólo se verificó más tarde. En esa época, ese problema no estaba solucionado y no había ninguna teoría lógica al respecto. Kardec publicó la información con reservas, en la simple condición de teoría. Hizo lo mismo con relación a Marte y a Júpiter. Las informaciones sobre Júpiter fueron dadas y por el gran ceramista del Siglo XVII, Bernard Pallissy. El dramaturgo Victorien Sardou recibió varios diseños psicográficos sobre aspectos de Júpiter, como si fuera el mundo más elevado de nuestro Sistema Solar. Los diseños fueron publicados con reserva.

Es curioso notar que ese itinerario de investigaciones cósmicas fue precisamente el seguido por las exploraciones astronáuticas contemporáneas: La Luna, Marte y Jupiter, los tres cuerpos celestes que figuran en los primeros sondeos actuales.

En relación a Marte las informaciones recibidas por Kardec fueron comprobadas actualmente, con excepción solamente en cuanto a la población, que los Espíritus dijeron ser primitiva.

Los espíritus consideraban a Júpiter como un mundo de materia bastante rarefacta al punto que los cuerpos de sus habitantes se asemejarían a nuestro cuerpo espiritual o periespíritu, o cuerpo bioplásmico descubierto por las actuales investigaciones rusas en la Universidad de Kirov, y las sondas espaciales soviéticas y norteamericanas dirigidas hacia allá confirmaron la naturaleza más enérgica que masiva de ese planeta, el mayor de nuestro Sistema.

Kardec limitó la Ciencia Espírita al estudio y a la investigación de la vida espiritual y de las relaciones de los espíritus con los hombres. Al tratar de la pluralidad de los mundos él solamente atendía a un interés lógico de la doctrina, pero siempre aguardando el resultado conseguido por las Ciencias especializadas. El Espiritismo como visión del mundo, concepción general del Universo, se interesa por todos los problemas de la realidad cósmica, pero no hace afirmaciones temerarias sobre cuestiones que dependen de investigaciones de las ciencias específicas.

Entra en ese problema una cuestión que atañe no sólo al criterio lógico, sino también al conocimiento de las posibilidades humanas en la etapa evolutiva en que nos encontramos. Los instrumentos de las investigaciones espíritas, como decía Kardec son los médiums, instrumentos de extrema sensibilidad y complejidad. Todos los médiums están sujetos a interferencias anímicas en las comunicaciones que transmiten. El alma del médium (que es su propio espíritu) puede, sin percatarse de ello, incluir informaciones suyas personales. Por eso Kardec siempre aconsejó el examen atento de las comunicaciones recibidas, y el rechazo de todas las que pudiesen ser consideradas sospechosas.

Numerosos médiums desde antes de Kardec, dieron comunicaciones sobre otros mundos, que no pasaban de ser fantasías fácilmente reconocibles. Esas fantasías, como las recientes

de Ramatís, muy divulgadas en Brasil, son siempre consideradas como mistificaciones. Sin embargo, las interferencias anímicas, puesto que son inconscientes, no constituyen mistificaciones que son elaboraciones conscientes hechas con el fin de engañar.

La seguridad de la comunicación mediúmnica depende del control de los investigadores y particularmente de su experiencia en la práctica mediúmnica. Muchas comunicaciones que Kardec consideraba válidas, desde su punto de vista personal, las divulgó con reserva, por falta de comprobaciones objetivas. Esa cautela la transformó en regla doctrinaria. El criterio kardeciano se mostró seguro a través de más de un siglo de experiencias y los que no lo adoptaron cayeron siempre en situaciones ridículas, muchas veces afectando el propio concepto de la doctrina ante los que no conocen el problema.

La naturalidad de las comunicaciones mediúmnicas, y por tanto de las relaciones entre los espíritus y los hombres, se destaca en las investigaciones de Kardec. No hay miedo alguno a los muertos que, influyendo supersticiosamente, obligue a que se acepten esas relaciones. Los espíritus son considerados como seres humanos naturales, desprovistos tan sólo de sus cuerpos carnales. Simplemente cambiaron de ropa al viajar hacia otra dimensión de la realidad, la cual escapa a nuestros sentidos físicos. La muerte se transforma en la pascua de la resurrección, pues la palabra pascua, derivada del hebreo quiere decir paso, es decir, acción de pasar de un lado a otro.

El espíritu no está revestido de carne, sino de la materia fluídica del periespíritu. Kardec señaló que esa materia fluídica es semimaterial, esto es, constituida de elementos espirituales y materiales mezclados. El descubrimiento de la antimateria y del cuerpo bioplásmico vinieron a aclarar las dudas de los sabios al respecto. Las investigaciones de la Universidad de Kirov, en la URSS, permitieron a los científicos comprobar que el cuerpo bioplásmico está constituido por un plasma físico, es decir, un elemento que William Crookes descubrió en el siglo pasado y al que llamó materia radiante, considerándolo como cuarto estado de la materia. Los elementos espirituales se mezclan en ese plasma, constituido por partículas atómicas libres (no ligadas a la estructura de ningún átomo) formando así la semimateria del periespíritu, que es el lazo de unión entre el espíritu y el cuerpo material. El hecho de que la antimateria, al contrario de lo que pensaban los físicos hasta hace poco, no esté separada de la materia, sino que está en su intimidad, explica la constitución semimaterial del llamado cuerpo espiritual. La imagen de la crisálida que se libra de su capullo para abrir las alas y lanzarse libre al aire en forma de mariposa, tantas veces aplicada a la muerte, confirma su validez en ese importantísimo descubrimiento científico de nuestro tiempo.

El Espiritismo probó que la transformación producida por la muerte no afecta al Espíritu. Y como la personalidad es el espíritu y no el cuerpo, la identificación de los espíritus de los muertos se hace fácil para quienes los conocieron en vida. A través de médiums dóciles los espíritus conversan con nosotros con toda la naturalidad, quitándonos la falsa idea de que se volvieron extraños o se metamorfosearon en entidades sobrenaturales. En las sesiones de voz directa, sin usar el médium como instrumento, sirviéndose solamente de su ectoplasma, esas conversaciones nos despiertan la comprensión de la vida en un sentido que ni los

místicos ni los videntes consiguen obtener, por continuar apegados a la idea falsa de lo sagrado o de lo demoníaco, ambos deformantes de la realidad física y de la realidad espiritual.

Las iglesias y las órdenes ocultistas - necesarias en las fases anteriores de la evolución humana - hoy ya no pueden responder más a las exigencias espirituales del Mundo. Sus rituales, sus dogmas, sus signos y aparatos ya no impresionan a nadie. Y en la proporción en que las ciencias avanzan en sus investigaciones, la cultura se amplía alcanzando la unidad del Conocimiento, de modo que bendiciones y maldiciones, sacramentos y rezos, todo el formalismo aparatoso de los cultos, los secretos guardados bajo siete llaves y la pompa grotesca y no raramente forzada de los clérigos y mandatarios, guardianes del Arca Sagrada y de los misterios de Isis aparecen a los ojos del pueblo como representaciones de gran aparatosidad teatral.

Estamos en el fin del mundo del chanchullo, de los malabarismos impresionantes, de las sugerencias hipnóticas, de la falsa importancia y del falso poder de los que se dicen ministros de Dios o gurús y yoguis detentadores de poderes sobrenaturales. Caen las máscaras de la hipocresía en lo moral y en la religión. El hombre se emancipa y reconoce su condición humana con destino trascendente, pero de una trascendencia que no depende de consagraciones, unciones u ordenaciones de naturaleza secreta. Los poderes del hombre no son sobrenaturales, están en él mismo, en su intimidad, y lo hacen superar lo común, trascender la condición general a través del desarrollo natural de sus potencialidades morales, intelectuales, afectivas, volitivas y cognitivas. Fuera de esto, todo son mentiras de un pasado agonizante y ridículo. Está lejos el tiempo en que el Cardenal Richelieu podía trazar un círculo imaginario a su alrededor, mascullando un misterioso latinajo, para que los adversarios no lo agrediesen.

Por eso, el Espiritismo, en su aspecto religioso (entiéndase moral), que está unido a la Ciencia y a la Filosofía y por consiguiente a la Razón, sólo admite, en la práctica de su culto, LA ORACIÓN ESPONTÁNEA Y EL RECOGIMIENTO EN SÍ MISMO, y, en lugar de los exorcismos paganos, la persuasión y el esclarecimiento; y sobre todo reconoce únicamente una autoridad espiritual en el trato con los espíritus: la autoridad moral. Fuera de eso, no hay títulos ni fórmulas sacramentales, ni rezos especiales, ni símbolos religiosos que puedan librar a una persona perturbada de los espíritus inferiores que la asedian.

En vez de los rabinos de barbas untadas de óleo aromático y envueltos en sus vestiduras sagradas, o los romanos de barba rapada marcados por el sello de César, Jesús de Nazaret prefirió la túnica de estameña de los carpinteros humildes. Las quincallerías sagradas y las insignias oficiales nada valen para los Espíritus, que ya no viven en el mundo fantasioso de los hombres. Liberados del cuerpo material, guardan por algún tiempo las costumbres y hábitos, los falsos conceptos y la estrecha visión de las cosas, según las llevaron desde la Tierra. Pero poco a poco, por los choques inevitables de sus hábitos terrenales con el nuevo mundo en que se encuentran, se ven obligados a adaptaciones renovadoras.

Los antiguos hebreos, como nos enseña Matim Burbe, consideraban el plano espiritual más próximo a la corteza terrenal como el MUNDO DE LA ILUSIÓN. En ese mundo,

aparentemente semejante al nuestro, pero con muchas características diferentes, los espíritus más apegados a la vida material conservan sus viejas ilusiones lo más que pueden, pero la nueva realidad se impone a cada instante y acaban percibiendo que las vibraciones morales son más poderosas que las tradiciones humanas. La autoridad mortal no proviene de títulos y posiciones sociales, sino del poder natural del espíritu equilibrado.

Las relaciones de esos espíritus con los hombres son naturales, pues los hombres son espíritus y por todas partes los espíritus se comunican unos con otros. Esa naturalidad se nos va haciendo más contundente en la medida en que vamos adquiriendo conciencia de que los espíritus están en este mismo plano en que nos encontramos ahora, que son nuestros vecinos dimensionales y que conviven con nosotros. Tanto los trogloditas como toda la Antigüedad sabían que estamos separados de los espíritus de los muertos por una tenue barrera, uno solo de los velos de Isis, de manera que ellos se mezclan a nosotros e interfieren en nuestros pensamientos y sentimientos, muchas veces a nuestro pedido. Esto lo demostró Kardec de manera absoluta y la Parapsicología actual sancionó con nuevos métodos de investigación esa realidad en toda su extensión.

La telepatía es una realidad social permanente en las relaciones humanas y en las relaciones del intermundo. Todos nosotros hablamos constantemente con los espíritus que viven a nuestro alrededor, y no raramente de manera consciente. El tránsito continuo entre los dos mundos, el de los hombres y el de los espíritus, ocurre a cada instante. Los que mueren en el más acá van para el más allá, los que nacen en el más acá proceden del más allá. En esa convivencia multimilenaria el miedo a los muertos es un contrasentido que sólo los prejuicios religiosos y materialistas quieren justificar. Hablar de la profanación de la muerte, violación del misterio y cosas semejantes es simplemente absurdo, ante esta realidad de las interrelaciones milenarias entre hombres y espíritus.

Las pruebas acumuladas al respecto en las sociedades de investigación psíquicas, en los anales de la Metapsíquica y en la vasta literatura de investigación seria, en obras publicadas por científicos eminentes del siglo pasado y de nuestro siglo, todas ellas actualmente comprobadas por las investigaciones recientes, no dejan margen alguno para dudas. Las exigencias científicas en ese campo fueron cubiertas por investigaciones rigurosas realizadas por destacados expositores de las Ciencias. Pero la menor duda levantada, anulaba los esfuerzos realizados y sus innegables resultados. Los métodos de experimentación bajo control estadístico, en la Parapsicología actual - puestos también en duda - acabaron venciendo la terquedad de los científicos alérgicos al futuro (según la expresión de Remy Chauvín) y la aceptación inevitable de la realidad implicó en el asunto a las áreas ideológicamente materialistas de la URSS y su órbita. ¿Qué más quieren los negadores? ¿Que los llevemos a una asamblea del mundo de los espíritus? Eso no nos compete a nosotros, sino a la muerte, que fatalmente los llevará a ese mundo, sin invitarlos ni pedirles permiso.

El caso de los agéneres es la comprobación objetiva de que esas relaciones mediúmnicas son realmente naturales. El agénere (no generado) es una especie de materialización espontánea, que ocurre sin reunión especial, sin médiums presentes, en pleno día, en una

calle o plaza, a cielo abierto, de alguien casi siempre recién fallecido, que se presenta a un amigo o a un pariente, lo abraza, conversa con él y se despide con naturalidad. Los casos verificados son numerosísimos.

Como consecuencia, el derecho para tratar de esos asuntos, que las iglesias se reservan para sí y niegan al Espiritismo, es un derecho natural tan propio de los espíritas como de cualquier persona, porque proviene de una facultad natural humana comprobada por manifestaciones espontáneas en todos los tiempos y en todas las latitudes geológicas e históricas de nuestro planeta.

COLABORACIÓN INTEREXISTENCIAL

La Filosofía actual, representativa de nuestro siglo, es la Existencial. De ella se derivó el movimiento existencialista por una interpretación espuria del pensamiento de Jean - Paul Sartre. Mas el pensamiento de este famoso filósofo francés, nada tiene que ver con las extravagancias de la cantante Juliette Greco, que se aprovechó del renombre de Sartre para crear en el Café de Flore, en París, un movimiento juvenil en el que se atribuyó el título de Musa del Existencialismo, y dio a Sartre el título de Papa del Existencialismo. Simone de Beauvoir, discípula y compañera del filósofo, le preguntó por qué había aceptado esa situación. Sartre se encogió de hombros diciendo que nada tenía que ver con el movimiento de la cantante ni se interesaba por él. El famoso autor de *El Ser y la Nada* y de *la Crítica de la Razón Dialéctica* acostumbraba a escribir en una de las mesas del Café, y allí continuó trabajando, indiferente a los espectáculos de la cantante.

La Filosofía Existencial se desfiguró en opinión de los legos, mas no se redujo su prestigio en los medios intelectuales. Fundada por Kierkegaard, teólogo dinamarqués que no pretendía filosofar, la Filosofía Existencial dominó el pensamiento filosófico mundial y permanece como el marco de una profunda revolución filosófica semejante a la de Copérnico en la Astronomía.

El concepto existencial del hombre fue desarrollado por los mayores filósofos contemporáneos, como Martín Heidegger, Karl Jaspers, Gabriel Marcel, Simone, Camus y otros, y corresponde al concepto espírita formulado por Kardec en la Filosofía Espírita: El hombre es un proyecto, un ser que se lanza a la existencia y la atraviesa como una flecha en dirección a la trascendencia que es el objetivo de la existencia. Para Sartre, materialista, la muerte es la frustración del hombre. Para Heidegger, metafísico, el hombre se completa con la muerte.

La Filosofía Existencial admite, en general, que el ser es un embrión lanzado a la existencia para desarrollar sus potencialidades. Hay una diferencia esencial entre Vida y Existencia. Todos los seres viven, mas sólo el ser humano existe, porque existir es tener conciencia de sí mismo y vivir en ritmo ascendente, buscando superar la condición humana y alcanzar la divina. El hombre es el único existente. Esta palabra existente, designa al hombre como ser en la existencia.

Veamos el sentido típicamente espírita de esa concepción del hombre. Antes de ser, el hombre es solamente un venir a ser, una cosa misteriosa cerrada en sí misma. Ansiando relacionarse, esa cosa se proyecta a la existencia y se abre a la relación, encontrando es ésta los elementos que la despiertan y la transforman en un ser. Este, toma conciencia de su propia naturaleza de ser y como tal busca superarse. En el tránsito existencial desenvuelve su esencia y abre, en la sólida masa del mundo hecho de leyes rígidas y fatales, la única brecha de libertad, que es el hombre con su libre albedrío.

Para Sartre, al llegar a la muerte el hombre ya elaboró su esencia en la existencia, mas ésta no subsiste porque el hombre desaparece en la muerte: el hombre es una frustración.

Para Heidegger, el ser se desarrolla en la existencia y se completa en la muerte; es una realización. Para Jaspers, el desarrollo del ser en la existencia se hace en dos etapas.

- 1) - la trascendencia horizontal, en el plano social;
- 2) - la trascendencia vertical, en la búsqueda de Dios.

Sartre aplica a lo existente la dialéctica de Hegel. a) - El hombre antes de la existencia es lo en sí;

b) - el hombre en la existencia es lo para sí;

c) - el hombre en la muerte es lo en sí para sí.

Como vemos, lo en sí para sí es la síntesis dialéctica en que lo en sí (cerrado en sí mismo) y lo para sí (abierto a la relación social) que es la trascendencia horizontal de Jaspers, se resuelve en el en sí para sí, que es la condición divina alcanzada en la trascendencia vertical.

El concepto filosófico de existencia difiere profundamente del concepto de vida. Mientras que la vida se define como el elán de Bergson, un impulso, una fuerza que penetra en la materia y, según la idea de Hegel, modela las formas, la existencia es subjetividad pura, lo que equivale a decir espíritu. Así no vivimos como las plantas y los animales, integrados en la materia, sino como espíritus ligados a la materia para usarla en función de sus intereses subjetivos. Vivimos en la psique y no en el cuerpo.

Nuestra vida no es propiamente vida, sino un existir independiente de las cosas y de los seres materiales, cuya única aspiración verdadera es la libertad, que sólo podemos de hecho obtener y gozar en la interioridad de nosotros mismos. Incluso encarnados, no salimos del plano espiritual, continuamos en él, nuestro hábitat natural, como sonámbulos. La materia no nos absorbe, sólo se refleja en nuestra sensibilidad. El día y la noche, la vigilia y el sueño, como Jaspers observó, marcan el ritmo existencial de la relación alma - cuerpo. Durante el reposo del cuerpo, para rehacerse, volvemos al mundo espiritual en el vehículo del periespíritu, y asimismo en plena vigilia escapamos de la materia a través de las fugas psíquicas, de las proyecciones telepáticas, de las varias modalidades de la percepción extrasensorial.

La hipnosis prueba el sentido ilusorio del vivir. En estado sonambúlico o hipnótico, medio desligados del cuerpo, vagamos en el intermundo y aceptamos fácilmente las sugerencias de una situación irreal: tocamos violín sin violín, sentimos calor y sudamos sin calor, resistimos el fuego sin quemarnos, regresamos en el tiempo y nos proyectamos al futuro a través de la memoria, etc., etc.

La Gestalt nos muestra la ilusión de la forma en la percepción normal del mundo, donde las apariencias significativas cobran realidad material y nos precipitan a fracasos y frustraciones.

La evolución de la Física nos robó el mundo sólido y opaco del pasado y nos lanzó al torbellino de los átomos y de las partículas nucleares. La materia se deshizo en las manos de los físicos y nos vimos obligados a reconocernos como seres evanescentes, que vivimos en un mundo mágico de estructuras imponderables.

Frente a esa realidad fantástica de las leyes físicas a las que Bertrand Russell se agarró para no naufragar en lo irreal, se impone la realidad real de las leyes psíquicas, del espíritu que domina, estructura y ordena la materia. Lo que llamamos vida se transforma en existencia, y ésta no es más que la corta medida del tiempo necesario para liberarnos de un acondicionamiento mental

determinado por la ilusión de los sentidos, como Descartes verificara y demostrara en sus tentativas de darnos la Ciencia Admirable que el Espíritu de la Verdad le revelara en sueños. El Cogito ergo sum del filósofo nos parece hoy como un trazo de unión entre el Cristianismo puro del Cristo y el Espiritismo, en el que la verdad revelada se restablece en su realidad incomprensible, como un puente fluídico e indestructible que une dos partes de lo real, separadas por el abismo de casi dos milenios de locura, de esquizofrenia religiosa.

Al descubrir que esa frase cartesiana - pienso, luego existo - fue el ábrete sésamo de un filósofo mágico que no quería forjar ilusiones sino alcanzar la Verdad, comprendemos que el puente cartesiano pasó sobre un abismo donde espumeó por milenios la vorágine de sangre e impiedad de una pesadilla mundial. Y tan hipnótica fue ese vorágine que científicos y filósofos todavía resisten el llamado de la nueva concepción del hombre y del mundo que el Espíritu de la Verdad nos ofrece.

El propio Descartes, apegado a los ídolos de Bacon, salió de su deslumbramiento hacia una peregrinación al ídolo de Nuestra Señora de la Saletti, en cumplimiento de una promesa. Se repitió en ese episodio histórico el mensaje del Mito de la Caverna de la República de Platón. Un cautivo se liberó de sus grilletes y fue a ver a la luz del Sol la realidad que sólo conocía mediante las siluetas de sombras. Y cuando volvió y contó lo que había visto afuera, los demás lo consideraron perturbado.

Sin embargo, a partir de las obras de Descartes se inició en el mundo el Renacimiento Cristiano, que se completaría más tarde con un brote mediúmnico en el que las lenguas de fuego de Pentecostés se encenderían de nuevo sobre la cabeza de los Apóstoles de la Nueva Era. El concepto de existencia es el carisma del Siglo XX, el período más agudo de la transición planetaria hacia un grado superior de la Escala de los Mundos.

Las inteligencias terrenales fueron convocadas para la nueva batalla cristiana, en la que los Mártires de la Verdad no sufrirían más las penas cruentas del pasado tenebroso, sino que enfrentarían las angustias de la incomprensión y el inevitable martirio de la marginalización cultural. Los constructores de la nueva cultura, nacida de los principios cristianos, iniciarían

bajo el escarnio y las calumnias la construcción de la civilización del Espíritu. Ese es el grave problema que los espíritas precisan encarar con la mayor seriedad en nuestro tiempo, pues somos herederos de esa causa y los continuadores de esa obra. Si no nos empeñamos en ella con la debida conciencia de su importancia, si no somos capaces de sacrificio y abnegación en favor de los nuevos tiempos, asumiremos también nuestra parte de responsabilidad en los fracasos que podrán llevarnos a una catástrofe planetaria.

Pero es bueno recordar que no estamos solos. Al concepto de existencia de los filósofos actuales el Espiritismo añade el concepto de solidaridad existencial entre los espíritus y los hombres. Comprobada la sobrevivencia de los muertos por la investigación científica y aclarada la interpretación de los mundos material y espiritual, la cual se evidencia en nuestra propia organización psicofísica, se impone naturalmente el concepto espírita de interexistencia.

Ya vimos que no vivimos únicamente en el plano material, que no estamos fundidos al cuerpo carnal, sino solamente unidos a él como el conductor a su vehículo. En el estudio del Hipnotismo se aprende que nuestra vida diaria también transcurre simultáneamente en dos planos. Lo mismo acontece con los espíritus, que no están aislados en el plano espiritual, sino que pasan constantemente de su plano hacia el nuestro, como sucede en el caso de las comunicaciones mediúnicas, de las apariciones, de las materializaciones y hasta incluso, de manera espontánea y concreta, visible y palpable, en el caso de los agéneres. Así, la interpenetración del plano espiritual inferior con el plano material superior (la corteza terrestre y su atmósfera), constituye la zona planetaria que llamamos Intermundio.

Cicerón refiere que los griegos antiguos decían que sus dioses vivían entre el Cielo y la Tierra, región denominada por él INTERMUNDIO. El Espiritismo nos permite comprender esa verdad de manera clara y racional: para ellos, los espíritus eran los dioses buenos y malos que se comunicaban por medio de los oráculos y de las pitonisas. Y también conocían a los agéneres, pues sus dioses podían descender del Olimpo y aparecer ante los hombres como hombres. El concepto de interexistencia deriva del concepto de intermundio formulado por los griegos.

En el Espiritismo esos conceptos se amplían gracias a las investigaciones mediúnicas, que revelan las leyes de la colaboración interexistencial a la que naturalmente se han entregado los espíritus y los hombres en todos los tiempos, desde los primitivos hasta el nuestro. Contamos, pues, con la colaboración constante de nuestros compañeros de humanidad en la lucha cristiana por la elevación de la Tierra.

Notemos la importancia que, en ese contexto, adquieren las sesiones mediúnicas para orientación y esclarecimiento de espíritus sufrientes o malhechores. La adoctrinación espírita siempre auxiliada por los Espíritus Superiores y los Espíritus Buenos que les asisten, es un trabajo humilde de caridad que, sin embargo, no se limita a los efectos personales en favor del socorrido y de sus víctimas, pues su contribución mayor, es la de la renovación concienical o despertar de las conciencias humanas a las responsabilidades del ser en la existencia.

Poco puede hacer una sesión de adoctrinación, ante la multiplicidad de los desequilibrios, de la muchedumbre de sufrientes y malhechores que nos rodean. Mas cada espíritu que se esclarece es una nueva irradiación de la conciencia hacia las tinieblas.

Además de eso, en una pequeña sesión no alcanzamos el esclarecimiento únicamente de las entidades comunicantes. En general es mayor el número de espíritus asistentes, que se benefician con la adoctrinación de los que se encuentran en su misma situación.

Por otro lado, el ambiente espiritual de la sesión irradia sus luces mucho más allá del recinto estrecho en que se realiza. El milagro de la multiplicación de los panes se repite en cada sesión de humildes servidores de la causa que pertenece a toda la Humanidad. Los resultados positivos de las sesiones van mucho más allá de lo que podemos percibir, espaciando sus beneficios en el intermundo, en el Espacio y en la Tierra.

Nótese también que esas sesiones representan la colaboración humana a los trabajos de esclarecimiento y orientación que los Espíritus realizan incesantemente en el plano espiritual. Esa participación de los hombres en las tareas espirituales restablece los eslabones de fraternidad deshechos por el formalismo eclesiástico. Y deshace la fábula de la envidia de los ángeles, que se habrían rebelado contra Dios por la encarnación de Jesús como hombre y por la concesión a los sacerdotes del derecho a perdonar pecados, don que los ángeles no poseen. Fábulas de esa especie, creadas por la pretenciosa imaginación teológica, nos da la medida del desconocimiento de los clérigos más ilustrados y prestigiosos sobre la realidad espiritual.

Los ángeles no son más que espíritus que se sublimaron en encarnaciones sucesivas. El Espiritismo coloca el problema de la Creación en términos evolutivos, a la luz de la concepción monista y monoteísta.

En las sesiones mediúnicas de caridad, ángeles, espíritus humanos y diabólicos participan como orientadores, adoctrinadores y necesitados de adoctrinación. No siendo el Diablo más que una alegoría, un mito representativo de los espíritus inferiores orientados hacia el mal, la presencia de los impropriamente llamados espíritus diabólicos en las sesiones de socorro espiritual es justa y necesaria.

Nadie necesita más del socorro humano que estas criaturas desviadas. Puesto que ellas no están en condiciones de aprovechar la oportunidad, no se les permite la comunicación mediúmica. Permanecen en el ambiente como observadores, vigilados por los espíritus guardianes, y aprenden gradualmente, como alumnos oyentes, preparándose para el tratamiento que necesitan.

Muchos no gustan de esas sesiones de comunicación desagradables, donde la caridad brilla en su más puro esplendor. Es en estas personas donde los pretendidos diablos dejan caer sus fantasías infelices buscando vestir de nuevo el ropaje común de los hombres, y lograr así volver a convivir con los que siguen la senda de la evolución espiritual. Los grupos que se rehúsan a realizar esos trabajos de amor acaban cayendo en las mistificaciones de espíritus pseudosabios y pagan caro su comodidad y sus pretensiones.

La colaboración interexistencial iniciada por el Espiritismo estableció la verdadera fraternidad espiritual en la Tierra. Ese hecho marca un momento sublime en el rumbo de la trascendencia humana. Al planeta de las sombras, cuya Historia es un terrible caleidoscopio de atrocidades y maldades, brutalidades y miseria moral, ganó con esa pirueta un punto de luz celeste en sus precarísimas condiciones religiosas.

El desarrollo de las prácticas de socorro espiritual indiscriminado, ofrecido a todos los tipos de necesidades, dará cualidades a la Tierra para liberarse de las sombras y elevarse a los planos de luz. El lema espírita: FUERA DE LA CARIDAD NO HAY SALVACIÓN es el pasaporte de la Tierra para la escalada hacia los planos superiores. Los médiums que trabajan en esas sesiones de socorro, en vez de preferir aquellas en que sólo se interesan por mensajes de Espíritus Superiores, están más próximos a los planos elevados y a las entidades realmente superiores.

No fue para los elegantes y vanidosos rabinos del Templo que Jesús vino a la Tierra, sino como él mismo dijo, para las ovejas descarriadas de Israel. Los que piensan que sólo deben tratar con Espíritus Superiores prueban con esa pretensión su incapacidad de comprender la elevación espiritual.

FUNCION DEL EGOISMO EN EL DESARROLLO HUMANO

Todo tiene su utilidad en la Naturaleza. El Universo es teleológico, finalista, busca siempre y en toda una finalidad. Los filósofos antifinalistas apoyan sus teorías en el error humano de todos los tiempos, que consiste en considerar a la Naturaleza como creada especialmente para el hombre. Ese error se originó en la prehistoria, acompañó a las civilizaciones primitivas y se enraizó en las civilizaciones posteriores. Hasta los dioses y demonios de toda la Antigüedad fueron puestos al servicio del hombre, que, aunque los reverenciaba, pretendía utilizarlos como sus auxiliares.

El Universo tiene, naturalmente, una finalidad única y superior en la que todas las finalidades se conjugan en un resultado único. Mas ese resultado escapa a nuestras posibilidades de investigación, de comprensión e incluso de imaginación. La más inútil de las cosas y los más perjudiciales de los seres son necesarios. Y ser necesario es ser indispensable, es pertenecer a un eslabón de esa cadena inimaginable que Kardec nos presenta en esta frase tantas veces repetida en El Libro de los Espíritus: Todo se encadena en el Universo.

Los problemas ecológicos de la actualidad, surgidos con el desarrollo tecnológico, dieron énfasis a la importancia de la Ecología, ciencia de las relaciones entre el sujeto y el medio e incluso entre el objeto y el medio.

El medio físico en que vivimos, con sus elementos naturales configurando determinada situación mesológica humana (Mesología = Ecología), está formado por una infinidad de intercambios necesarios a la vida vegetal y animal. La ignorancia del hombre al respecto, intentando aniquilar elementos nocivos del medio, desencadena desequilibrios peligrosos e incluso fatales. Cuando minerales, vegetales y animales considerados perniciosos, son retirados de su ambiente, se pone de manifiesto la función que cumplen en beneficio del medio y tienen que ser repuestos o substituidos por otros que los compensen.

Ese delicado equilibrio de las cosas mínimas se presenta también en las cosas máximas, como es el juego de fuerzas que sustentan el equilibrio planetario y el equilibrio galáctico en el espacio sideral. Lo mismo acontece con los varios aspectos físicos, psíquicos y espirituales de nuestra estructura corporal. Por esta razón, del Espiritismo se excluyen todas las prácticas de mortificación, extinción, asfixia o desarrollo de funciones, instintos, percepciones o poderes inferiores y superiores del ser humano.

Cada persona debe ser respetada en su integridad, con sus defectos, deformaciones, deficiencias, etc., etc. Sólo tenemos el derecho, que es también deber, de auxiliarlas en su proceso natural de examinarse y reajustarse en su rumbo natural hacia la trascendencia espiritual. Y ni siquiera la mediumnidad debe ser desarrollada por supuestas técnicas provenientes de tradiciones místicas o inventadas por pretendidos maestros espirituales. El Espiritismo se opone a todas esas tentativas imaginarias, que pueden llevar, como han llevado, a muchas personas a desequilibrios graves.

El egoísmo, la vanidad, el orgullo, la presunción y la ambición representan elementos negativos en la constitución del ser humano, que deben ser eliminados. Mas esa eliminación no se obtiene por los métodos antiguos de las instituciones religiosas, empleados todavía a pesar de los terribles males que causa.

Kardec y los Espíritus Superiores, en sus comunicaciones, consideran el egoísmo como una verdadera plaga que impidió el desenvolvimiento real del Cristianismo en la Tierra. Pero jamás aconsejaron métodos artificiales para combatirlo.

Las penitencias, los cilicios, el aislamiento, las autoflagelaciones de toda especie, que hicieron más negra la Edad Media y aún hoy se esconden en las grutas de la ignorancia religiosa, sólo servirán para desequilibrar a millones de personas. ¡Triste y pesado legado de la Antigüedad a nuestro tiempo!

Santo Tomás de Aquino advirtió: “Madres, vuestros hijos son caballos”; y la educación de los niños se transformó en domesticación, en un proceso aplastador de la sensibilidad infantil y de las esperanzas de la adolescencia. Generaciones refrenadas salieron de las caballerizas escolares en las que los maestros domaban a los niños y a los jóvenes a golpes y castigos brutales, para moldearlos según los modelos establecidos para la formación de multitudes sojuzgadas. Todos nosotros cargamos todavía las huellas profundas y dolorosas, deformantes, de las relaciones humanas en la Tierra.

Con LA CARIDAD los hombres van aprendiendo a salir del egoísmo y marchar hacia el altruismo, a no pensar sólo en sus problemas particulares, a no emplear su tiempo y bienestar sólo con los familiares, y sí a llevar un poco de ellos mismos y de sus recursos a la familia mayor que sufre allá afuera.

Esa es, en el Espiritismo, la finalidad del principio cristiano de la caridad. Por eso la caridad espírita no puede rodearse de barreras y dificultades, de exigencias y desconfianzas. Debe ser amplia y generosa, accesible a todos, evitando constreñir o humillar a los que la reciben. El ego es como una flor que primero está cerrada en la yema o brote para después irse abriendo en el capullo y por fin donarse en los frutos.

Intentemos visualizar el proceso de la formación del ego, para que comprendamos la función del egoísmo. La dialéctica espírita nos enseña que el espíritu no individualizado, como elemento espiritual catalizador capaz de atraer y aglutinar la materia dispersa por el espacio, se une a la materia para darle forma, para estructurarla.

Podemos seguir ese proceso en el caso humano, en donde el ego aparece desde la infancia como el centro de la personalidad en formación. El niño es egocéntrico, es el eje en torno al cual giran las atenciones y las afecciones de la familia. Se convierte, naturalmente, en el centro del mundo; porque esa es la manera de consolidar su individualidad. Todo cuanto ésta atrae y absorbe del ambiente, del ejemplo familiar, de las relaciones progresivas en la escuela y en los juegos, es automáticamente centralizado en el ego, que es su punto interior de seguridad ante las dispersividad del mundo.

La yema cerrada de la planta centraliza sus energías preparando el momento de abrirse en la flor, colorida y perfumada. Esa es la primera función del ego, esa función no es egoísta, sino centralizadora por necesidad de la estructuración interna. Cuando esa estructura se define como tal, el niño se abre tímidamente para ofrecer al mundo su contribución inicial de belleza y ternura. Es un nuevo ser que surge en el mundo, vestido con el ropaje de la inocencia, (como dijo Kardec), y al mismo tiempo trayendo la incógnita de un pasado con ideas y hábitos negativos que nos fueron impuestos a la fuerza por milenios de brutalidad civilizadora, y que se irán revelando poco a poco según el esquema de un destino.

Por eso, nuestro tiempo, en el que hemos tomamos conciencia de lo absurdo de esa matanza universal realizada en nombre de Dios, se muestra dominado por inquietudes y desesperaciones, revueltas y locuras, psicopatías y obsesiones que llevan a la especie humana a todos los desvaríos incluyendo el suicidio individual y colectivo. Tenemos que examinar esa situación a la luz del Evangelio desfigurado, malinterpretado y muchas veces contradicho descaradamente por las teologías del absurdo. Y tenemos que confrontar ese mundo hospicio, en que la locura mansa de los clérigos y de los fascinados por la mentira consciente o inconsciente, es la más peligrosa de todas, porque genera la hipocresía de las voces engañosas y del comportamiento social simulado.

La simulación en la lucha por la vida, estudiada por José Ingenieros en un libro atemorizante, es el síntoma más evidente de las condiciones patológicas del hombre actual, quien se ha convertido un en ego atrofiado, y por eso mismo vacío y ávido, que todo lo quiere exclusivamente para sí mismo. Y eso a tal punto que la palabra caridad, definida por el Apóstol Pablo en una síntesis insuperable, y adoptada por Kardec como el fundamento de la evolución humana, se ha transformado en el lenguaje actual en sinónimo de hipocresía.

En el propio medio espírita encontramos los imprudentes que condenan esa palabra, sin profundizar en su sentido. Y hay los que pretenden disciplinar la caridad, fiscalizar el aprovechamiento de los beneficiados y exigirles el cumplimiento de determinadas condiciones para merecer la ayuda.

Hay también los que alegan la inutilidad de esa forma de ayuda. Esos no piensan en el bien que puede representar una palabra amiga y confortadora, una visita de solidaridad, una ayuda de emergencia a quien está desprovisto de ropas para enfrentar el invierno o del remedio para aliviar una llaga.

La caridad espírita no es limosna, es donación de amor, solidaridad humana que vale no sólo por la ayuda material que ofrece, sino sobre todo por el fortalecimiento de las relaciones humanas. Su práctica no tiene por finalidad sanar los males sociales con remedios eventuales, sino cambiar en la Tierra las formas egoístas de la relación humana, para que ésta se amplíe y profundice en las dimensiones superiores del altruismo.

En ese extraño panorama de castas privilegiadas, pueblo necesitado y multitudes miserables, el Espiritismo considera la mecánica de la caridad como el instrumento ideal para abrir corazones, despertar conciencias y alentar esperanzas. Las ideologías políticas

presentan fórmulas que tienen efectos superficiales o emprenden reformas, muchas veces penosas, de las estructuras sociales, pero el Espiritismo restablece la técnica simple del Cristo, que toca lo íntimo de las criaturas para alcanzar las causas profundas de los desvíos.

En cada reencarnación el ser repite al mismo tiempo la filogénesis material y la espiritual del hombre, tanto en el desarrollo del embrión como en la apertura progresiva del egoísmo en el medio social.

Veamos los vectores de ese proceso doble en las líneas de la trascendencia.

a) - En la magia del amor, reminiscencia de las atracciones amorosas en la caverna, la pareja humana se une al impulso de los instintos reproductores y los genes se funden en el vientre materno produciendo el embrión, síntesis de las formas animales superadas por la especie. La recapitulación genética reintegra el espíritu a la línea filogenética y restablece el poder centralizador del ego.

En la gestación, el paralelismo psicofísico reorganiza las fuerzas de la evolución por el camino de la ascensión. Las formas humanas anteriores se subliman en el caos instintivo y unidas a los factores hereditarios generan la nueva forma humana.

El espíritu unido al caos ejerce funciones selectivas para la conformación del nuevo ser, regulando las energías de la conciencia que representan las conquistas del pasado y los autocastigos por los errores y crímenes anteriores. Con su bendición, la Providencia Divina confiere al nuevo ser un aspecto inocente, lo cual le permitirá obtener el afecto de los familiares para el restablecimiento de las afectividades perturbadas o para la profundización de los afectos sobrevivientes.

El nuevo cerebro está virgen, como la tabula rasa de los empiricistas ingleses, presto a grabar una nueva lista de recuerdos en la nueva memoria que se está organizando. En el archivo del inconsciente (la conciencia subliminal de Myers) las herencias válidas permanecen ocultas, pero preparadas para emerger en la conciencia de relación mediante el mecanismo de la asociación de ideas y sentimientos.

b) - Vencida la etapa uterina y la primera infancia, el ser se muestra dispuesto a enfrentar las vicisitudes de una nueva existencia. Recobró la vida terrenal en las entrañas de su madre, gracias a las influencias psicofisiológicas del organismo generador de su nuevo cuerpo. Revela anomalías o perfección física o mental, según su pasado. Es de nuevo el centro del mundo y trae en sí mismo los factores de su desarrollo y maduración. En el hogar, esos factores se manifiestan enseguida, más van a sufrir las influencias modificadoras de la familia y de la escuela, para el ajuste necesario a las nuevas condiciones de su vida.

El instinto de imitación favorece su adaptación al nuevo mundo. El ego centralizado vuelve a abrirse en esas relaciones primarias, mediante el desarrollo selectivo de la afectividad. Sus preferencias son todavía impulsivas, provocadas por factores ambientales y circunstanciales, mas poco a poco se define la línea preferencial de la razón, revelando las afinidades ocultas. El ser toma pie en la realidad y manifiesta sus tendencias vocacionales.

Es el momento de la reintegración a los esquemas frustrados del pasado, o de renovar el esquema presente en vista de las nuevas exigencias de la realidad nueva.

c) - La crisis de la adolescencia va a revelar en breve la posición óptica precisa o indecisa del nuevo ser, heredero de sí mismo y de las contribuciones paternas y maternas, familiares y sociales, excitadas por el medio cultural y reorientadas por la influencia espiritual de las entidades espirituales que lo protegen y lo asisten constantemente. Está completa la tarea de la resurrección de la carne. De ahí en adelante, el nuevo destino del ser hacia la trascendencia dependerá de su propia conciencia. Está preparado y aparejado para enfrentarse a la juventud con sus graves opciones, a la madurez con sus desafíos, a la vejez con su recapitulación de toda la odisea de esa existencia que debe haberlo elevado por encima del pasado en el proceso irreversible de la trascendencia espiritual.

El egoísmo del adulto será la señal de un disturbio psíquico: EL INFANTILISMO. El altruismo será el trofeo conquistado por su victoria en la escalada evolutiva.

Su regreso a la vida espiritual lo colocará ante su verdadera situación. Será ciertamente un victorioso en muchos aspectos de su personalidad, pero el fracaso en su intento de trascender el egoísmo le mostrará que todas las conquistas secundarias no pueden compensarlo. Tendrá que volver a la existencia terrenal, reencarnar, vivir situaciones de renunciación forzada, no compulsorias, sino de su propia elección, hasta conseguir la difícil superación del apego a sí mismo.

Por su propia naturaleza, pues es el elemento centralizador de su estructura óptica, es decir, el responsable de mantener su unidad, el ego es la gran barrera contra la cual se quiebran los impulsos de la trascendencia. Su solipsismo tautológico, (esto es, su tendencia repetitiva e inútil a la concentración egoísta por considerarse como la realidad única) retuerce su espíritu, adhiriéndolo magnéticamente a sí mismo. La parábola del mozo rico en el Evangelio nos da el más claro ejemplo del apego al mundo generado por el egoísmo en los espíritus que se dejan fascinar por las ilusiones materiales.

El ego genera las falsas ideas de superestimación individual, de segregación del individuo y su grey, considerando a los demás como extraños e impuros. Actúa como un centro hipnótico absorbente, impidiendo que el ser se abra al altruismo, cerrándole el entendimiento para todo lo que no se refiera a sus intereses individuales. La vanidad, la arrogancia, la prepotencia, la insolencia, la brutalidad forman parte del cortejo de estupidez de las personas egoístas y de los espíritus egoístas.

Por eso el Espiritismo proclama la caridad como la virtud liberadora, fuera de la cual no hay salvación para el hombre del mundo. La mecánica de la caridad puede desencadenarse en el hombre del mundo por situaciones aflictivas de salud o de problemas familiares o financieros, llevándolo a dar, no raramente por vanidad, la primera moneda a un mendigo. Esa donación insignificante abre una pequeña brecha en el egoísmo. A continuación, vendrán otras donaciones más generosas, hasta que la fortaleza del ego se abate y el ser orgulloso puede percibir su propia imagen reflejada en el espejo doloroso de un rostro de pordiosero hambriento.

El Espiritismo nos enseña a dar, más allá de la moneda, nuestro amor a toda la Humanidad, sin discriminaciones raciales, religiosas, políticas o de especie alguna. La estructura social de la civilización perfecta no surgirá de las manos de los opresores que todo prometen, sino de las manos humildes de la viuda que depositó su moneda pequeña y única en el cofre en que los ricos vaciaron sus tesoros para comprar el Cielo.

LOS TRES CUERPOS DEL HOMBRE

El problema de los cuerpos humanos tiene una larga y confusa tradición basada en revelaciones antiguas y entremezclada con supersticiones populares. En la tradición cristiana se afirmó la teoría de los dos cuerpos, citada por el Apóstol Pablo en la Primera Epístola a los Corintios: el cuerpo animal o material y el cuerpo espiritual. Kardec indagó el asunto con la insistencia y el rigor que lo caracterizaban, y objetivamente llegó a la conclusión de que el hombre está dotado de tres cuerpos. Veamos cuales son y sus particularidades.

- a) El cuerpo animal o material referido por Pablo es el cuerpo orgánico que perece con la muerte.
- b) El cuerpo espiritual, también mencionado por Pablo, tiene, según verificó Kardec, una constitución semimaterial con energías espirituales y materiales mezcladas; une el alma al cuerpo vivo y es un factor importante en la resurrección. Este cuerpo puede destruirse por abusos del espíritu en el plano espiritual inferior; pero no se destruye tras la muerte, sino que sólo se transforma para participar en la resurrección; esto es, se modifica de acuerdo a las exigencias de la futura reencarnación, necesarias para adaptarse a las nuevas formas y a las nuevas determinaciones genéticas y hereditarias.
- c) En el cuerpo espiritual superior, desprovisto de materia, es donde el espíritu, libre de esa grosera envoltura, vive la vida eterna de que hablan las religiones. Ese cuerpo es inaccesible a nuestra percepción, a no ser como una centella etérea, conforme a la expresión de Kardec; es el cuerpo natural del espíritu en su estado de pureza espiritual y es el único usado por las entidades que, habiendo superado la etapa de las reencarnaciones, dejaron el plano de la erraticidad.

La trinidad humana, constituida de Espíritu, Periespíritu y Cuerpo, va realizando en los cuerpos inferiores la transformación de que trata el Apóstol Pablo, hasta alcanzar la síntesis suprema de la evolución; de modo tal que el cuerpo espiritual superior refleje en su estructura angelical, real e indestructible.

a - La Trinidad Universal de Dios, Espíritu y Materia.

b - La Trinidad doctrinaria de Ciencia, Filosofía y Religión.

Estas dos Trinidades Superiores se refieren al concepto del Cosmos (la primera), y al concepto de la Doctrina Espírita (la segunda). Tenemos así, en el más alto plano de la realidad espiritual, la comprobación del principio doctrinario enunciado en El Libro de los Espíritus: -TODO SE ENCADENA EN EL UNIVERSO.

Por otro lado, esa comprobación de la eterna relación de las cosas y de los seres nos revela la integración del Espiritismo en la realidad cósmica, en la correspondencia perfecta que guarda la Realidad Total con la fragmentaria realidad parcial de las cosas finitas y de los seres perecederos, que en verdad no perecen nunca, sino que solamente son impulsados por

la ley universal de la metamorfosis, que todo lo encamina sin cesar por las líneas ascensionales de la trascendencia espiritual. Y nos revela, también, la perennidad de la Doctrina Espírita cuyas huellas, según Kardec, se encuentran en todas las etapas prehistóricas e históricas de la evolución terrenal.

Ese concepto del Espiritismo respecto al Cosmos, que como hemos visto se destaca en los textos de Allan Kardec, confirma la doctrina de las ideas de Platón, quien nos describe al mundo fragmentario de la materia como un reflejo despedazado de la Realidad Superior, una y perfecta en la Mente de Dios. El pensamiento de Platón se nutre del pensamiento de Sócrates, y Kardec consideró a ambos como precursores de la idea cristiana.

En nuestro tiempo, gracias al rápido y asombroso desarrollo de la Ciencia materialista, se ha comprobado la realidad del Espiritismo gracias al descubrimiento de los fenómenos paranormales; de la plenitud del Universo (donde la nada no existe y la nada no es nada, según la expresión de Kardec); de la existencia de las múltiples dimensiones de la Realidad; de la naturaleza subjetiva, y, por ende, espiritual, del hombre en la existencia; de la confirmación tecnológica del periespíritu (cuerpo bioplásmico); de la interpenetración de los mundos en un mismo espacio; del poder asombroso del pensamiento; de la posibilidad de invadir el Cosmos con naves y astronautas, etc., etc.

La lucha contra la realidad en defensa de ilusiones teológicas e ideológicas no cesó, e incluso hasta se estimuló. Los medios científicos, el campo religioso y ciertos Estados, cuya estructura política y social se cimenta en suposiciones del siglo pasado, movilizaron contra esas conquistas sus recursos, meras excusas, con el desesperado anhelo de disminuirles su alcance y enturbiarles su significación. En la URSS y su órbita el objetivo es sofocar a cualquier precio todas las posibilidades científicas que se opongan al materialismo de Estado.

En los Estados Unidos y otras potencias occidentales son los intereses políticos y electorales los que se movilizan en defensa de los intereses religiosos de iglesias y sectas retrógradas que, apegadas aún a principios arcaicos, pero pueriles, intentan asfixiar o minimizar los nuevos descubrimientos. Se llega al punto, en instituciones científicas o paracientíficas, de querer encubrir la realidad del plasma físico, de que se compone el cuerpo bioplásmico, con el frágil engaño del efecto corona. Los valores erróneos de las formas religiosas y los intereses materiales al alcance de la mano apetecidos por clérigos y pastores y sus recuas de fanáticos, son arrojados sobre la verdad cruda y ardiente de las investigaciones científicas, con la intención de salvar las estructuras simoníacas de las instituciones religiosas en que duermen a pata suelta y con la tripa harta los devoradores de los diezmos que le impusieron los rabinos judíos en el Templo de Jerusalén a una civilización agraria y pastoril.

También la estructura del Estado es amenazada por el fantasma de materia radiante del cuerpo bioplásmico, el cual afecta poderosos intereses creados, tradiciones inviolables, y la gloria de mesías y profetas que descubrieron en las montañas tablas de oro que, según ellos, prueban que el Cristo predicó por tierras de América divulgando verdades ridículas entre los malhechores de cara pálida y entre los fogosos pieles rojas de penachos coloreados.

Este cuadro grotesco de la realidad mundial en nuestro tiempo no precisa de pinceladas a lo Van Gogh para hacerlo más fuerte e impresionante. Basta su realidad desnuda para mostrar la red de mentiras en que caímos en el pasado, engañados por falsas culturas religiosas que, nacidas de las entrañas del paganismo ingenuo, de la idolatría supersticiosa y del fabulario mitológico, se revigorizó con las estructuras socio - económicas de los religiosos profesionales.

Las mismas fuerzas que se opusieron de manera agresiva y violenta al desenvolvimiento de las investigaciones científicas del Renacimiento, continúan actuando ahora, aunque de manera más sutil y por tanto más profunda, más penetrante y amenazadora, contra el avance y el desarrollo de la Ciencia en nuestro tiempo. Claro que esa batalla sin gloria será ganada por la simple evidencia de la realidad que nunca pidió ni pide permiso a los hombres para aparecer e imponerse. Pero mientras tanto, esas fuerzas retrógradas retardan la liberación del hombre en un mundo en que la mayoría absoluta de la población, por no tener posibilidades de penetrar en los secretos de la Ciencia, ni tiempo disponible para intentar esa hazaña, permanece al margen de la cultura del siglo, y, por eso mismo, está obligada a contentarse con las creencias y supersticiones de un pasado remoto.

La constitución semimaterial del periespíritu descrita por Kardec, fue confirmada por el descubrimiento ruso de que el cuerpo bioplásmico está formado de plasma físico. Para los comunistas eso fue una prueba favorable a su ideología materialista; pero, la comprobación siguiente de que ese cuerpo que elude las posibilidades tecnológicas de ser captado visual o fotográficamente, sobrevive a la muerte del cuerpo orgánico, recibió la condenación de los ideólogos del Estado por atentar contra el dogma del hombre -polvo.

Esta es la más espantosa contradicción de nuestro siglo. La misma potencia que envió el primer Sputnik a orbitar la Tierra, y que negando la existencia de Dios exalta tanto el poder del hombre, le niega a ese mismo hombre y a su personalidad, a su inteligencia creadora, el derecho que la Ciencia concede a todas las cosas y seres: el de la continuidad después del accidente natural de la muerte. Todo muere y renace, menos el hombre, la más compleja y perfecta organización psicobiológica, con el más poderoso cerebro y la más penetrante de las mentes.

La ojeriza materialista es contra la teoría de la sobrevivencia individual. Todo muere y renace, según ellos; todo revierte al polvo para nuevas elaboraciones ocasionales. (En tal caso, si los valores espirituales persisten quizás depende exclusivamente de los caprichos de algún alquimista medieval que, gracias al elixir de vida, nunca murió.) A pesar de todo, sustentan la teoría de la evolución continua, incesante y creadora, que el hombre puede controlar.

Hay tantas contradicciones en las doctrinas religiosas del mundo como en las doctrinas materialistas. Por eso, en nuestro siglo, los científicos y pensadores sinceros y objetivos que buscan la realidad, sufren las mismas discriminaciones, condenaciones y expurgaciones tanto donde domina uno de estos grupos como donde domina el otro.

La realidad de la sobrevivencia individual del hombre, probada en la Universidad de Kirov, deslumbró a sus descubridores, y reveló las posibilidades inesperadas que puede abrir para la evolución terrestre, pero los comisarios del pueblo, actuando contra la voluntad generalizada de una nación de intensa y profunda tradición espiritual, rechazaron el descubrimiento en nombre de ese mismo pueblo. Pero la verdad es que la explosión mediúmnica en el mundo no pide permiso a comisarios ni a clérigos, pastores o científicos para continuar manifestándose.

La lucha del hombre por vencer su esquizofrenia, por restablecer la unidad del espíritu ante la realidad material del mundo, se inició en las cavernas y perdura en nuestros días. La razón humana, ayudada por la experiencia, venció los conflictos del caos aparente de la Naturaleza y estableció las conexiones necesarias entre lo no físico y la realidad física para dominar a ambos. Todas las filosofías y todas las ciencias se desarrollan en ese sentido, pero el llamado Materialismo Científico erige su barrera junto a la barrera teológica - ambas formadas de dogmatismos exclusivistas - para impedir a sangre y fuego que el hombre alcance lo real.

Hoy, para que la verdad se establezca en la cultura humana, es necesario que el Espiritualismo formalista y el Materialismo Científico se nieguen a sí mismos, se desprendan de sus prejuicios, y se confundan, según la síntesis hegeliana, en una cultura objetiva y abierta.

Ernst Cassider, en su ensayo sobre La Tragedia de la Cultura, se olvida de ese problema fundamental señalado hace más de un siglo por Kardec. La gran tragedia de la cultura de nuestro tiempo (que por su desarrollo ha superado la capacidad humana de dominarla), no es la acumulación cada vez mayor de conocimientos y la atomización de las especialidades, sino la imposibilidad material de vencer las barreras dogmáticas, cada vez más reforzadas por los intereses creados de religiosos y científicos.

Los tres cuerpos del hombre tienen funciones generales y específicas, que pueden llevarse a cabo en los diferentes planos dimensionales de la realidad, abandonando sucesivamente los cuerpos más densos, tal como un cohete espacial va abandonando sus secciones inferiores mientras atraviesa nuestra atmósfera.

a) El cuerpo material determina, según la concepción terrenal, lo que generalmente se considera como la condición humana. Por provenir de la evolución animal, Pablo tuvo razón en llamarlo cuerpo animal. Todo su sistema psicobiológico es la resultante del proceso evolutivo terrestre. Todos sus instrumentos para la captación de la realidad están sometidos a un ritmo de estímulo y respuesta. Su razón se constituyó con categorías formadas por la experiencia.

No obstante, el espíritu supera ese acondicionamiento empírico por medio de percepciones extrasensoriales, de intuiciones inmediatas y globales que capta de los conjuntos (como evidenció la psicología gestáltica), y a las que va separando de las vivencias directas para emplearlas en el plano consciente de la existencia.

La organización animal del cuerpo es mantenida y dirigida por el espíritu, donde la razón y la conciencia se desenvuelven paralelamente. La evolución de un hombre se verifica mediante el desarrollo de la razón y la conciencia hacia un plano superior de criterio cada vez más espiritualizado. El hombre se libera de sus raíces animales y se prepara para la trascendencia espiritual.

Federico Myers, psicólogo inglés de los fines del siglo pasado, considera que el inconsciente humano es una segunda conciencia, a la que llama subliminal. Al paso que la conciencia subliminal contiene los requisitos para la vida terrestre, la conciencia supraliminal la ayuda, a través de la emisión de ideas, sensaciones profundas e intuiciones, a desenvolverse en el plano extrasensorial. Es la conciencia supraliminal la que provee las captaciones extrasensoriales. Es en ella que encontramos la fuente de la genialidad y de los fenómenos paranormales. Esa conciencia pertenece al periespíritu.

b) El periespíritu, cuerpo espiritual o cuerpo bioplásmico posee en su estructura extremadamente dinámica los centros de la fuerza que organiza al cuerpo material. Es el modelo energético previsto con gran antelación por Claude Bernard. Los investigadores rusos comparan ese cuerpo, visto a través de la cámara Kirlian de fotografía paranormal unida a un telescopio electrónico de alta potencia, con un pedazo de cielo intensamente estrellado. Ese es el cuerpo de la resurrección espiritual del hombre, dotado de todos los recursos necesarios para la vida después de la muerte. Ese cuerpo de plasma físico y plasma espiritual pierde durante la vida espiritual sus elementos materiales en proporción exacta a la evolución del espíritu.

En las investigaciones rusas se verificó que, en la producción de fenómenos mediúmnicos como la movilización de objetos sin tocarlos, la levitación y el transporte, el elemento empleado es el plasma, lo cual confirma las investigaciones de Richet y de Notzing sobre el ectoplasma. Y una de las razones por las que esos fenómenos solamente son producidos por espíritus inferiores, a quienes Kardec comparó con auxiliares espaciales al servicio de entidades superiores, es que éstos aún conservan en su periespíritu una cantidad mayor del elemento material necesario para esas actividades.

Los exámenes hechos en laboratorio a porciones de ectoplasma revelan solamente la constitución física del mismo. El elemento más importante y vital del ectoplasma es la energía espiritual, que no permanece en las porciones recogidas por los investigadores.

En ese cuerpo, aseguran los investigadores rusos, se hace con gran precisión (por las variaciones de color del plasma y un sistema de señales coloreadas todavía en estudio), no sólo la determinación del estado de salud vigente de plantas, animales y seres humanos, sino que además se prevén enfermedades aún no manifestadas.

c) El cuerpo espiritual superior se destina a la vida en los planos más elevados del Mundo Espiritual. No se puede considerar como un instrumento de comunicación (tal cual es el periespíritu), pues se constituye del propio espíritu durante su exterioridad natural.

Kardec señala que esos Espíritus Puros no tienen nada de materia, ni la materia los afecta. Mas como tienen forma y son seres humanos elevados al grado máximo de perfección espiritual que los hombres pueden alcanzar, su cuerpo es de luz. En verdad, no disponemos de palabras ni de ideas para imaginarlos o describirlos. En su plano superior no veríamos ni sentiríamos nada. En la tocante a ellos, la investigación de Kardec se redujo a diálogos con sus instructores. Por otro lado, utilizó la lógica, como siempre hizo, para llegar a las conclusiones que encontramos en la escala espírita.

Kardec considera a esos Espíritus Puros como los Ministros de Dios, a través de los cuales la administración de toda la Realidad Cósmica se efectúa en todos los sentidos. Cuando nos conozcamos a nosotros mismos, según intentaba hacer Sócrates siguiendo la recomendación del Oráculo de Delfos, podremos tener una idea con más certeza de lo que son esas criaturas y como viven y actúan en lo Inefable, según la concepción pitagórica. Antes de eso, es inútil esforzarnos para definir las. Solamente con el desenvolvimiento de toda nuestra perfectibilidad posible, como quería Kant, conseguiremos obtener los parámetros capaces de darnos una pálida visión de esa vida superior. Kant se refería a la perfectibilidad posible en la vida terrestre. Mas por encima de ésta existen los planos espirituales progresivos y, más allá de ellos el plano de la Angelitud, que es precisamente el de los Espíritus Puros.

No podemos atrevernos a solucionar ese problema, cuyos datos se nos escapan. Hay cuestiones que no pueden ser tratadas en nuestra etapa evolutiva. Mas es importante que ya poseamos algunas informaciones provenientes de entidades que pasaron por las pruebas rigurosas de Kardec. El Espíritu Puro es para nosotros una abstracción, como también es abstracción la Matemática, de la que nos servimos para medir y pesar el mundo. Lo que precisamos evitar en el estudio de los cuerpos del hombre, es la fascinación de la imaginación, que acostumbra a elevarnos más allá de toda la realidad posible.

Varias instituciones espiritualistas del mundo crearon complicadas teorías sobre los cuerpos del hombre, llegando a darles el número desconcertante y cabalístico de los velos de Isis. En el propio movimiento espírita, que debía profundizar en el conocimiento de su propia doctrina, todavía tan mal conocida y peor comprendida, pretendidos maestros introdujeron conceptos extraños sobre ese problema. Kardec se negó a estas fascinaciones de lo maravilloso, luchó por apartar de la mente humana los residuos mágicos del pasado, dando a la Doctrina Espírita la claridad positiva de la Ciencia, siempre apoyado en la razón y en la investigación. Su esquema triple de los cuerpos del hombre es una síntesis luminosa de todos los esfuerzos de la Humanidad para comprender esa cuestión de importancia fundamental.

No podemos dejarnos llevar por la vanidad ingenua y fatua de aparecer como sabios ante las multitudes incultas, vanagloriándonos como pavos del colorido ficticio de nuestro plumaje. El espiritismo busca la verdad pura, que siempre es sencilla, pues no necesita de gestos para imponerse a las mentes investigadoras y sensatas. Dejémosnos de colas brillantes que fascinan a los inmaduros y tratemos de madurar en el examen objetivo de la realidad accesible a nuestro conocimiento inmediato. Aprendamos a separar la pureza

lógica del Espiritismo de las fábulas religiosas y espiritualistas que, a través de milenios se han nutrido y continúan nutriéndose, del gusto del hombre por lo maravilloso. No hay maravilla mayor que la de la Obra de Dios en su realidad pura. ¿Cuál es el fabulario mitológico que puede superar el misterio y la belleza de cualquiera de los microscópicos sistemas solares de un átomo, o de una verde hoja de yerba brotando entre las piedras de la calzada? El tiempo de las figuraciones simbólicas ya pasó para la Humanidad Terrestre como la edad de los cuentos de hadas ya pasó para los jóvenes de hoy. Ellos mismos, todos, exigen la verdad de las cosas naturales en substitución de las fantasías imaginarias del pasado.

Los espíritas no tiene el derecho de menospreciar las lecciones del Espíritu de la Verdad que nos proporcionó Kardec. Es sin duda impropio su propósito de favorecer mentiras ridículas que van a buscar polvo de civilizaciones muertas, cuya propia desaparición atestiguan que se agotaron en el tiempo. Tengamos la humildad de contentarnos con nuestros tres cuerpos, en vez de buscar en ruinas milenarias los cuerpos de las momias faraónicas soterradas en la arena. Estudiemos nuestro pasado de ilusiones y atrocidades para corregirnos en el presente, mas no intentemos colocarlo por encima de la realidad límpida y positiva que el Espiritismo nos proporciona.

LA TRAMA DE ACCIONES Y REACCIONES EN LA VIDA HUMANA

Problema intrigante para mucha gente es el de las acciones y reacciones de individuos y de grupos humanos ante la teoría del libre albedrío. Hay quien no consigue entender esa duplicidad contradictoria, y se preguntan cómo podemos ser responsables por actos que estaban ya determinados en nuestro destino. Se habla del Karma, palabra hindú de origen sánscrito, como de un fatalismo absoluto del que nadie escapa. La palabra Karma no pertenece a la terminología espírita, pero a través de las corrientes espiritualistas de origen hindú, se infiltró en el medio espírita por dos motivos: su aspecto misterioso y la ventaja de reducir al mínimo la expresión ley de acción y reacción.

No hay nada perjudicial en la adaptación práctica de una palabra extraña, cuyo concepto se adapta perfectamente a la expresión espírita. El prejuicio aparece cuando ciertas personas pretenden que la palabra mantenga entre nosotros su significado conceptual de origen, modificando el sentido del nuestro concepto doctrinario.

Según el Espiritismo, acción y reacción dependen de la conciencia; es decir, la responsabilidad humana corresponde a las exigencias de la conciencia y se encuentra siempre en razón directa al grado de desarrollo de ésta en cada individuo. Por otro lado, ese desarrollo depende de las condiciones de libertad y grado de opción de que cada uno disponga. Justamente por eso el problema que parece simple a primera vista, se vuelve bastante complejo cuando lo examinamos.

En las etapas inferiores de la evolución, en las que el principio inteligente pasa por acciones y reacciones destinadas a desarrollar sus potencialidades, la acción de la ley es natural y automática. No existe todavía la conciencia individual y colectiva responsable; en las etapas siguientes, hasta el plano de los animales superiores y de los antropoides, la conciencia está todavía en formación; pero al iniciarse la humanización, cuando el espíritu recibe la Razón, (“cuando Dios pone su sello en la frente del individuo con la aureola de la Razón”, según la bella expresión de Kardec en La Génesis), éste y el grupo comienzan a asumir la responsabilidad de sus actos y pensamientos.

Este principio no se refiere solamente a las fases iniciales, sino que se extiende a todo el desarrollo humano, tal cual vemos en diversos pasajes evangélicos, como por ejemplo en la respuesta de Jesús a los fariseos. “Hasta ahora dijisteis no saber y no teníais pecado, mas ahora decís saber y subsiste vuestro pecado.”

Y también como en el caso de la mujer adúltera, en que nadie tiró la primera piedra para lapidarla. De esa manera nos parece fácil la comprensión del problema. Quien actúa sabiendo lo que hace, es responsable por lo que hace. Quien actúa por instinto, automatismo, compulsión inconsciente o acondicionamiento social no tiene responsabilidad por lo que hace o por lo menos tiene su responsabilidad atenuada.

Por otro lado, las compulsiones determinadas por el pasado no siempre son fatales, es decir inevitables, pudiendo ser atenuadas o incluso eliminadas por el comportamiento favorable

de los responsables en la vida actual. De esa manera no hay contradicción, sino secuencia y equilibrio entre el fatalismo de las consecuencias anteriores y la libertad actual del individuo o grupo. Y la misma responsabilidad colectiva no es masiva, sino que el efecto se distribuye en la medida exacta de la responsabilidad individual de cada uno de sus participantes.

Existe también el problema del fatalismo voluntario, proveniente del pedido de espíritus culpables que piden pasar por lo mismo que hicieron a otros. En esos casos la conciencia pesada del individuo o del grupo solamente puede aliviarse con la autoinmolación de los culpables. Con eso desaparece la falsa teoría de la ira de Dios y de la venganza divina originadas en épocas de oscurantismo y de una concepción extremadamente antropomórfica de Dios.

La Justicia Divina según la concepción espírita, no es dictada por un tribunal remoto y de tipo humano, sino exclusivamente por la conciencia del reo. Es él mismo quien se condena en el tribunal especial instalado en su conciencia. Por eso mientras esa conciencia no está suficientemente desarrollada, el castigo tarda, pero cuando alcanza el grado necesario de responsabilidad el desenlace se manifiesta de manera rigurosa.

¿Cómo puede una criatura inocente, nos preguntamos a veces, ser condenada por Dios a morir aplastada en un accidente? Primero tenemos que recordar que la criatura no es inocente, sino que está revestida con el ropaje de la inocencia como observó Kardec. Después, es preciso recordar que el hombre responsable por el acto de brutalidad en que aplastó a una criatura en el pasado bajo el amparo de legislación humana, siente la necesidad de sufrir una violencia semejante, para librar su conciencia del peso que le aplasta y que le impide continuar avanzando en su evolución. Los familiares de la criatura son partícipes del crimen del pasado y pagan su cuota de responsabilidad con el mismo fin de liberarse. Aquello, pues, que parece una atrocidad divina, no pasa de ser una inmolación en grupo determinada por las propias conciencias culpables.

Pero hay también inmolaciones voluntarias y sin culpa que las justifique, pedidas por espíritus que desean socorrer a criaturas amadas que se ahondan en las ilusiones de la vida material, necesitando de un choque profundo que las arranque del camino del error, donde acumulan consecuencias dolorosas para sí mismas. Son actos sublimes de abnegación y de amor, que elevan al espíritu abnegado y abren nuevas perspectivas para los que sufren lo que en nuestra ignorancia llamamos desgracia determinada por la impiedad divina. Los responsables por el accidente responderán por su culpa en el tribunal de sus propias conciencias.

Los Espíritus hablan de contabilidad divina, de registros y ficheros especiales del mundo espiritual, con el fin de darnos una idea humana de la Justicia Suprema, pero esa Justicia no precisa de nuestros métodos inseguros y falibles. La mecánica de acciones y reacciones es procesada subjetivamente en cada uno de nosotros y el fichero de cada cual está visible en los registros de la propia memoria de cada uno, inscrito de manera viva y ardiente en los archivos de la conciencia subliminal a que se refería Frederic Myers. No hay organización más perfecta e infalible que esa. La misericordia divina se manifiesta en las intervenciones

consoladoras y en las ayudas dispensadas a los sufrientes para que puedan soportar sus pesadas expiaciones.

Pero ¿por qué todo ese complicado engranaje, si Dios es omnipotente y omnisciente? ¿No podría Él, en su absolutismo total, librar a las criaturas de ese tránsito penoso por los caminos de la evolución, haciéndolas enseguida perfectas en el acto? Esa objeción común proferida por los desesperados o los materialistas, se origina de la falsa idea de que el mundo es una realidad mágica, creada por Dios en el simple acto oral del fiat. La complejísima estructura de la realidad, en sus múltiples dimensiones cósmicas, debería ser suficiente para mostrarnos cuán lejos estamos todavía de comprender a Dios.

Ciertamente no seremos nosotros, criaturas de su amor, en etapa embrionaria de desarrollo espiritual, las que lleguemos a percibir ahora lo que Él sabe desde todos los tiempos. Tenemos que revisar nuestros ingenuos conceptos de Dios, generados por nuestra vanidad y nuestras supersticiones. Si Dios pudiese hacer todo más fácil, con la destreza inconsecuente de un prestidigitador que saca conejos de una chistera, es evidente que ya seríamos, desde hace mucho tiempo, ángeles, arcángeles y serafines, revoloteando felices e inútiles por las regiones celestiales. Indagar cómo y por qué motivo Dios no actúa como un prestidigitador es simplemente revelar la extensión de nuestra ignorancia. ¿Cómo podemos conocer los problemas divinos, si todavía no conocemos siquiera los humanos?

Pero podemos imaginar lo siguiente, a partir de ciertas concepciones contemporáneas, como la teoría del físico inglés Dirac sobre el océano de electrones libres en que el Cosmos estaría sumergido; la de la luz infrarroja de que el Universo habría surgido, según físicos rusos; la teoría del Dios - Eter, de Ernesto Bozzano; y por fin, la que nos parece más aceptable, la tesis de Gustavo Geley, expresidente del Instituto de Metapsíquica de París, sobre el dínamo - psiquismo inconsciente que impulsa todas las cosas del inconsciente al consciente, siendo éste el título de su libro al respecto. Dios podría ser considerado a la luz de esta teoría como la Unidad en lo inefable de la intuición pitagórica, o lo Eterno Existente e Increado de la concepción budista. El dínamo - psiquismo de Geley, explicaría, en este caso, el estremecimiento inexplicable de la Unidad que desencadenó a la Década, estructurando el Universo.

El dínamo - psiquismo inconsciente, desde una realidad estática, habría alcanzado el consciente, en un tiempo remoto en el que la Conciencia Única y Suprema surgía para la consolidación del Caos, generando mediante su determinación consciente y su voluntad la estructura del Cosmos, con todas las leyes que lo rigen.

La Conciencia Única y Suprema sería la Inteligencia Absoluta del concepto espírita, creadora de todas las cosas y todos los seres. Esta Idea de Dios suple las lagunas lógicas del proceso de la Creación, conservándole todos sus atributos. Al mismo tiempo, la mitología antropomórfica y absurda del Dios de las iglesias desaparece, siendo substituida por la hipótesis científica de fuerza y materia unificadas en la mano de una Conciencia Cósmica no personal. Claro que esto no es la solución del problema que nadie puede resolver por cuenta propia, sino un intento de interpretación conforme a las bases científicas de nuestro conocimiento actual.

Queda siempre una duda insoluble: Si Dios se realizó en la evolución común de todas las cosas y seres, ¿quién estableció esa ley evolutiva y quién creó, antes que Dios, lo inefable y el dínamo psiquismo inconsciente?

La cuestión es solipsista, tautológica, es decir gira siempre en torno a un punto único del que no podemos librarnos. Lo que prueba nuestra total imposibilidad, en nuestra etapa evolutiva actual, de conseguir resolverla. Y el Espiritismo la coloca en los debidos términos, al decir que solamente llegaremos a su solución cuando hayamos avanzado lo suficiente en la escala evolutiva.

Tenemos que subir a planos aún más distantes de nosotros para llegar a vislumbrar la verdad al respecto. De cualquier manera, entretanto, tenemos que tratar ese tema, para demostrar que el Espiritismo no endosa las absurdas concepciones teológicas, ni los misterios absolutos que rigen la percepción de los enigmas metafísicos.

Dios espera que alcancemos nuestra madurez espiritual para entonces revelarnos lo que ahora no podemos entender. Somos hijos y herederos de Dios y toda la Verdad nos espera en las supremas dimensiones de la Realidad Universal de la que apenas conocemos una reducida parcela. Por otro lado, no podemos admitir que, con el pretexto de nuestra impotencia actual, los supuestamente agraciados con una sabiduría infusa nos impongan como verdades reveladas sus conclusiones dogmáticas sobre problemas inconclusos.

La posición espírita es la única aceptable actualmente.

DIOS EXISTE COMO LA CAUSA INTELIGENTE DEL EFECTO INTELIGENTE QUE ES EL TODO UNIVERSAL, Y POR ESE EFECTO PODEMOS EVALUAR LA GRANDEZA DE LA CAUSA.

Esta es la conclusión a la que podemos llegar y a la que Kardec llegó mucho antes de que se pudiera disponer de los recursos actuales de las Ciencias.

La existencia de Dios es aceptada como la mayor y más poderosa realidad que confrontamos y que no podemos negar sin que caigamos en la situación ilógica de quien pretende negar la evidencia. El manejo del problema por Kardec, basándose en los diálogos con los Espíritus Superiores, comprueba al mismo tiempo: la grandeza conceptual del Espiritismo; la firme posición científica y filosófica del Codificador; la elevación intelectual y moral de los Espíritus que lo asistieron; y la capacidad espírita de enfrentar racionalmente todos los problemas del hombre y del mundo. Gracias a eso, el Espiritismo se presenta en nuestro tiempo como aquella síntesis superior del Conocimiento Humano a que León Denis se refirió en *El Genio Celta* y en *El Mundo Invisible*.

La trama de las acciones y reacciones en la vida humana que determina la extrema variedad de los destinos individuales y colectivos, no puede, ante los principios comprobados de la doctrina, seguir siendo considerada como concurrencia de factores ocasionales, aleatorios, que pudiesen escapar de las leyes naturales que rigen la totalidad cósmica en todos sus detalles, desde las simples amibas hasta las galaxias en el Infinito.

El orden riguroso de los eventos en todos los planos de la realidad; las supuestas lagunas que la investigación científica rellena, si muchas hoy, mañana aún más, descubriendo que pertenecen a conexiones todavía no conocidas; las particularidades que confirman la existencia de una estructura sutil rigiendo acciones y movimientos por todas partes, evidencian la presencia de una inteligencia vigilante y atenta.

La Cibernética y la Biónica demuestran cuanto tenemos que aprender de la Naturaleza en la tocante a los organismos animales. Sería extraño que en esa maravillosa estructura macro y micro refinada, la acciones y reacciones de la vida humana fuesen echadas a un lado. Por otra parte, el libre albedrío del hombre no es solamente resguardado, sino también protegido y estimulado por las responsabilidades que sobre él se acumulan sin cesar.

Todo es importante y significativo en el caleidoscopio universal. Cada acción, sentimiento, pensamiento y ansiedad de los seres humanos pesa en la balanza de todos los destinos. Y eso se comprueba diariamente en la vida particular y en la vida colectiva de los hombres.

No vivimos por vivir, sino para existir en la trascendencia.

LA MUERTE DE DIOS Y EL SIGLO XX

Después de la Filosofía Existencial nacida de la angustia y de la soledad del teólogo danés Kierkegaard, estalló en el mundo convalesciente de las primeras explosiones atómicas en Hiroshima y Nagasaki, la espantosa novedad de la Muerte de Dios.

Imitando al loco Nietzsche, teólogos jóvenes y de formación universitaria, europeos y norteamericanos, hicieron el comunicado fúnebre al mundo: “Dios murió.”

Como nadie fue invitado al entierro ni se anotó el acontecimiento en ningún registro funerario de los archivos civiles del mundo, se creyó que todo no pasaba de ser una alucinación.

Pero dichos teólogos insistieron con una serie de libros desbordantes de erudición y cultura, lo cual perturbó a muchos de los creyentes en Dios. Para tranquilizar a los intranquilizados, los teólogos agoreros siguieron el viejo concepto: “A rey muerto, rey puesto.”, y colocaron a Jesús de Nazaret, el Cristo, provisionalmente en el Trono del Imperio Cósmico: “Ahora,” - decían con la euforia de herederos ambiciosos ante el Cadáver Sagrado - “ahora tenemos que instalar el Cristianismo ateo a la espera del Nuevo Dios que debe surgir.”

No se trata de juego ni de chiste, sino de una cosa sumamente seria, pues como decían nuestros abuelos: “Con Dios no se juega.”

Pero los libros de los teólogos cortadores de mortajas no convencieron a nadie, a no ser a ellos mismos. Es fácil comprender que hubo un engaño. Lo que había muerto no era Dios, que jamás podrá ser enterrado en el cementerio en ruinas de los dioses mitológicos. Quien en verdad agonizaba lentamente sustentada por millones de los beneficiarios de los religiosos profesionales, era la generosa y sabihondísima señora llamada Teología, (pretenciosa dama de certezas absolutas e irrevocables, que a pesar de que ya estaba en estado de coma, todavía continúa resistiendo las impías tentativas de la muerte.)

Pero la mayoría de los otros teólogos se vieron en dificultades y sólo algunos se adhirieron a la extraña idea de la muerte de Dios. Temían que tal hecho sería una hecatombe mundial, sobre todo para ellos que quedarían huérfanos y sin ninguna herencia, pues, sólo Dios les había prometido un pedacito de su Reino.

Jesús Cristo, heredero directo e hijo consanguíneo de Dios, no tuvo conocimiento del asunto y no asumió el Trono del Universo. La situación se tornó caótica y las disputas de los herederos acabaron reduciendo la espantosa novedad a una discusión violenta de neuróticos en guerra. Andan por ahí los libros de los teólogos de la conspiración deicida, leídos por ellos mismos y algunos curiosos retardatarios, pues sólo ellos entienden lo que escribieron, si es que verdaderamente lo entienden. Son libros tejidos con tesis de filigranas brillantes y sofismas escurridizos como las de Bizancio en su hora final. Nos dan la impresión del juego de abalorios de la civilización utópica de Herman Hesse, donde la superficie helada de un lago alpino de vez en cuando congelaba a un teólogo.

No nos interesan esas lamentaciones de plañideras alrededor de un hipotético cenotafio, túmulo vacío construido después de la guerra, sobre terreno impuro de osamentas sin sepultura. Esta hora no es de muerte, sino de resurrección. Cumpliendo la promesa del Cristo, su enseñanza pura resucita de las criptas de envejecidas catedrales y anuncia por todas partes la nueva Alborada de la Verdad. William Hamilton, Thomas Altizer, Paul van Brune, Gabriel Vahamtaan, y toda la banda necrófila de la Muerte de Dios no han conseguido hasta ahora decir más que esto: Que Dios murió en nuestro siglo y que eso es un episodio histórico.

Pero ¿dónde están las pruebas históricas de esa muerte ideológica y alógica? Solamente el loco Nietzsche, del que ellos heredaron su locura, oyó los silenciosos golpes de la pala del enterrador abriendo la sepultura, y ese loco era un iluso.

Si los teólogos continúan enseñando sus mustias teologías, los místicos destilando sus óleos sagrados, los sacerdotes cobrando más caro por sus sacramentos, el populacho arrastrándose de rodillas por las viejas escalinatas de las iglesias, judíos y cristianos manteniendo sus cultos por todas partes, es porque ni siquiera el Dios de la Biblia ha dejado de existir. Si no ocurrió la muerte física de Dios, ni ocurre su muerte metafísica, si en la mente de los intelectuales y en la fe popular Dios continúa imperando, es evidente que la pandilla necrófila está delirando.

Pero este episodio sirve para ilustrar la esquizofrenia catatónica de este siglo extraño en que oscilamos entre la paranoia y el sadismo, con huracanes de obsesiones individuales y colectivas, que barren la faz contaminada del planeta. A cada instante los vendavales arrancan a los hombres del suelo y los lanzan al aire en piruetas alucinantes. Los espíritas, que conocen el problema de la obsesión y saben que no son los montajes escénicos del exorcismo, sino la lógica persuasiva de la adoctrinación evangélica el remedio cierto y eficaz para ese suceso, precisan más que nunca, reafirmarse en las obras de Kardec para no ser también volteados patas arriba en el aire.

Muchos ya se dejaron llevar por las ráfagas de la negligencia, cayendo en el ridículo y llegando incluso hasta la profanación de la doctrina.

Otros aceptaron y propagan, con la terquedad característica de la fascinación, obras y doctrinas absurdas, repletas de la malicia de las tinieblas, engañando a criaturas ingenuas con la falsa importancia de sus posiciones en instituciones doctrinarias o con el falso brillo de títulos universitarios.

Otros se encastillan en su arrogancia de pseudo-sabios, pretendiendo superar la doctrina con libros enfangados con el lodo oscuro de las regiones del umbral. Es increíble como todas esas estupideces se apoderan por doquier de las personas desprevenidas, formando los quistes de mistificación que minan el movimiento doctrinario.

Si hasta fuera del campo doctrinario y entre personas de innegable cultura y brillo intelectual surgen locuras como esa de la Muerte de Dios y de la creación del Cristianismo

Ateo, nos podemos imaginar a qué estamos expuestos en el Espiritismo, donde sólo la advertencia del Cristo: “Vigila y ora.” puede librarnos de caídas desastrosas.

Mas no basta vigilar montado en las cabalgaduras de la presunción y de la vanidad, porque el enemigo no ataca de frente, sino que se insinúa sutilmente en nuestra intimidad, excitando el virus de la vanidad e infestándonos por dentro. Desde ese momento, pensamos con las ideas de él y aceptamos su colaboración, cuando no sus órdenes, con la ingenuidad con que los defensores de Troya aceptaron el caballo de madera como regalo de los griegos.

Pedro capituló por miedo en la hora del testimonio. Por vanidad, ignorancia e intereses secundarios muchos espíritas están capitulando en esta hora decisiva. Nuestra vigilancia ha de ser interna, sobre nosotros mismos, sobre nuestra fauna interior que el enemigo utiliza contra nosotros.

Si los teólogos necrófilos fueron capaces de aceptar la sugestión de la muerte de Dios sin importarles caer en el ridículo, ¿qué razonamiento podrían utilizar los espíritas para rechazar la sugestión de desfigurar los textos doctrinarios con la supuesta finalidad de actualizarlos, si creen prestar de ese modo un enorme servicio a la doctrina?

Las sugestionones de las tinieblas son así: nos hablan del deber, para lanzarnos a la traición. Caemos fácilmente porque no vigilamos y no oramos. El orgullo y la ambición substituyen en nosotros a las palabras humildes de la recomendación del Maestro. Y después reclamamos de los Espíritus Superiores el auxilio que nos faltó en la hora crucial, como si ya no debiéramos estar desde hace mucho tiempo preparados para enfrentar esa hora.

Si los teólogos realmente comprendiesen a Dios y los Espíritas conociesen de hecho su doctrina, las entidades sombrías no encontrarían en sus corazones iluminados por el amor ni un punto oscuro donde ocultarse. No somos traicionados, nos traicionamos nosotros mismos. La traición no viene de la maldad, brota de nuestra mente desviada y de nuestro corazón orgulloso. Si no comprendemos eso a cabalidad estaremos siempre expuestos a los vientos malignos.

La fidelidad al bien tiene un precio que pagamos poco a poco con las moneditas tintineantes del diario vivir, al rechazar los soplos de vanidad que intentan encender la hoguera de la deserción. Un elogio discreto que nos agrada, una palabra de estímulo, que nos reconforta, un gesto de cortesía que nos conmueve, una ingenua carta de saludo, un abrazo de fingida gratitud, son, con muchas otras cosas, las monedas que caen no como el óbolo de la viuda, sino como las monedas envenenadas de las cambistas. Al sonido de esa música sutil crece en nosotros la mandrágora del orgullo, la flor roja y peligrosa de los filtros mágicos. Creemos en nuestra grandeza con euforia, para más tarde caer en nuestra insignificancia con desesperación.

¿Por qué motivo Dios, si tuviese que morir, habría de escoger el siglo XX de nuestra Era Cristiana? ¿Acaso, para morir cristiano, El que es el Señor del Cristo? ¿Por qué razón los Espíritas tenían que escoger nuestro siglo para revisar y corregir a Kardec, justamente cuando las Ciencias,

¿la Filosofía, la Religión y toda la Cultura Humana están comprobando el acierto absoluto de Kardec y siguiendo su esquema de investigación realmente siempre victorioso? La respuesta a esas dos preguntas es una sola: Porque es en las horas de entusiasmo, de victoria, de renovaciones en marcha, cuando estamos desprevenidos y confiados en nosotros mismos, convencidos de que todo va bien y de que (éste es el motivo de la caída) llegó el momento en que nuestros esfuerzos serán reconocidos y nos pondrán en la frente la corona de laurel que nos negaron. No es la hora del Cristo, ni la de la Doctrina, sino la hora nuestra, personal, la que nos fascina.

Veamos la triste figura de esos teólogos, filósofos, historiadores de la Cultura, exégetas de la Palabra de Dios, que de repente, decepcionados con las atrocidades de los hombres (que siempre fueron atroces) proclaman en oraciones brillantes y libros falaces el absurdo de la Muerte de Dios, que no consiguen explicar ni justificar por más que escriban.

Charles Bent nos da una información valiosa: William Hamilton fue presentado como una especie de Billy Graham con respecto a la Muerte de Dios. En una de sus prédicas en São Paulo el famoso Billy, que arrebató multitudes, respondió lo siguiente, con la mayor liviandad, a la pregunta de un asistente: “El Espiritismo es obra del demonio.” La gloria de Hamilton se define en este episodio. Hamilton es el nuevo Billy, no se precisa decir nada más. Y Bent considera que es, tal vez, el más inteligible de los expositores del problema de la Muerte de Dios. Sobre el cadáver supuesto de Dios los borricos de la hecatombe divina se disputan la túnica de Cristo.

Es evidente la llama de la vanidad que arde en la frágil carne de los hombres. Si el Espiritismo, que cumple la promesa del Consolador en la Tierra, es obra del diablo, ¿qué será, entonces, esa obra de demagogia y sofisma que pretende renovar la concepción cristiana de Dios con la práctica de Brutus, dándole puñaladas a Dios por entre sus costillas?

Los hombres se envuelven en sus propias palabras, como las abejas domesticadas en la barba del apicultor. Los sofistas griegos probaban con hábiles argumentos las afirmaciones contradictorias, para demostrar que la verdad no pasaba de ser un juego de palabras. Mas entre ellos estaba Sócrates, protegido por su demonio, su espíritu amigo, que de repente comenzó a preguntar a los sofistas: ¿Qué es eso? Todos los sofismas se deshacían como castillos de arena, cuando Sócrates pedía la definición de los conceptos. Sí, porque él había descubierto que la verdad estaba en los conceptos y no en las palabras. Cuando Billy y Hamilton se pregunten a sí mismos qué es lo que están diciendo, tendrán la verdad; pero, mientras continúen jugando con palabras ante las multitudes de badulaques y fanáticos, no pasarán de sofistas modernos que se engañan a sí mismos como engañan a los otros.

El mal más amenazador de nuestra civilización es el desarrollo excesivo de la mente oral. El abuso de ese proceso mental envileció el mundo de las palabras. Viene de lejos ese mal, desde los judíos charlatanes que asombraban a los romanos con sus interminables querellas, el matraquear aturdidor de los clérigos medievales, las trapazas doradas de los bizantinos y la demagogia burguesa que produjo el Terror en Francia y se esparció por el mundo con el chacharear político y religioso que estalló en matanzas innominables en la boca de Hitler,

de Mussolini y sus quintas columnas genocidas. Después de las explosiones atómicas de Nagasaki y Hiroshima y de la escalada norteamericana en Vietnam, no debería de causar admiración el asesinato del mismo Dios, pues, quien odia la Creación tiene que odiar también al Creador.

En el medio espírita los habladores llaman la atención, como en todas partes, pues, los espíritas son seres humanos contagiados, como toda la especie, por el mal de la verborragia. Ha sido difícil convencer al pueblo ingenuo de que los grandes habladores no pasan de ser mistificadores. Hablan en actitudes teatrales, con los ojos cerrados para convencer a los zopencos de que están siendo inspirados por elevadas entidades espirituales, cuando en verdad repiten palabrejas memorizadas o simplemente desvarían los mecanismos repetitivos de su mente oral.

Este es un problema grave en un medio por el que se interesa una doctrina lógica, profundamente conceptual, pero donde la insensatez de la palabrería funciona como tóxico mental, encubriendo y evitando la Verdad. Precisamos de expositores de la doctrina conscientes de su responsabilidad y no sólo interesados en fascinar a las masas. No tenemos ni debemos tener tribunos elocuentes en nuestras asambleas, sino estudiosos de la doctrina que procuren transmitir sus principios racionales a los adeptos poco acostumbrados a razonar. No hay lugar para sofistas en un movimiento que busca únicamente la Verdad, que no está en los sofismas y sí en la limpidez de los conceptos. También los espíritas participan en la conspiración de la Muerte de Dios cuando dan apoyo y estímulo criminal a los palabreros inveterados.

17

ACCION ESPIRITA EN LA TRANSFORMACION DEL MUNDO

Tres son los elementos fundamentales que el Espiritismo utiliza para transformar nuestro mundo en un mundo mejor y más bello.

- A) Amor,
- B) Trabajo,
- C) Solidaridad.

1 - El amor

Incluye la comprensión y la tolerancia, pues quien ama comprende al ser amado y sabe tolerarlo en todas las circunstancias. Abarca también la Verdad, pues quien ama sabe que el objetivo supremo del Amor es la Verdad. Nadie ama la mentira, pues hasta los mentirosos apenas soportan la falta de la verdad.

Con el desenvolvimiento psicobiológico, el amor egoísta del hombre a sí mismo se transmuta, según ya vimos, en amor altruista, amor a los otros; que expandiéndose desde el núcleo familiar engloba también a la Sociedad, a la Patria y a la Humanidad.

Algunos espíritas dicen que los espíritas no tenemos patria, porque sabemos que podemos renacer en diferentes países. Eso es absurdo, pues entonces tampoco amaríamos al padre ni a la madre, que con frecuencia varían en diferentes encarnaciones.

El Amor no tiene límites, pero nosotros, los hombres, somos creaciones limitadas y estamos restringidos, en cada existencia, por las limitaciones de la condición humana.

Amamos de manera especial a quienes están unidos a nosotros en esta vida o que se unieran a nosotros en vidas anteriores.

Amamos a todos los seres y a todas las cosas en proporción a nuestra disposición mental para comprender la realidad. Y amamos nuestra tierra, el pedazo de mundo en que nacemos y vivimos, y a la gente a que pertenecemos, sección de la población mundial que corresponde a la población de nuestra Tierra. Y amamos a nuestro planeta Tierra y a toda la humanidad que la puebla, compañeros nuestros y maestros en esta divina aventura por el camino del progreso evolutivo. Y amamos a los que están más allá de la Tierra, en las zonas planetarias espirituales, como amamos, por intuición mental y efectiva a todos los seres y cosas de todo el Universo. Lo ilimitado del amor se impone a los límites temporales de nuestra condición actual. Y ese es nuestro primer escalón hacia la trascendencia espiritual. En la medida en que nuestra capacidad infinita de amar se concretiza en realidad afectiva (nacida de los sentimientos profundos y verdaderos del amor) sentimos que nos vamos elevando a planos superiores de afectividad intelectual y moral, y vamos al mismo tiempo aumentando nuestro respeto a todas las manifestaciones de la vida y de la belleza en todo el Universo.

El Amor no es placer, ni preferencia, ni deseo: es afección; es decir, afectividad en acción, flujo permanente de vibraciones espirituales del ser que se expanden hacia todo lo que forma la realidad. Fue por eso que Francisco de Asís amó con la misma ternura y el mismo afecto, llamándolos hermanos, a los minerales, a los vegetales, a los animales, a los hombres y a los astros en el infinito. Las ondas del Amor alcanzan todas las distancias, alturas y profundidades, aunque no puedan ser medidas como hacemos con las ondas hertzianas de la radio. Después de sobrepasar los límites posibles de la Creación, el Amor alcanza su objetivo principal, que es Dios, y en Él se transfunde.

El Espiritismo profundiza el conocimiento de la Realidad Universal; no pretende modificar el Mundo en que vivimos por medio de cambios superficiales en sus estructuras. Esa es la actitud de los hombres ante los desequilibrios e injusticias sociales. Mas el hombre espírita mira más lejos y más hondo buscando las causas de los efectos visibles.

Si queremos apagar una lámpara eléctrica, nada adelantamos con soplarla, es necesario desactivar el conmutador que permite el flujo de la electricidad. Si queremos cambiar la Sociedad, nada adelantamos con modificar su estructura hecha por los hombres, sino que

deberemos modificar a los hombres que modifican las estructuras sociales. El hombre egoísta produce el mundo egoísta, el hombre altruista producirá el mundo generoso, bueno y bello, que todos deseamos.

No podemos hacer una buena plantación con malas simientes. Tenemos que mejorar las simientes.

Las relaciones humanas se basan en la afectividad humana. Entre corazones insensibles no hay afecto, y cuando éste falta el dolor campea en el mundo, pues solamente él puede enternecer los corazones de piedra. Mas el Espiritismo enseña que el corazón de piedra es duro porque le falta comprensión de la realidad debido a la influencia de tradiciones negativas religiosas que el hombre desarrolló en tiempos salvajes y brutales. Cuantas veces se ha ofrecido a los hombres una visión más humana y más lógica de la Realidad Universal, sus relaciones han mejorado. Los espíritas no presentan una visión tal, porque en su mayoría se dejan llevar sólo por el aspecto religioso de la doctrina, igualmente deformado por la influencia de las mismas tradiciones negativas religiosas de antaño. Es preciso restablecer la visión espírita en su entereza, apartando de ella los residuos de un pasado de ilusiones y mentiras perjudiciales.

Si los espíritas comprendieran la necesidad urgente de profundizar en el conocimiento de la doctrina, para formar una sólida y esclarecida convicción espiritista, podríamos realmente contribuir a adelantar el mundo en que vivimos. Generaciones y generaciones de espíritas han pasado por la Tierra, desde Kardec hasta hoy, sin que les quedara siquiera un vestigio de educación espírita, de formación doctrinaria sistemática. Apenas aprendieron algunos hábitos espíritas; en aulas insustanciales escucharon un catecismo eclesiástico; a veces, se tornaron ardorosos en la adolescencia y en la juventud, (porque el Espiritismo es oposición a todo cuanto de envilecido y caduco existe en el mundo), pero al confrontarse con la cultura universitaria y por no tener la menor visión de la grandeza de la doctrina, terminaron por incluirla en la lista de las cosas obsoletas.

Padres ignorantes e hijos ignorantes, sucediéndose en encarnaciones inútiles, no hicieron más que transformar la gran doctrina en una secta de simplones. Duras son y han de ser las palabras, porque ineptas y criminales fueron las acciones que condenamos. El prejuicio mental contra el leer y pensar, la pretensión de saber todo por intuición, de recibir de los guías la verdad hecha, el brillito inútil y vanidoso de los tribunos, las mistificaciones aceptadas gratuitamente como bendiciones divinas, (y así podríamos citar una lista interminable de tonterías y burradas), hicieron del movimiento doctrinario un pantano de creencias absurdas que impidió la vuelta prevista por Kardec para continuar su trabajo. En compensación, surgieron los reformadores y adulteradores, las mistificaciones deslumbrantes y vacías, e incluso hasta las series ridículas de las supuestas reencarnaciones del maestro por incultos contradictores de sus más valiosas afirmaciones doctrinarias.

180. Este amargo panorama apartó del medio espírita a muchas criaturas dotadas de excelentes condiciones para ayudar al movimiento a organizarse en un plano superior de cultura. Eso es tanto más grave con respecto a nuestro tiempo que no justifica lo que

aconteció con el Cristianismo, deformado totalmente en una época de ignorancia y atraso cultural.

Por el contrario, el Espiritismo surgió en una etapa de acelerado desarrollo cultural y espiritual, en que los espíritas contaron y cuentan con los mejores medios de que la humanidad terrestre haya jamás dispuesto para adquirir conocimientos y progresar. Todos los grandes esfuerzos culturales en favor de la doctrina fueron descuidados y continúan siéndolo por la gran mayoría de los espíritas ensimismados que se retraen en sus caparazones y en sus reductos fantásticos.

Falta el amor por la doctrina de que hablaba Urbano de Assís Xavier; falta el amor por los compañeros que se dedican a sembrarla renunciando a sí mismos y a sus propias condiciones profesionales e intelectuales; falta el amor por el pueblo hambriento de esclarecimientos precisos y seguros; falta el amor por la Verdad que continúa sofocada por las mentiras de las tinieblas.

Los médiums de grandes posibilidades se ven rodeados de multitudes de aprovechados, que los llevan casi siempre al fracaso o al agotamiento precoz. Solamente los interesados los procuran: los que pretenden aprovechar sus obras en beneficio propio; los que desean solamente presentarse como íntimos del médium; los que procuran consolación pasajera con su presencia; los que buscan chuparles los beneficios fluídicos, etc....

Los mismos médiums acaban muchas veces desanimados y desviándose hacia otros campos de actividades buscan donde poder gozar, por lo menos, de convivencias menos penosas.

La explotación inconsciente y consciente de los médiums por los propios adeptos de la doctrina, es uno de los factores más negativos que entorpecen el desarrollo del Espiritismo en nuestro país y en el mundo. La contribución que estos médiums podrían dar para la ejecución de las metas doctrinarias se pierde en las menudencias de las consultas personales y los mensajes cotidianos semejantes a confesiones religiosas, tocados más de emoción embaucadora que de raciocinio y esclarecimiento. Eso es lo que todos piden, como niños llorones acostumbrados a dormirse con la monotonía del arrullo. Incluso hasta un médium como Arigó, dotado de un temperamento agresivo como el de Joao Batista y asistido por una entidad positiva como Fritz, acabó envuelto en una red de intereses contradictorios que lo envolvieron en maniobras que lo aturdieron, mezcladas a calumnias y campañas difamatorias que lo llevaron, en su ignorancia de labriego inculto, a precipitarse, sin quererlo, a su destrucción precoz. Las grandes tesis de la Doctrina Espírita no fueron suficientes para movilizar a los espíritas en favor del médium, para resguardarlo y facilitarle, por lo menos, la investigación de los científicos norteamericanos de diversas Universidades y de la NASA, que intentaron desesperadamente manejar el problema en términos de ecuación científica. Lo que debió haber sido una victoria de la Verdad en el nivel universal, se convirtió en un mezquino episodio de disputas profesionales azuzadas por clérigos y médicos de visión rastrera. Y todo esto ¿por qué extraño motivo? Porque los espíritas no fueron capaces de salir de sus madrigueras, empuñando las armas poderosas de la doctrina, para enfrentar la conspiración miserable de ambiciones absorbentes y voraces.

Cada espírita, al aceptar y comprender la grandeza de la causa doctrinaria y su finalidad suprema - que es la transformación moral, social, cultural y espiritual de nuestro mundo asume un grave compromiso con su propia conciencia. La aparición de un médium como Chico Xavier o Arigó no tiene ya el sentido restringido que tenía la aparición de una pitonisa o de un oráculo en el pasado, sino que tiene una importancia similar a la que tuvo la aparición de un Juan Bautista o de un Cristo en la fase crítica de la caída del mundo clásico grecorromano, durante la trágica agonía de la civilización mitológica. Empero, hoy, después de más de un siglo de siembra espírita, en la hora cierta y precisa de la cosecha, vemos nuevamente al pueblo elegido ocupado en intrigas a la Puerta del Muladar, mientras “los romanos crucifican entre ladrones” a quienes se habían sacrificado en reencarnaciones providenciales.

Esa mentalidad de lechuzas agoreras y de troyanos que no escuchan a Casandra, proviene del egoísmo, (esa lepra del corazón humano, según la expresión de Kardec), del comodismo y del prejuicio mental. La falta de estudio serio y sistemático de la doctrina, que permite la infiltración de elementos extraños en el cuerpo doctrinario causándole deformaciones superfluas imaginadas como novedades, envilece con la marca de Caín la conciencia espírita de los grupos de traidores. Esos traidores no traicionan solamente a la doctrina, al Cristo y a Kardec sino también a la Humanidad y al Futuro.

¿Dónde queda el principio del Amor en todo esto? ¿Cuál de ellos reveló amor a la Verdad? ¿Cuál probó amar y respetar la doctrina? ¿Cuál mostró amar a su semejante y quiso, por eso, realmente ayudarlo, orientarlo, esclarecerlo? A este fin superior sobreponen el interés falso y mezquino de pavonearse ante los ojos que necesitan luz, de presentarse con un conocimiento superficial ante los que nada saben, imponer a criaturas ingenuas su manera mentirosa de ver la enseñanza pura de Kardec.

El amor no está en los que se confabulan, en los que se comprometen reciprocamente para el engaño, implicándose en la solidaridad de la profanación consciente o inconsciente. El amor está en los que repelen la farsa y condenan el gesto egoísta de los que escamotean la verdad en provecho propio, llevando a multitudes ingenuas y desprevenidas a corromper la doctrina esclarecedora.

El amor en ese caso puede parecer impiedad, mas es piedad, puede asemejarse a la injuria y a la agresión, mas es ayuda y salvación. Las condenaciones violentas de Jesús a escribas y fariseos no fueron dictadas por el odio, sino por la indignación justa, necesaria, indispensable del Maestro, que sacudía a aquellas almas impuras para librarlas de la impureza con que corrompían a las almas sencillas.

Quien no tiene inteligencia para comprender eso, debe por lo menos tener la delicadeza del médico André Luiz, quien, arrojado a las zonas del umbral, se contentó con hacer trabajos de limpieza y lavado en los hospitales de los planos superiores para aprender la grandeza de la humildad, la nobleza de los pequeños, en vez de rebelarse contra las leyes divinas en la búsqueda de la Verdad. Nuestro movimiento espírita, como todo el negro panorama religioso de la Tierra, está lleno de ignorantes revestidos o no de grados universitarios, que se juzgan maestros iluminados y son solamente los ciegos del Evangelio que conducen a

otros ciegos al barranco. Impedirles cometer ese crimen de vanidad afrentosa es el deber de los que saben realmente amar y servir. “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!” advirtió Jesús, no para condenarlos al fuego del Infierno, sino para salvarlos del infierno de sí mismos.

2 - El trabajo

Es exigencia del principio de trascendencia. El hombre trabaja por necesidad, como quieren los teóricos de la Dialéctica Materialista. Mas no sólo para suplir sus necesidades físicas de subsistencia y sobrevivencia. No solamente, como quieren los teóricos de la voluntad de poder, para adquirir poder. Ni siquiera, como también pretenden Bentham y los teóricos de la ambición, para acumular posesiones que representen poder. La búsqueda de las causas en ese campo, se agotaría en el ámbito de las causas secundarias.

Pero la Filosofía Existencial en nuestro tiempo, al descubrir el concepto de existencia y definir al hombre como el existente (el ser que existe, el que sabe que existe y lucha para existir cada vez más y mejor), demostró que la naturaleza humana es subjetiva (interna y espiritual) y no objetiva (externa y material); y que el resorte que mueve al mundo no está en los brazos ni en las manos, sino en la conciencia.

Se confirmó así, en el campo general de la Cultura, el tantas veces rechazado y ridiculizado concepto espírita del trabajo. En El Libro de los Espíritus tenemos la afirmación de que todo trabaja en la Naturaleza. Esa tesis espírita anticipó la tesis de John Dewey sobre la naturaleza universal de la experiencia. En todo el Universo hay fuerzas en acción, inteligentemente dirigidas según planes determinados. Nada se hace al acaso. En términos actuales de electrónica podemos decir que el universo es una programación gigantesca de computadoras en incesante actividad rigurosamente controlada.

Desde un grado de arena a una constelación estelar, desde un cabello o un virus solitario hasta las mayores aglomeraciones humanas de los centros industriales del mundo, todo trabaja. El reposo mismo es una forma de diversificación del trabajo para la recuperación y reajuste del organismo material y de las estructuras psicometales del hombre. Los seres humanos que sólo trabajan para sí mismos, aún no han superado su condición animal. Viven y trabajan, mas no existen. Porque existir es una forma superior de vivir, que incluye en su concepto la plena conciencia de actividades desarrolladas con una finalidad trascendente.

En el desenvolvimiento de la Civilización, el trabajo individual se va extendiendo progresivamente, con los métodos de división del trabajo, hacia la fase superior del trabajo colectivo. Por eso, es en el trabajo y a través del trabajo como el ser humano se realiza como ser, desarrollando sus potencialidades. La extrema especialización de la Era Tecnológica nació en las cavernas cuando en los primeros clanes el hombre se encargó de la guerra, de la caza y de la pesca, y la mujer de criar, alimentar y orientar a los hijos. La Revolución Industrial en Inglaterra marcó un momento decisivo en la evolución humana para la adquisición de la conciencia de solidaridad humana.

Es mediante el esfuerzo común (y hecho en conjunto) de las relaciones del trabajo, como se desenvuelve el sentido de comunidad, comprobando la necesidad del principio espírita de solidaridad y tolerancia para el mayor rendimiento, mayor estímulo y mayor perfeccionamiento de las técnicas de producción. La competencia del mercado, que estimula la ganancia y la voracidad de los individuos y de los grupos, de las empresas y de los sistemas de producción, se opone a la conjunción de las conciencias en la solidaridad del trabajo común que procura el bienestar de todos. Los teóricos que condenan a las comunidades de trabajo orientadas hacia el interés de la mayoría, reducen la finalidad superior del trabajo a intereses mezquinos de enriquecimiento de individuos y de grupos particulares. La propia realidad los contradice con el espectáculo gigantesco del trabajo de la Naturaleza orientada hacia la grandeza de todo.

Remy Chauvin considera a los insectos sociales como expresiones de sistemas colectivos de trabajo y de vida en donde el egoísmo individualista y grupal (sociocentrismo) no impidió el desenvolvimiento normal de la solidaridad. La Naturaleza entera es un ejemplo que el hombre rechaza en nombre de su egoísmo, de su vanidad y de sus ambiciones desmedidas. Estos tres elementos funcionan en la especie humana como puntos de atracción hipnóticos que han impedido el libre flujo de las energías libres del trabajo, condensándolas en formas institucionales tiránicas. Los esfuerzos por romper estas formas dominantes por métodos violentos representan una reacción instintiva que lleva fatalmente, como lo demuestra el panorama histórico actual, a nuevas formas de organización. Ese círculo vicioso sólo puede ser roto por una profunda y general comprensión del verdadero sentido del trabajo, que no lleva a luchas y disensiones, sino a la conjunción y armonización de todas las fuentes y todos los recursos del trabajo, en los más diferenciados sectores de actividad. La proposición espírita en ese sentido, como fue en su tiempo la proposición cristiana original, encarna los más altos ideales de la especie, orientados hacia el trabajo comunitario en acción y fines.

Hegel observó, sus estudios de Estética, que la dialéctica del trabajo se revela en los reinos de la Naturaleza. El mineral es la materia prima de las elaboraciones futuras, presentándose como la concentración de las energías que constituyen las reservas básicas; el vegetal es donación pues las fuerzas del mineral se abren hacia la floración y los frutos de la vida; el animal es la vida en expansión dinámica, síntesis de las elaboraciones de los dos reinos anteriores, que dirige esos resultados al futuro, a la síntesis superior del Hombre, en el cual las contradicciones se resuelven en la armonía psicofísica y espiritual del ser humano, dotado de conciencia. Toca ahora a esa conciencia elaborar la grandeza de la Tierra de los Hombres (según la expresión de Saint - Exupéry). Parece que Exupéry, aviador, poeta y profeta, representa el arquetipo actual de la evolución humana buscando el Infinito.

Por eso, Simone de Beauvoir consideró a la Humanidad, no como la especie a que nos referimos por alegoría a los planos inferiores, sino como un devenir, un proceso de mutaciones constantes en dirección al futuro. Hoy somos todavía reflejo de los primates obtusos y violentos, antropófagos (según Tagore) devoradores de sí mismos y de sus semejantes, escarnecedores y corruptores de la condición humana.

Pero mañana seremos hombres, seres humanos que encarnarán las fuerzas naturales bajo el dominio de la Razón y de la Conciencia. Tendremos entonces la República de los Espíritus, formada por la solidaridad de conciencias de que trata René Hubert en su Pedagogía General.

Como vemos a través de estos datos, la Doctrina Espírita no nos ofrece una visión utópica del mañana, sino una precognición del hombre en su condición espiritual, sin las deformaciones teológicas y religiosas de la visión común, ataviada de supersticiones e idealizaciones superfluas.

Habiendo penetrado objetivamente en el mundo de las causas, un siglo antes de que las Ciencias Materiales lo hiciesen, la Ciencia Espírita, experimental e inductiva -y que tiene ahora todos sus principios fundamentales endosados por aquellas, en investigaciones tecnológicas y de laboratorio - no formuló una estructura dogmática de suposiciones para imaginar al hombre después de la muerte y al hombre del futuro.

La imagen que nos dio del hombre nuevo hace un siglo está hoy plenamente confirmada por los hechos. La controvertida cuestión de la sobrevivencia espiritual fue resuelta tecnológicamente de manera positiva, comprobando la tesis espírita. Falta poco para que se rompa, en las manos ya trémulas de los teólogos, la Túnica de Nessus bordada con los dogmas religiosos, que generó por todas partes angustias y desesperación.

Ahora estamos en condiciones de pensar tranquilamente en un futuro mejor para la Humanidad, en etapas mejores de su evolución. Podemos ahora integrarnos conscientemente a la gigantesca oficina de trabajos de la Tierra, preparando el camino de las generaciones venideras.

Las revelaciones ya no nos llegan gratuitamente, pues como enseña Kardec, brotan de los esfuerzos en conjunto del hombre esclarecido y de los espíritus conscientes. Los dos mundos en que nos movemos, el espiritual y el material, abrirán sus compuertas para que sus aguas se encuentren en el esplendor de una nueva aurora. Y el Sol que origina esa aurora ya no será una llama solitaria en la oscuridad total de los espacios vacíos, sino sólo una antorcha olímpica entre millones de antorchas que jalonan las conquistas futuras del hombre en la escalada sin fin de la Evolución.

Prometeo no volverá a ser sacrificado por querer robar el fuego celestial de Zeus, porque ese fuego es el mismo que resplandecerá en el cuerpo espiritual de la resurrección, que brilla en el alma humana y define su naturaleza divina.

Nos basta continuar en nuestro trabajo para tener nuestra parte asegurada en la Herencia de Dios, pues como enseñó el Apóstol Pablo, somos herederos de Dios y coherederos del Cristo.

El conocimiento es nuestra fe, la cual no se funda en palabras, sacramentos e ídolos muertos, sino en la certeza de las verificaciones positivas y en las conquistas del trabajo humano, generador constante de nuevas formas de energía para la escalada humana a la trascendencia espiritual.

3 – Solidaridad

La solidaridad espírita se manifiesta particularmente en el campo de la asistencia a la pobreza, a los enfermos y desvalidos. El gran impulso en ese sentido fue dado, desde el inicio del movimiento doctrinario en Francia, por el libro *El evangelio según el Espiritismo*, de Allan Kardec, quien trabajó silenciosamente en la elaboración de esa obra, sin decir nada a nadie. Seleccionó numerosos mensajes psicografiados, procedentes de diversos países en los que el Espiritismo ya florecía. Su intención era señalar a los espíritas un derrotero para la práctica religiosa, basándose en lo que él llamaba esencia de la enseñanza moral de Cristo.

Conociendo profundamente la Historia del Cristianismo y las dificultades con que los originales del Evangelio habían sido escritos en épocas y lugares diferentes, tanto como el problema de los evangelios apócrifos y de las interferencias mitológicas en los textos canónicos y las interpolaciones ocurridas en estos, descartó todos esos elementos espurios para ofrecer a los espíritas una obra pura, despojada de todos los accesorios comprometedores. Su trabajo solitario y abnegado nos dio una obra maestra que cuenta con millones de ejemplares incesantemente reeditados en el mundo.

No obstante, se intentó adulterarla. Fue el mayor atentado que la obra de Kardec ha sufrido en el mundo, peor que la quema de sus libros en Barcelona por la Inquisición Española. Mucho peor, porque fue un atentado proveniente de los propios espíritas, a través de una institución doctrinaria que tiene, por obligación estatutaria, que defender, preservar y divulgar la Doctrina Espírita codificada por Kardec.

La consecuencia más grave de ese hecho lamentable fue la rotura de la solidaridad espírita, la desconfianza y la amargura provocada entre viejos compañeros. El ataque de las Tinieblas a la vanidad y a la ignorancia de algunos espíritas descuidados produjo los efectos necesarios. Sirva esto de ejemplo doloroso para todos los que asumen deberes doctrinarios, creyendo que recibirán prebendas y que serán consagrados. La vanidad excitada lleva a monjes de piedra a creerse poderosos en la aridez y soledad de los desiertos.

La solidaridad espírita no es solamente interna, entre los adeptos y compañeros. Se proyecta por lo menos en tres dimensiones.

- a) en el medio social general de la comunidad espírita, más allá de los grupitos domésticos y de las instituciones cerradas;
- b) incluye a todas las criaturas vivas, protegiéndolas, amparándolas, estimulándolas en sus luchas por la trascendencia espiritual, procurando ayudarlas sin pedir nada a cambio, ni siquiera la simpatía doctrinaria, pues quien ayuda no tiene el derecho de imponer cosa alguna;
- c) se eleva a los planos superiores para unirse a Kardec y a su obra, a todos los espíritus esclarecidos que luchan por la propagación del Espiritismo en el mundo, y a Dios y a Jesús en la Solidaridad cósmica de los mundos solidarios.

En estas tres dimensiones la Solidaridad Espírita realiza, como si estuviera apoyada en tres poderosas palancas, el esfuerzo supremo de elevar el mundo, estimulando a los seres humanos hacia la trascendencia espiritual. Las mentes que todavía no alcanzaron a comprender este proceso pueden encerrarse en grupos e instituciones de tipo eclesiástico, aislándose en ambientes de madriguera, donde los espíritus mistificadores y embusteros se guarecen fácilmente. Pero en la proporción en que los adeptos así aislados, o por lo menos algunos de ellos, procuren realmente comprender la doctrina, la situación se modificará, despertando a los indolentes hacia actividades mejores.

Todo trabajo espírita es exigente y penoso, porque participa de una gran batalla: la de la Redención del Mundo, iniciada por el joven carpintero Jesús, hijo de María y de José. Esa batalla no es la de Dios contra el Diablo, el extraño ángel de luz que se rebeló para fundar el Infierno. Esa ingenua concepción de las civilizaciones agrarias y pastoriles tuvo su tiempo y su función, su efecto de control en fases de barbarie, mas no pasa de ser una alegoría inadecuada para nuestro tiempo.

Todo en el Evangelio, como Kardec demostró, desde que es separado del clima mitológico, se vuelve claro y demuestra la posición evidentemente racional del Cristo. El joven carpintero no pertenecía a la era Mitológica y cerró esa época con su paso por la Tierra y la propagación de su enseñanza. El mito se vengó de él, pues también lo transformó en mito. Por mucho tiempo, hasta nuestros días, la figura humana de Jesús figuró en la nueva mitología, en la fase romana del Renacimiento Mitológico, en la que se destacó la figura del Emperador Juliano el Apóstata, que después de aceptar el Cristianismo se apostató y se empeñó en la salvación de sus dioses antiguos. Los residuos de la mentalidad mitológica de las civilizaciones arcaicas, particularmente la griega y la romana, reaccionaron, como era natural, contra el racionalismo cristiano. De esa manera, en la mente de las poblaciones bárbaras del Imperio Romano decadente, Jesús fue transformado en un mito de la Era Agraria.

Los curas y obispos del Cristianismo naciente, todos impregnados por la carga mitológica de un largo pasado de ignorancia y supersticiones, no fueron capaces de comprender el racionalismo de las propuestas cristianas. Por el contrario, llenos de temor y espanto, contribuyeron a la deformación del cristianismo. Antes y después de la caída del Imperio, los cristianos hicieron concesiones necesarias a los pueblos bárbaros para absorberlos en el seno de la Religión Redentora. Donde quiera que los cristianos se impusieron por la fuerza del número y de las armas, las iglesias paganas eran transformadas en templos cristianos, conservándose cautelosamente las tradiciones mitológicas más arraigadas.

El ejemplo clásico y más conocido de esa táctica romana es la Catedral de Notre Dame en París, que todavía guarda en sus subterráneos los restos de un templo de la Diosa Lutecia. La diosa pagana fue conservada en el templo, mas con el nombre de Nuestra Señora, para que el pueblo ingenuo aceptase así el culto cristiano a María bajo el prestigio secular de la diosa pagana. Blavatsky recuerda que la Diosa Ceres, divinidad de la fecundación y en muchas religiones más específicamente diosa de los cereales, proveyó al cristianismo naciente una de las más conocidas imágenes de nuestra Señora en la que ella está

representada con el manto estrellado del Cielo, en pie sobre el globo terrestre: Ceres cubriendo la Tierra con su manto celeste para fecundarla.

Ese mismo proceso de transposición ocurre hoy en el Sincretismo Religioso Afrobrasileño y en las formas de sincretismo de otros países de América, donde los ritos y las figuras de los dioses o santos católicos son absorbidos por las religiones africanas transplantadas por el tráfico negrero de esclavos al nuevo continente. Jesús se volvió Oxalá, nuestra Señora se volvió Lemanyá, San Jorge se volvió Ogum (dios de la guerra,) San Sebastián se volvió Oxum (dios de la caza, etc., etc....)

Basta que leamos El Libro de hechos de los Apóstoles, en el evangelio, y las epístolas de Pablo (anteriores a los Evangelios) para que tengamos la confirmación de esa verdad histórica. En la primera epístola de Pablo a los Corintios, en el tópico referente a los Dones Espirituales, tenemos una descripción viva del llamado culto pneumático (del griego: pneuma, soplo, espíritu) las sesiones mediúnicas realizadas por los primeros cristianos y en las cuales, según las investigaciones históricas modernas, que confirman los datos de la Tradición, se manifestaban espíritus inferiores lleno de odio contra Cristo. Esas manifestaciones intimidantes fueron consideradas como diabólicas, reforzando la imagen tradicional del Diablo en la mente ingenua de los adeptos.

La lucha entre el Bien y el Mal es simplemente el proceso dialéctico de la evolución. El Mal es la ignorancia, el atraso, la superstición. El Bien es el conocimiento, el progreso, la adecuación de la mente a la realidad. Esa es la gran lucha de las cosas y de los seres, representada por la revuelta absurda de Luzbel, Ángel de luz, que se entregó a la envidia y se convirtió en adversario de Dios.

Esos símbolos de un pasado bárbaro y distante todavía prevalecen en la Tierra como residuos míticos que el tiempo va desgastando en la misma proporción en que la Cultura se desenvuelve. La Ciencia se encargó de ajustar la mente humana a la realidad terrestre, los hombres se envanecieron y se negaron a sí mismos en las ideas materialistas, colocándose por debajo de todo cuanto existe. Duro castigo que el orgullo humano todavía no ha reconocido.

La Ciencia afirma que nada se pierde en la Naturaleza, todo se transforma. El hombre aprueba eso con entusiasmo y, sin saberlo, se ríe de sí mismo, pues no comprende que sólo él no subsiste, solamente él es polvo que revierte al polvo. Esa es la verdadera caída del hombre, que se rebaja al polvo en un mundo en que todo se eleva incesantemente en la dirección de los planos superiores.

La tentación simbólica de Jesús en el desierto se asemeja a la tentación de Buda en la floresta. Es la tentación de los hombres por la fascinación de los bienes terrenales. Cuando el hombre se apega a la tierra (con t minúscula porque nos referimos a la tierra que pisamos y no el Globo Terrestre), se niega a evolucionar y es castigado por las fuerzas de la evolución, que lo impelen a salir de su cueva de insecto para alcanzar la condición existencial de su especie.

La ley de la existencia no es el polvo, sino la trascendencia espiritual. Puede el hombre andar de rodillas por las calles y las carreteras, ayunar, mortificarse, usar cilicio cuanto tiempo quiera, mas con eso no se volverá mejor. Volverá a tener reencarnaciones difíciles y dolorosas para aprender, con el sufrimiento y con la decepción, que no se busca a Dios arrastrándose sino elevándose en el amor y en la dedicación a los otros.

Las prácticas religiosas de purificación son egoístas, aumentan la miseria humana y el apego del hombre a sí mismo. Las tentaciones que sufrimos no vienen del Diablo, sino de nosotros mismos, de nuestra ignorancia y de nuestro apego hipnótico a los bienes perecederos de la vida terrenal. El Diablo es el ogro traganiños de los adultos, el espantajo de los supersticiosos.

Giovanni Papini, escritor católico italiano contemporáneo, en su libro IL DIABOLO, escandalizó al Vaticano, pregonando la conversión del Diablo. No podía admitir ese mito impío en su teología. El Padre Teilhard de Chardin, en sus estudios teológicos, negó la condenación eterna del Diablo. El Espiritismo se limita a señalar la naturaleza mitológica del Diablo y a demostrar, práctica y lógicamente, la imposibilidad de la caída del Angel Luzbel.

La evolución espiritual es irreversible. El espíritu que se elevó al plano angelical no puede retroceder, no puede tener envidia ni otros sentimientos humanos. El ángel malo es una contradicción en sí mismo, pues la Angelitud es la condición divina que el espíritu busca y alcanza en la existencia.

La lucha del hombre para transformar el mundo es la lucha del hombre consigo mismo, pues es él quien hace el mundo, y lo hace a su imagen y semejanza. Dios creó la Tierra y todos los mundos del espacio, pero dio cada mundo a los hombres que los habitan, para que ellos aprendan su oficio paterno de Creador, intentando crear el mundo humano que les compete.

Es evidente que existe el mundo físico, material, en que nacemos, vivimos y morimos. Y es también innegable que, sobre ese mundo físico y con sus materiales, los hombres han construido un mundo diferente, hecho de artificios humanos. El mundo material y su contraparte espiritual (que los científicos comienzan a descubrir como antimateria) constituyen el mundo natural. Mas sobre ambas partes de ese mundo natural los hombres construyen sus mundos ficticios.

Cada Civilización es un mundo imaginario que el hombre construyó con su trabajo, modelando en arcilla y piedra sus sueños y sus ilusiones. Esos mundos artificiales son el reflejo de las ideaciones humanas en la materia. Nosotros los creamos, alimentamos, desenvolvemos, dirigimos y matamos. Los mundos bárbaros creados en la Tierra eran ingenuos; los mundos civilizados, presentan una gradación que refleja la evolución humana, viniendo desde las civilizaciones agrarias, fantaseadoras y alegóricas, hasta las grandes civilizaciones orientales, masivas y arrogantes y las Civilizaciones Teocráticas, míticas y supersticiosas; llegando a las Civilizaciones Científicas, politeístas y pretenciosas, que se transforman en Civilizaciones Tecnológicas, materialistas y conflictivas y que

morirán para dar lugar a la Civilización del Espíritu, en la búsqueda cultural de la Trascendencia.

Según Toynbee, más de veinte grandes civilizaciones ya existieron en la Tierra. Ahora está surgiendo ante nuestros ojos y bajo nuestros pies una Nueva Civilización, la del Espíritu, que podemos llamar Cósmica o Espiritual. Es para preparar el advenimiento de esa Civilización del Espíritu que el Espiritismo surgió. Nada adelantamos con querer hacer del Espiritismo una religión dogmática, cargada de misticismo tonto o de materialismo alienante.

Las nuevas generaciones que se encarnan para realizarlo no temen a Dios ni al Diablo, simplemente confían en los planes irreversibles de Dios, que se ejecutan según las leyes de la conciencia humana en relación telepática permanente con las entidades angelicales al servicio de Dios. El Espiritismo es la Proposición de Dios, ratificada por los Espíritus Superiores, para la transformación y elevación de la Tierra.

EL PROBLEMA DE LAS MISTIFICACIONES

Durante un siglo se hizo todo lo posible por reducir el Espiritismo a un asunto de trucos y malabarismo. La Iglesia insistía en la tesis diabólica. Y los científicos que se atrevían a enfrentar la cuestión con seriedad eran ridiculizados, amenazados y perseguidos. Se creó el prejuicio negativo de la doctrina y una imagen falsa de Kardec. Todos los grandes médiums, inclusive Daniel Douglas Home, que nunca fue espírita, eran sistemáticamente calumniados. Científicos eminentes como Charles Richet, William Crookes, Frederic Zöllner, Russell Wallace, Srenk - Notzing y tantas otras incontestables luminarias de la Ciencia, fueron sometidos a ataques feroces.

En 1935 Richet murió y los enemigos de la verdad, cebados con las ganancias de la mentira, proclamaron por todas partes que, con el gran fisiólogo francés, Premio Nobel de Medicina, moriría también la Metapsíquica, la goecia moderna, la ciencia monstruosa de profanación de las tumbas. No sabían los sabihondos que antes de morir la Metapsíquica ya se había reencarnado en la Universidad de Duke (USA) en un nuevo cuerpo y con el nuevo nombre de Parapsicología. Los Profesores Joseph Banks Rhine (americano) y William McDougal (inglés) eran los fundadores de esa escuela científica para la investigación de los fenómenos espíritas. Con recursos técnicos de experimentación, aplicando el método cuantitativo bajo el control estadístico de los resultados, la Parapsicología rompió, en diez años de luchas y trabajos exhaustivos, todas las barreras del prejuicio, de la ignorancia y de intereses comprometidos subalternos, y se ganó el reconocimiento universitario mundial, consiguiendo incluso penetrar la cortina de hierro del materialismo soviético y despertar el más vivo interés en la URSS y en toda su órbita de influencia.

Ante esa victoria aplastante los adversarios cambiaron de táctica y pasaron a tratar también del asunto; pero, para reducirlo a los mínimos efectos posibles. El problema de los fraudes y mistificaciones murió por sí mismo, ante las nuevas posibilidades del control absoluto de las investigaciones. Esa última hija del Espiritismo, la Parapsicología, fue impugnada por todos como si no tuviese lazo de familia alguno, o por lo menos una relación mínima, con la Astronáutica, que, habiéndose interesado por sus poderes, la transformó en su valiosa auxiliar para la conquista del Cosmos.

La Física, dictadora de las Ciencias (según Rhine), confirmó la veracidad de sus audaces propuestas, al descubrir la antimateria y con ésta un nuevo espacio que se abría hacia el Otro Mundo; los rusos descubrieron el cuerpo bioplásmico de la sobrevivencia del hombre a la muerte, y los que investigaban la reencarnación tomaron cuenta de los hallazgos del mundo científico.

Ya no es posible negar la verdad espírita. ¿Dónde están los tramposos que amarraban paños a las patas de las mesas y fotografiaban esa ridiculez para presentar la famosa danza de las mesas como el fraude más grosero e indigno que se pueda imaginar? ¿A dónde huyeron los teóricos y los fantasmas de cartón y de las alucinaciones visuales? Todo eso se volvió tan ridículo ante la evidencia científica de la verdad, que hoy solamente los predicadores

religiosos de arrabal y los pastores estúpidos de la salvación todavía se atreven a gritar frente a sus asambleas de fanáticos que el Espiritismo es un instrumento del Diablo. Pero, desgraciadamente, los mismos espíritas ignorantes, (muchos de ellos disfrazados de científicos desconocidos), se encargaron de atizar el fuego muerto de viejas mistificaciones intentando crear un antiespiritismo de orientación materialista - mecanicista, cargado de contradicciones internas y de todas las incongruencias características de aficionados sin preparación.

Al mismo tiempo, extrovertiendo las contradicciones internas, surgieron de la mezcla con el cientificismo insolente, - que consideraba a Kardec superado y sus teorías llenas de polvo brotando del suelo como las herejías en tiempos de Tertuliano, extrañas floraciones de concepciones arcaicas, más viejas que el Reino de Saba, corrompidas por alucinaciones, locuras sin sentido y con olor a azufre. El Espiritismo regresaba, en las manos de los falsarios, unos ingenuos y otros vanidosos, a las pretensiones de la alquimia medieval. Fue en esa fermentación espuria que estalló la adulteración, elaborada en secreto y a puertas cerradas, como los asesinatos a puñaladas en los templos de Venecia durante la Edad Media.

Procuramos dar a este episodio los colores necesarios con las expresiones y las comparaciones más adecuadas, porque es de gran importancia en la Historia del Espiritismo, lo que equivale a decir en la Historia de la Evolución Espiritual de la Tierra. El atentado a Kardec y a Jesús, a la Doctrina Espírita y a la Verdad Evangélica estaba consumada. Y en los treinta mil ejemplares de El Evangelio Según el Espiritismo, que la Federación del Estado vendió pródigamente a lo ancho y a lo largo de todo el Brasil, bajo el prestigio de su nombre y de su pasado, salieron impresos, para que todos lo leyesen y aplaudiesen, los esquemas del vandalismo planeado y ya iniciado, que abarcan toda la obra gigantesca de la Codificación. Y no hubo ninguna erupción volcánica en el medio espírita contra esa insolencia sin límites, a no ser la de un grupo pequeño y pobre. En el silencio mortal que se hizo por todo Brasil, el único rumor siniestro era el del Velo del Templo que se rasgaba solo de arriba a abajo, en el salón vacío de la antigua dignidad espírita.

Todo eso resulta de las mistificaciones, no las ingenuas, tontas mistificaciones de las sesiones de materialización, a que se daba tanta importancia en el pasado y que hoy sólo podrían ocurrir entre individuos desactualizados e incapaces de tratar del asunto. Las mistificaciones realmente peligrosas son las doctrinarias, y esas proceden siempre de una confabulación de hombres y espíritus.

Muchas Centros Espíritas comenzaron a deteriorarse cuando se entregaron a la orientación de supuestos maestros espirituales. De ahí en adelante, en una secuencia natural, se inflaron con doctrinas propias, llegando algunos a retirar de sus cursos las obras de Kardec, fundando escuelas medio eclesiásticas y medio esotéricas, instituyéndose una gimnástica de pases clasificados y maniobrados al estilo de las antiguas escuelas magnéticas, creando órdenes especiales al estilo de las congregaciones marianas, llegando al colmo de declarar en artículos periodísticos que su línea doctrinaria no era ortodoxa, sino heterodoxa, lo cual

quiere decir que no seguían la doctrina cierta de Kardec, sino una mezcla de doctrinas espiritualistas.

Todo el trabajo de Kardec, superando al espiritualismo infuso y confuso del pasado para establecer una línea racional de espiritualidad superior, iba cuesta abajo. Y nadie se percibía de eso, y aplaudiendo a quienes no habían conseguido entender a Kardec y, por eso, pasando sobre él apartaban su obra como un obstáculo, un vejestorio secular que estorba. Esto fue la prueba inexorable de la miseria cultural de los espíritas, de su completo desconocimiento de la doctrina y de su falta de orientación histórica y filosófica. Nunca los espíritus mistificadores habían hallado campo más vasto, fecundo y propicio para la deformación total de la Doctrina Espírita, para apartarla de la Tierra justamente en esta hora grave y aguda de transición por la que pasamos.

El problema de las mistificaciones es permanente en los mundos inferiores como el nuestro. Las criaturas incultas y groseras forman la mayoría de la población de esos mundos. Es evidente que la población desencarnada, espiritual, que vaga por las esferas circundantes del planeta es de la misma naturaleza. Allá, como acá abundan los espíritus vanidosos, sistemáticos (como advirtió Kardec), empeñados en transmitir sus ideas a los hombres.

Las uniones por afinidad forman las conspiraciones de hombres y espíritus que se creen capaces de enseñar verdades absolutas. Basta la arrogancia visible, aunque disfrazada a veces con una falsa humildad, para mostrar a los observadores sensatos a que orden y grado de la escala espírita pertenecen esas criaturas confabuladas. De los negligentes nada se puede esperar. Se dejan llevar fácilmente y sirven de instrumentos dóciles a todos los mistificadores.

Es contra eso que todos precisamos luchar sustentando firmemente la Obra de Kardec, que es, ciertamente, el cumplimiento de la promesa del Consolador, la obra del Espíritu de la Verdad. Ese es uno de los puntos clave de la doctrina. Quien no lo comprenda y no medite sobre él estará siempre expuesto a servir de instrumento a los mistificadores del más allá y del más acá. Restablecer la enseñanza del Cristo en su pureza es la función del Espiritismo. Solamente la Doctrina Espírita tiene cualidades necesarias para eso. Porque la revelación espiritual, confirmada por las investigaciones y estudios de Kardec, nos muestra que el Cristo no vino a fundar una religión, sino a establecer los fundamentos de una nueva civilización. Su enseñanza presenta en forma sintética las tres coordenadas doctrinarias: Ciencia, Filosofía y Religión (Moralidad), que Kardec desarrolló con la ayuda constante del Espíritu de la Verdad.

Hay una tesis del Dr. Canuto de Abreu que pretende contrariar esa verdad histórica suficientemente comprobada por las comunicaciones insertadas en Obras Póstumas de Kardec y demostrada a lo largo de toda su obra. Los estudiosos precisan prevenirse contra esas celadas de la enorme y tumultuosa bibliografía espírita. Parece que esas tesis vienen ya marcadas por sus absurdos y su incongruencia.

Veamos bien la mecánica del proceso histórico para que podamos comprender la cuestión. Oliver Lodge y León Denis sustentaron vehementemente la tesis de Kardec, pues ésta nos

presenta al Espiritismo como una síntesis conceptual de toda la realidad. Lo cual quiere decir que la doctrina abarca en su concepción toda la realidad accesible al conocimiento humano. Las conquistas actuales de la Ciencia y de la Filosofía y las reformas en curso de las iglesias dan entera razón a esa interpretación del Espiritismo. Coloquemos el problema en un esquema para hacer más claro cada uno de sus aspectos.

a) El conocimiento de la realidad se lleva a cabo en el contacto del hombre con el mundo. Desde los tiempos anteriores a la Civilización el hombre lucha sin cesar para dominar a la Naturaleza. Ese dominio sólo es posible por el descubrimiento de las leyes naturales.

Pero ese descubrimiento exige del hombre la lucha contra él mismo. Porque el hombre es un espíritu acondicionado por la encarnación, metido en un cuerpo de percepciones animales. El hombre está sujeto a su sensorio, esto es, a la red de sus sentidos físicos que sufren continuamente el impacto de una realidad externa y extraña a su naturaleza íntima. Los sentidos le dan la percepción de las cosas, pero él elabora esa percepción en su mente, influido por los recuerdos espirituales (la reminiscencia platónica del mundo de las ideas), y al formar en su espíritu los conceptos de la realidad mediante el proceso de abstracción, desarrolla su poder imaginativo.

Los conceptos son imágenes mentales de cosas y seres concretos, pero a esas imágenes se mezclan los elementos provenientes de los deseos y ansiedades del hombre. La realidad del hombre es diferente de la realidad natural concreta, como aseguró Descartes al demostrar que la imaginación avanza más allá de la razón. De estos avances surgen las deformaciones de lo real y, como consecuencia, la falsificación del conocimiento. Todas las teologías sufrieron de ese mal y toda la cultura religiosa del mundo se desligó de la realidad. Iglesias, órdenes espirituales, hermandades secretas se impregnaron de elementos ilusorios, de suposiciones consideradas como verdades fundamentales, etc., etc. La cultura mitológica del tiempo de Jesús, que abarca incluso hasta al judaísmo aparentemente hostil al mito, pero de hecho envuelto en una mitología grosera, estaba desligada de la realidad, fluctuando entre el mundo del espíritu y el mundo de la materia. Yavé el Dios de Israel, se asemejaba al Zeus griego o al Júpiter Romano en su ira, en su protección exclusiva a un pueblo, en el gusto por los homenajes y las reverencias, en el placer de aspirar las carnes asadas y en la voluptuosidad por la sangre de los animales y de los hombres.

b) Tal vez la única ventaja de Israel sobre los pueblos de la época fuese precisamente la desventaja de su excesivo sociocentrismo, el egoísmo racista que atravesó los milenios y se conservó incluso hasta en la diáspora con la misma dureza del legendario diamante Schamil que Moisés habría usado para escribir en piedra sus Diez Mandamientos, Las Tablas de la Ley. Porque fue de esa centralización del ego que surgió la posibilidad de la aparición de la primera nación monoteísta del mundo.

Yavé no tenía cualidades, por su exclusivismo racista, para transformarse en el Dios Único, pero el pueblo judío lo aceptó como tal porque eso agradaba a sus pretensiones de superioridad racial, social y política. El pequeño dios era intrigante e incluso alcahuete de las tribus hebreas, rabioso, parcial y contradictorio; castigaba con la lepra a los que censuraban a su amado Moisés, y en el Decálogo al autorizar a su protegido a realizar la

bárbara matanza del Sinai, reveló un espíritu rencoroso de jefe tribal y un exhibicionismo arrogante en el trato con los pueblos extraños. Por otro lado, no disponía de poder para impedir los ataques de pueblos más fuertes y aguerridos que sus pupilos, a quienes egipcios y babilonios, asirios y romanos conquistaban y sometían a la esclavitud. A pesar de eso, el pueblo judío se mostró capaz de soportar todas las derrotas y decepciones sin perder la confianza en su Dios.

Esa virtud estoica y esa fidelidad interesada, alimentada por un proteccionismo escandaloso, y el valor y la tenacidad que demostraron en todas las circunstancias, dieron a Yavé una posición excepcional. No fue Dios, en este caso, quien salvó al hombre, sino el hombre judío quien salvó al pequeño dios fanfarrón que le dio la Tierra de Canaá, en una donación injusta ilegal y bárbara, en la que los beneficiarios tuvieron que conquistar su regalo en batallas alucinantes. Verdadero regalo griego, que costó sacrificios y pérdidas irreparables a los judíos engañados.

En verdad Yavé no dio nada, pues fueron Moisés y Josué los que conquistaron a los canaanitas, una nación tradicional, de estructura feudal y cultura desarrollada. Fue una conquista militar largamente preparada, durante los cuarenta años de expectativa angustiada en el pequeño desierto de Sinaí, mediante asaltos y pillajes a los pueblos vecinos. La destrucción de Canaá fue uno de los más bárbaros genocidios de la Historia. Y sobre la tierra ensangrentada, cubierta de cadáveres, el pueblo engañado construyó sus monumentos al dios truculento, erigiéndole el Templo de Jerusalén con altares especiales para sacrificios de animales que Yavé no podía comer, pero de cuyos vapores se alimentaba aspirándolos por sus narices divinas.

Durante dos milenios se consideró el nacimiento de Jesús en Israel como una confirmación de la grandeza de Yavé. Mas esa grandeza era sólo una fantasía, pues ni desde el punto de vista humano, a la luz de los sentimientos de justicia y de los principios éticos, se podría destacar un sólo gesto de grandeza en la actitud brutal de Yavé. Hoy, a la luz de los principios espíritas, podemos comprender esa verdad atemorizante, grabada con fuego en las páginas de la misma Biblia.

c) Yavé era solamente el espíritu orientador del clan arrogante y ávido de ganancias de Abraham, Isaac y Jacob en la vieja ciudad mesopotámica de Ur. Un guía espiritual de inferioridad innegable, dios guerrero como los de Atenas y Roma, que se sirvió de la mediumnidad extraordinaria de Moisés y de los Ancianos en el desierto, para materializarse entre aventureros rudos e ignorantes, en las humaredas de ectoplasma que envolvían en nubes temibles la tienda del desierto. En esas manifestaciones entonces inexplicables, Yavé hablaba cara a cara con su siervo Moisés, dándole el prestigio necesario para la consecución de sus planes de conquista sanguinaria.

Las investigaciones sobre esos fenómenos mediúmnicos han descubierto el misterio. Los estudios de Max Fredon Long y André Lang, entre las tribus salvajes de la Polinesia descubrieron el uso de mana u orenda, fuerzas mágicas que Richet explicó racional y científicamente como emanaciones orgánicas del cuerpo del médium, y que los rusos comprobaron recientemente que está constituida por un plasma físico formado por

partículas atómicas libres. Yavé, el Dios Supremo y Unico, únicamente se servía de los mismos elementos mágicos empleados por los pueblos primitivos en sus contactos con los espíritus.

Ese mismo elemento, que en su expansión manifiesta olor a ozono, fue considerado en las manifestaciones de la Edad Media como explosiones de azufre. Frederic Zöllner demostró, en la Universidad de Upsala (Alemania), que ese elemento, el ectoplasma, puede producir explosiones violentas, rayos y relámpagos, causando destrucciones tan poderosas como la dinamita. Estas pruebas científicas modernas pueden también explicar las manifestaciones ígneas atemorizantes del Monte Sinaí, en el momento en que Moisés hablaba con Yavé y éste se le aparecía en forma de zarza ardiente, según El Génesis.

Ante estas verificaciones, se comprende la preferencia de Jesús por Israel. Y se nos presenta como el mayor milagro de Jesús el que lograra utilizar al pueblo judío, acostumbrado ya a esas manifestaciones mediúmnicas, en el desenvolvimiento de su misión mediúmnica de implantar en la Tierra el concepto del Dios único en el plano social, transformando a Yavé en una imagen alegórica de Dios.

La unicidad y universalidad de esa concepción fue obra exclusiva de Jesús, que vio la posibilidad de hacer de Israel el centro de expansión del monoteísmo que, al mismo tiempo que negaba la multiplicidad de dioses mitológicos, repudiaba el orgullo sociocéntrico de Israel. He ahí el porqué de las contradicciones profundas e insalvables entre el Dios iracundo de la Biblia y el Dios ético, justo, providencial y universalmente paternal de los Evangelios.

La fusión absurda de esos dioses antagónicos en el cristianismo se explica por la incompreensión inicial y la deformación posterior de las enseñanzas de Jesús, a través de las luchas brutales y sanguinarias entre las sectas cristianas de los primeros tiempos. Los hombres recibían las palabras del Mesías en la medida de sus posiciones contradictorias. Las condiciones del tiempo eran propicias al fanatismo y la Historia imparcial, escrita por investigadores universitarios independientes, nos revela el panorama de pasiones exacerbadas en medio de los intereses políticos y sociales más diversos, que llevaban a facciones violentas a cometer los crímenes más repugnantes.

El Cristianismo que llegó a nuestros días, a través de iglesias cristianas de occidente y de oriente, es la herencia trágica de las profanaciones. Los textos evangélicos hablan por sí mismos, particularmente en las epístolas de Pablo y en El Libro de los Actos de los Apóstoles, de lo que fueron las disenciones en el mismo medio apostólico. Ni siquiera la Resurrección de Cristo, que Pablo explicó de manera clara y definitiva, llegó a ser comprendida. El culto pneumático de manifestaciones de espíritus fue suprimido; la simplicidad libre de las asambleas cristianas fue inyectada con elementos complejos de los cultos religiosos paganos y judíos; la comunión memorable del Cristo con los discípulos a través del pan y del vino -practicada en las cenas cristianas y aún mucho antes en los cultos canaanitas - fue transformada en sacramento adulterado por la magia de la transubstanciación; expresiones evidentemente alegóricas se volvieron dogmas indiscutibles motivando matanzas aterradoras.

La comparación sencilla y enternecedora encerrada en la expresión Cordero de Dios, referente a sacrificios de corderos en los altares del Templo para purificarlo de pecados fue transformada en misterio sagrado que encubrió muchos crímenes nefandos; la resurrección en el cuerpo espiritual se volvió resurrección absurda en el cuerpo carnal, de modo que Tomás, el apóstol incrédulo, tocó las llagas del Cristo manifestado mediúmicamente creyendo tocar el cuerpo material ya sepultado; María se transformó en una de las muchas vírgenes madres de la Antigüedad de que trata Saint'Ives en un libro excomulgado; José pasó de padre a padrastro, situación equívoca; y Dios perdió nuevamente su unidad al dividirse, misteriosamente, en tres personas distintas y un sólo Dios verdadero.

Sólo por milagro la definición de Juan: Dios es Amor sobrevivió a ese terremoto, con la pureza ingenua de una flor entre las ruinas. No es posible comprender como fue eso posible en medio del entrecruzamiento de garras y rabos peludos, oliendo a azufre, que luchaban para oscurecer el Cielo y ensangrentar la tierra. Los errores de los copistas, las adulteraciones conscientes de los intérpretes sectarios, las substituciones ingenuas de reformistas ignorantes pasaron alrededor de esa definición de Dios sin alcanzarla.

Lo más espantoso es que esas interferencias criminales no han cesado hasta hoy. Las pretendidas actualizaciones del lenguaje de los viejos textos prosiguen en nuestros días, con las ediciones deformadas de la Biblia por las instituciones guardianas de su pureza. Se creó el dogma de la Palabra de Dios para el viejo libro judío, digno de respeto histórico, pero las vestales de los textos prefieren las palabras de los hombres, mutilando, distorsionando, estropeando el verbo divino en cada nueva tirada de la Biblia. Si Dios habló, los hombres lo corrigen, porque Dios todavía no ha aprendido a someterse a los caprichos formalistas de las iglesias. Pues incluso con esa permanencia inquietante de la censura humana la definición de Juan aún no ha sido alterada.

Los adulteradores espíritas de Kardec se mostraron de una gran ignorancia. Lo que hicieron con El Evangelio según el Espiritismo es aterrador. Deformaron, cortaron, convirtieron el texto lógico del maestro en algo incongruente y contradictorio. Ni siquiera trataron con indulgencia las más bellas y poderosas frases de Jesús, como: Amad a vuestros enemigos, que redujeron a esta vergüenza lingüística: Amad a los que no os aman. De los elocuentes mensajes de Lázaro extraían las figuras expresivas y viriles como: Nosotros os haremos avanzar con la doble acción del freno y de la espuela, (tal vez por estar ya sintiendo las espuelas en las ingles). Castraron los textos como si fuesen eunucos destinados a servir en los harenes de viejos y trémulos sultanes.

Todas esas formas de mistificaciones, generalmente al servicio de intereses humanos subalternos, están presentes en todas las culturas y en todas las religiones, porque la mistificación es propia tanto del hombre encarnado como del desencarnado. En la inferioridad visible y palpable de nuestro mundo los mistificadores pululan en el plano espiritual colindante a la Tierra y en la propia corteza planetaria. En las escrituras sagradas de todas las corrientes espiritualistas y de todas las religiones podemos encontrar e identificar diversos tipos de mistificación.

Kardec fue el único en establecer un método seguro para prevenir las mistificaciones. Pero los mistificadores se sirven de la vanidad humana para infiltrarse en las instituciones doctrinarias, donde siempre encontramos criaturas ansiosas de novedades que superen la obra del maestro. El Espiritismo es una cuestión de buen sentido, como escribió Kardec, pero las criaturas insensatas están por todas partes. Es preciso que mantengamos constante vigilancia en nuestros estudios para no caer en las mistificaciones que nos llevan a corromper y envilecer la doctrina.

Bastaría un poco de humildad para que veamos, como enseña Kardec, la punta del rabo del mistificador, que siempre aparece en los textos mentirosos o ilusorios. La mistificación se alimenta de vanidad y pretensiones, de ese orgullo infantil del que no se libran ni siquiera las personas ilustradas. Muchas veces, por el contrario, las personas ilustradas no pasan de ser analfabetas ilustres, más expuestas por su vanidad pueril a la mistificación, que las personas humildes pero dotadas de buen sentido. Kardec tiene razón al afirmar que el buen sentido y la humildad son preventivos de la mistificación. Ningún espíritu nos mistificaría si nosotros mismos ya no estuviéramos mistificándonos por voluntad propia.

Los médiums disponen de varios recursos para evitar las mistificaciones.

- orar y vigilar, mantener su fe racional en Dios y en los Espíritus Superiores;
- confiar en sus protectores espirituales;
- leer todos los días por lo menos un pasaje de El Evangelio Según el Espiritismo;
- mantener la mente aireada y serena, sin temores inútiles;
- alimentar pensamientos altruistas, es decir, en favor de otros, evitando ideas de grandeza;
- rechazar a los espíritus que les prometen revelaciones y a los que pretenden contarles lo que fueron en otras encarnaciones;
- apartar de su mente cualquier idea de maldad contra otros;
- ahuyentar odios y resentimientos;
- no querer volverse ángeles de un momento a otro;
- vivir como todas las criaturas pacíficas y dignas, cumpliendo sus deberes sociales y morales, sin creerse jamás superiores a los otros;
- soportar las dificultades de la vida sin reclamaciones, dando más atención a las necesidades de los demás que a las suyas propias;
- hacer todo el bien posible a su alcance, sin exageraciones y teniendo siempre a la vista que no debemos acobardarnos ni acobardar a otros, pues todos tenemos que vivir nuestras propias experiencias;
- evitar disputas sobre opiniones;

- no admitir interferencias de dinero o lucros de ninguna especie en sus actividades mediúmnicas. Todo eso se resume, como vemos, en caridad, humildad y honestidad. El médium y el Espírita que sigan esos principios estarán vacunados contra la mistificación, con tal que no se crea que estará libre de ser mistificado; porque la simple idea de tener ese privilegio puede ser la puerta que se les quede abierta y por la cual la mistificación entrará con facilidad.

El mayor caso de mistificación, capaz de llevar a cualquier persona a la fascinación, es la obra Los Cuatro Evangelios de Jean Baptiste Roustaing, que la Federación Espírita Brasileña tomó como fundamento para su orientación doctrinaria. La mistificación es tan evidente en esa obra que una persona sencilla, pero de buen sentido, enseguida la percibe. Pero como se apoya en los residuos mitológicos y místicos de nuestra formación religiosa tradicional, continúa haciendo sus víctimas entre nosotros a través de los años.

En esa obra, Jesús es transformado en un mistificador que fingió nacer, pero no nació, fingió mamar, pero no mamó, fingió morir en la cruz, pero no murió; fingió resucitar, pero no resucitó, pues era agénere, una criatura no generada, una simple aparición tangible, que hizo planes en el espacio para encontrarse en la Tierra con María Magdalena. Y esto es solamente una parte mínima del inmenso ridículo en que esa obra de las tinieblas procura sumergir la Doctrina de los Espíritus Superiores. Las obras de Ramatís constituyen el segundo caso de mistificación en nuestro movimiento espírita, divergiendo de aquella en algunos puntos y presentando otras novedades absurdas.

La obra La Vida de Jesús Dictada por él Mismo, recibida en Alemania y completada en la Argentina, donde existe una institución espírita para mantenerla, divulgarla y defenderla es otro caso típico de mistificación en gran estilo, que ha engañado a multitudes de personas. En esa obra vemos a Jesús presentarnos en sus memorias una declaración extraña sin comienzo y sin fin y con la deformidad propia de un texto del Corán de Mahoma. Habla Jesús: “Mis hermanos, escuchad el relato de mi vida terrestre como Mesías.”

A continuación, el libro nos cuenta las primeras peripecias de Jesús después de la muerte de José su padre, su ida a Jerusalén y la entrega de los negocios de la familia a manos extrañas. Jesús se dice el más viejo de los nueve hijos de José y María. Describe la vida tranquila que llevara en Nazaret, pero lamenta que sus ideas mesiánicas lo hayan llevado al camino peligroso. Se refiere a los fundamentos de la Ciencia Kabalística que aprendió; cuenta que después de la muerte del padre se envolvió en Jerusalén con grupos subversivos y se volvió agitador político. En ese ritmo de cuento a lo Jack London, el libro alcanza la fase mesiánica de Jesús.

El autobiografista proclama: “Mi obra era santa, porque era la obra del Padre; mi misión no era de odio, sino de amor.” Un libro mediúmnicó sin ninguna base histórica sin nada de nuevo con respecto a la interpretación de la figura histórica de Jesús, sin ninguna marca de época, calcado de situaciones actuales, desprovisto de la mínima verosimilitud y que, sin embargo, a pesar de su volumen de cerca de 400 páginas, no pesa nada en la balanza de la Historia. Mistificación evidente y sin defensa posible.

¿Cómo pueden espíritas ilustrados, inteligentes, perspicaces, aceptar ese relato de flaca imaginación como autobiografía del Cristo, del asombroso personaje histórico que transformó el mundo con sus ideas, vagamente recopiladas en el Logia de Jesús? (Anotaciones fragmentarias de sus enseñanzas morales, que son las frases y expresiones que han jalonado el desenvolvimiento humano a partir de sus prédicas.)

Ese es el éxito de la mistificación - hacer pasar como verídicas las más infundadas aberraciones. Pero no se piense que el triunfo es de la mistificación en sí. Por el contrario, es de los que se dejan mistificar, de los que desean engañarse y para eso alimentan su buen sentido en los bancos de cambio de la imaginación. Esas criaturas ansiosas de lo maravilloso, no encontrando lo que desean en las investigaciones y en los estudios serios, aceptan emocionadas los mayores absurdos.

Es un curioso mecanismo de compensación interior el que lleva a los lectores de esas falsedades ingenuas a considerarlas como verídicas. El anhelo de novedades maravillosas es en ellas más poderoso que el raciocinio de que disfrutan y que saben aplicar a las cosas de la vida diaria, pero fracasan al aplicarlo a la ilusión, pues éste les exige el descubrimiento de los secretos a cualquier precio. Es el mismo caso de las obsesiones en que el apego del obsesionado al obsesionador es lo que da fuerzas a éste para actuar sobre aquel. El mismo caso de los viciados que, aunque conocen las consecuencias del vicio, no pueden abandonarlo, pues sin él la vida perdería gusto y sentido.

Una fase poco o nada conocida de los procesos esquizofrénicos. Un área en que la Psicología Espírita tiene mucho que trabajar. Pero no es sólo en el Espiritismo donde eso sucede. La naturaleza es una sola en todas partes. En el Corán de Mahoma la mistificación es tan transparente como en el caso citado antes. El mistificador cubre sus deficiencias con el manto embriagador o aturdidor de la fantasía. Y se sirve de afirmaciones enfáticas, de frases altisonantes para impresionar mejor a los que desean ser engañados. Todo El Génesis bíblico se reviste de ese mismo aspecto.

El episodio del nacimiento de Jesús, en el Corán, es al mismo tiempo anecdótico, pintoresco e impresionante. María recibe la anunciación del Ángel, que le ordena huir al desierto. José fue enteramente excluido de esa historia de Las mil y una noches en la que un viejo carpintero nada tenía que hacer. La joven virgen huye de la casa de los padres y se dirige a una datilera solitaria en medio del arenal. Allí se acuesta y un Ángel le enseña cómo proceder. Al mismo tiempo, hace correr un hilillo de agua al pie de la datilera. Cuando ella tiene hambre le basta sacudir el árbol y los frutos maduros caen. Nace su niño y el ángel le ordena volver a su casa. Allí, la familia la reprende, pero ella tiene al niño Jesús en los brazos. María cuenta lo que le pasó y el niño recién nacido lo confirma. El espanto es general y todo se arregla. La ingenua historia es simple ideación mistificadora, pero la palabra del Profeta es suficiente para transformarla en realidad histórica.

El islam nació del tronco bíblico; es una especie de sombra judaica proyectada sobre Arabia. Las figuras bíblicas de Abraham, Isaac y Jacob aparecen deformadas en esa proyección. Era natural que María y Jesús también aparecieran así. Pero tenemos en esa proyección conceptual una especie de intuición profética antimitológica. El nacimiento bajo

una datilera en el desierto devuelve el acontecimiento real a su sencillez verdadera. Queda el mito del Ángel Gabriel, pero éste corresponde a la realidad subjetiva de la inspiración de Mahoma. El hecho de que el niño Jesús hablara precozmente no es mitológico, pues puede incluirse en las posibilidades de la precocidad natural.

Es importante recordar que el islamismo revela mayor tendencia hacia la realidad figurada que hacia el mito. La exclusión de José y los cuidados del Ángel con María parecen indicar al Ángel como padre del niño, en vez del Espíritu Santo. Un análisis profundo de ese episodio del Corán, que establece una relación genética entre el islamismo y el cristianismo, puede revelar mayores significaciones en la perspectiva histórica. La mistificación religiosa proviene muchas veces de exigencias lógicas en un proceso histórico de sucesos complejos y cuyas líneas se tornaron indefinidas con el tiempo. Ese es un problema de la Parahistoria, nueva área de interpretación histórica nacida de las conquistas actuales de la Parapsicología, y que por eso mismo interesa de cerca a los espíritas.

Mahoma ha sido generalmente considerado como un mistificador, pero en verdad era un médium, un paranormal que, según Emmanuel, tenía la misión, en la que fracasó, de forzar el retorno de la Iglesia de Roma a la realidad histórica. El fracaso del Profeta Árabe provino de su excesivo apego a la materia, en virtud de su fuerte vitalidad. Por eso Dante lo colocó en el infierno con el vientre rasgado y los intestinos cayendo fuera del vientre, condena típica para los excesos de sensualidad.

Todos esos elementos son importantes para una reinterpretación del conjunto religioso histórico formado por el triángulo bíblico Judaísmo -Cristianismo - Islamismo. Toca a las instituciones culturales espíritas analizar en el futuro estos problemas referentes al proceso de la evolución de la humanidad terrestre. El alfanje islámico aún guarda los secretos del Creciente Lunar, que pueden todavía dar más luz que el Sol sobre la condición humana.

AMOR, SEXUALIDAD Y CASAMIENTO

En el Espiritismo el problema del amor implica la relación directa del hombre con Dios. Creador y criatura se religan en el desarrollo humano de la ley de adoración. Cuanto más el hombre desarrolla sus potencialidades existenciales, su potencial óptico, más se aproxima a Dios, más lo siente y más lo comprende. Nunca hubo ni podrá haber un rompimiento total y definitivo entre el Creador y su criatura. En el mismo dogma de la caída, la expulsión del hombre de la presencia de Dios es solamente temporaria. Por eso el Espiritismo es Religión, mas no es Iglesia.

La diferencia entre Iglesia y Religión es la misma que existe entre el alma y el cuerpo. El hombre pierde el cuerpo en la muerte, pero no pierde el alma. La Religión anunciada por Jesús no posee cuerpo, es alma pura, que sobrevive por sí misma. En el diálogo con la mujer Samaritana, Jesús despreció el Templo de Jerusalén y el Templo del Monte Gerasin refiriéndose solamente a la Religión Libre del Futuro, porque la relación religiosa es puramente espiritual. La Religión no depende de formalismos, sacramentos, instituciones y órganos. Es subjetiva y se define como el Amor a Dios. Esa relación directa excluye naturalmente todas las formas de discriminación, pues su objetivo es la unidad.

Cuando una criatura se une a Dios, se une al mismo tiempo a todas las criaturas y a todo el universo, se integra en la realidad absoluta. Todo lo demás son cosas humanas, pertenece a la diáspora, es decir, al tiempo del exilio en que el hombre se apartó de Dios. Esta simplificación de la Religión solamente ocurre en la máxima complejidad que es la inmersión del hombre en su esencia proveniente de Dios y que es el propio Dios en nosotros.

Ejemplifiquemos humanamente esta cuestión. Se cuenta que un sabio hindú envió a tres hijos a estudiar a Inglaterra. Cuando volvieron graduados preguntó al primero: “¿Qué es Dios?” El muchacho hizo una larga y confusa digresión al respecto. El segundo vaciló en su explicación y dijo que precisaba estudiar más el asunto. El tercero se calló y sus ojos se llenaron de una extraña niebla luminosa. El padre dijo a los tres en el mismo orden en que les había preguntado: “Usted, hijo mío buscó a Dios en la teología y no consiguió hallarlo; usted, mi segundo hijo, está tanteando en la oscuridad como un ciego; y usted, mi tercer hijo, que no me respondió, encontró a Dios y en Él se sumergió de tal manera que no puede explicarlo con palabras. Usted no perdió el tiempo con las cosas exteriores y por eso fue el único que realmente aprendió qué es Dios.”

La contradicción máxima complejidad y máxima simplicidad no es contradicción, sino fusión. La complejidad infinita de las cosas y de los seres en el Universo aturde al hombre que busca a Dios, pero al encontrarlo el hombre percibe de pronto que toda la complejidad se funde en la Existencia Única de Dios. Es como el marinero que navegó por muchos mares sorprendido por la variedad y las diferencias formales de todos ellos, pero al terminar su navegación constató que todos los mares no son más que el Gran Mar.

La religión en Espíritu y Verdad es ese Mar Total en que todos los mares y todas las aguas se reúnen en una sola cosa. Todas las religiones nacieron de la mediumnidad, que es el fundamento de todas las religiones, las cuales a su vez se funden en la religión esencial que es la Religión del Espíritu o Espiritismo. En ella no se precisa de cosas específicas, pues todas las cosas se funden en una sola: el Amor a Dios.

Un joven y una joven se aman y el amor que los atrae es el Amor de Dios en sus criaturas. La bendición del amor ya los ligó y ellos no necesitan de palabras, ritos o sacramentos para unirse, pues unidos ya están. Si no hay amor entre ellos, no están unidos y de nada valdrá la unión formal por medios sacramentales. Es por eso que en el Espiritismo no hay sacramentos ni formalismo alguno, pues todo depende, en todas las circunstancias, de la esencia única - y únicamente verdadera - que es el Amor.

Pero el Espiritismo reconoce la necesidad humana de la disciplina social, y por eso recomienda solamente el casamiento civil. También por eso el Espiritismo reconoce la necesidad del divorcio, pues en el plano ilusorio de la materia las criaturas se confunden y mezclan sexualidad y deseo con el Amor. Jesús, respondiendo a los judíos que preguntaban por qué motivo Moisés permitía el divorcio, les dijo: “A causa de la dureza de los corazones, pero en el principio no fue así.” Kardec explica que, en el principio de la humanidad el amor era espontáneo, libre de imposiciones extrañas, y entonces no era necesario el divorcio.

El Espiritismo no hace casamientos ni divorcios, ni las anulaciones de casamiento que la Iglesia hace, pues esos problemas pertenecen a las leyes humanas. De la misma manera, el Espiritismo no hace bautizos- pues el bautismo es del espíritu - ni recomienda a los difuntos, ni distribuye bendiciones, pues todas esas cosas no son hechas por los hombres y sí por Dios.

Todos los sacramentos y formalismos son substituidos en el Espiritismo por la plegaria, que sirve en todas las ocasiones de la vida y de la muerte, pues es un momento de unión del hombre con Dios, un diálogo con el Otro, como quería Kierkegaard. Toda intervención humana interesada y venal es substituida por la serena confianza en las bendiciones gratuitas del Cielo.

En ese acto humano de alabanza o de súplica, desprovisto de aparatos exteriores, la presencia de la Divinidad es el cumplimiento de la promesa de Jesús, sin mediar ninguna evocación formal. La solidaridad espiritual se revela en el esfuerzo de trascendencia vertical de los seres humanos conscientes de la ley de la sublimación. No hay fórmulas orales ni gestos, ni signos o mitos en la tranquila vibración de las conciencias en la intimidad de todos y de cada uno.

Las plegarias espontáneas brotan de las profundidades del ser con la naturalidad de una flor que se abre. No es un acto de la voluntad, sino un aflorar del espíritu. No es una ficha arrancada del archivo de la memoria, sino un impulso del corazón. De la raíz latina: prex, (precis, etc.) derivó, en el tiempo, a través de siglos y milenios, la forma leve y suave de la palabra portuguesa prece (plegaria), que suena en los labios como un batir secreto de alas

minúsculas. Se prefiere prece (plegaria) a oración, porque la primera coincide y se armoniza con el acto interior e invisible con que el alma se lanza a la trascendencia. Hay un misterio sutil en esa preferencia intuitiva por ese par de sílabas poéticas (prece) que repercuten en los corazones como el paso de la brisa entre pétalos. No intentamos hacer poesía ni divagar, sino descubrir a través de imágenes y palabras, lo imponderable del instante de la plegaria.

Los que no se contentan con ese soplo del espíritu, ese pneuma griego, ese frémito inaudible, captado más por el alma que por los oídos, y prefieren oraciones extensas y grandilocuentes, están todavía adheridos a los formalismos sacramentales. Nada revela más claramente la naturaleza íntima de la religión espiritual que esa preferencia espírita por la plegaria. Librar al ser humano del peso de la materia para que pueda elevarse a Dios en el silencio de sí mismo es la finalidad de la plegaria. Del problema de la plegaria tenemos que pasar a la cuestión sexual, la cual, hace algún tiempo, no hubiera sido posible pretender discutir. El tabú sexual cerraba todas las puertas hacia atrevimientos de esta especie. El estigma de la era fálica había aterrorizado al Cristianismo Primitivo que tuvo que luchar tenazmente contra la depravación de los romanos y del paganismo en general.

Las epístolas de Pablo nos muestran la desesperación del Apóstol ante el comportamiento animal de los conversos en ciertas iglesias, particularmente en la de Corinto. Eso impelió al Apóstol, ya asustado por la corrupción del propio Judaísmo con las costumbres griegas y romanas, a tomar una actitud radical en lo tocante al sexo. El falso concepto judío de la pureza (más racial y religioso que moral), enardecía sus bríos de antiguo Doctor de la Ley contra el peligro de la época. De las reacciones de Pablo y del puritanismo hipócrita de los fariseos nació una era antifálica y antisensual, orientada hacia el extremo opuesto, hacia la castidad forzada y el celibato. Fue tan violenta esa reacción que ni siquiera los ejemplos de mentalidad abierta del Cristo pudieron atenuarlos.

No solamente el sexo, como instrumento de perdición, sino la misma sexualidad fueron condenados sumariamente. Poco faltó para que la práctica judaica de la circuncisión, que algunos apóstoles más atrevidos, como Pedro, exigían de los conversos paganos, se transformara en la castración árabe de los harenes. Es significativo el hecho de que Pablo, después de la circuncisión que practicó, rehusara continuar circuncidando e incluso a bautizar con agua.

Hubo también, como tenía que haber, reacciones contrarias a esa posición extrema, con liberalidades también extremas, que mucho más tarde resultaron en el episodio de los Libertinos del Siglo XX, (católicos y protestantes rechazados por sus ideas renacentistas, precursores de la fase actual de libertinaje que sacude al mundo).

La pornografía atemorizante de hoy, fomentada por la industria de las perversiones sexuales en revistas, periódicos, carteles, cine y televisión, es a su vez un nuevo brote de la sensualidad sin frenos, desvirtuando el sentido natural de la sexualidad. Son esos los balanceos de un barco de locos lanzado a la furia de las tempestades marítimas, a semejanza del Barco de los Muertos de Traven.

La contrareacción de la moral victoriana inglesa no hizo más que preparar su propia explosión en la fase actual del homosexualismo europeo desenfrenado, que parece vengar la prisión de Oscar Wilde en Reading.

La sexualidad agraviada encontró en Marcuse su defensor filosófico, pero en términos exagerados. Desde el siglo pasado el Espiritismo colocó en los fundamentos de toda la realidad terrenal la cuestión del principio vital, elemento mantenedor de toda la vida planetaria. La sexualidad, que no es el sexo, sino la potencia sexual generadora y mantenedora de vida, es la carga de energía vital del planeta distribuida en los individuos de todas las especies. En la era fálica esa fuerza era cultivada mas no había libertinaje ni pornografía en ese culto, pues no se consideraba el sexo como pecado, sino como instrumento sagrado para la reproducción de la especie. En Sumeria las parejas se unían sexualmente en los altares de los templos, en presencia de sacerdotes que los bendecían para propiciar la fecundación. Ese sentido de la dignidad del sexo se perdió en las civilizaciones teocráticas, aplastado por la condenación del gozo que impedía al alma alcanzar la salvación.

Marcuse tiene razón al defender la teoría de las civilizaciones suicidas que condenan el sexo y a él se entregan en la exclusiva búsqueda del placer, desarrollando la industria envileciente del gozo sexual, que reduce el sexo a instrumento de locura y perversión.

El manejo espírita de ese problema es claro y preciso como vemos en el capítulo sobre la Ley de Reproducción de El Libro de los Espíritus.

227. - “¿Las leyes y costumbres humanas que objetivan o tienen por efecto obstaculizar la reproducción son contrarios a la ley natural?

-Todo lo que estorba la marcha de la Naturaleza es contrario a la ley general”.

228. Todas las especies deben reproducirse, incluso las que parecen dañinas. El equilibrio mesológico se hace según las leyes biomesológicas de cada área específica: el campo, el cercado, la floresta, las aguas, las ciudades, etc... Hay especies dañinas que son sobrevivencias de formas en extinción o mutación adaptándose a condiciones nuevas que están surgiendo. Como advierte Kardec: El hombre, que sólo ve una parte del cuadro general de la Naturaleza, no puede juzgar el todo y se confunde en sus apreciaciones de la armonía natural.

En lo tocante a la población humana del planeta, que hoy preocupa a los hombres y a los gobiernos, el Espiritismo sustenta la tesis del equilibrio natural gobernado por las leyes naturales. Afirma que la Tierra está lejos de poseer la población a ella destinada y que el hombre no tiene capacidad para impedir el progreso poblacional.

El reciente congreso Demográfico Mundial de la ONU así lo comprobó. Después de varios días de debates y defensa de tesis absurdas, el Secretario General de la ONU advirtió a los congresistas que, durante sus discusiones, millones de niños habían nacido en todo el mundo. Era imposible detener el aumento poblacional a través de las medidas propuestas, algunas de ellas ridículas, como la de un científico inglés que propugna medidas para

reducir el tamaño actual de los hombres, reduciéndolos a homúnculos, para conseguir más espacio y disminuir las necesidades de alimento. Por otro lado, varios científicos expusieron el problema de la llamada explosión demográfica y la escasez de alimentos en términos del crecimiento local de los grandes centros urbanos y falta de control de la producción de alimentos, ya por el desperdicio de grandes producciones debido a falta de transportes, o por transportación excesivamente cara desde regiones productoras distantes para las zonas consumidoras.

Resta todavía considerar que todo crecimiento poblacional no es permanente, pues siguen una curva estadística de ascensión que después decae, se ajusta en línea regular o entra en declinación. Todo eso confirma la posición espírita. Se le escapa al hombre el control biomesológico en todo el conjunto de áreas poblacionales animales o humanas, de manera que las intervenciones humanas sólo sirven para provocar desequilibrios peligrosos.

Pasando de ese problema hacia el de la abstinencia sexual y el de casamiento y celibato, vamos nuevamente a verificar el acierto del Espiritismo en su posición afirmada desde mediados del siglo pasado.

El casamiento representa una conquista en la evolución social, disciplinando las relaciones humanas con vista a la organización de la familia dentro de la estructura más amplia de la sociedad.

Si la mayoría de los casamientos en la Tierra presentan dificultades y desajustes, eso proviene de las condiciones inferiores de nuestro mundo.

La pareja es una unidad biológica que se forma por atracción afectiva recíproca desenvuelta en vidas sucesivas a lo largo de la temporalidad, que es el largo y profundo rastro de los tiempos sucesivos. La afectividad que los liga en el presente es positiva, mas está generalmente cargada de cargas negativas, que dimanen de situaciones no resueltas, de compromisos y de deudas morales recíprocas.

Ya formada, la unidad funciona como un dínamo - psiquismo que atrae las entidades comprometidas con el par en las existencias anteriores. El par únicamente se arroba en los sueños de felicidad, en los anhelos del amor. Mas las interferencias de las comparsas causa disritmias y fricciones en la armonía del dínamo, muchas veces desde el enamoramiento y el noviazgo, preanunciando tempestades magnéticas. Son los hijos que buscan la reencarnación y los parientes del par y otros comprometidos que llegan, cobradores de deudas afectivas y de compromisos rotos.

No es Dios quien determina esas situaciones embarazosas, sino la propia pareja y las personas envueltas en confabulaciones remotas causantes de acciones negativas previas a esta vida y que, según la ley de acción y reacción, forman el karma del grupo, es decir, el conjunto de deudas pasadas puestas ahora en rescate común. (La palabra karma, de origen sánscrito, viene de arcaicas religiones hindúes reencarnacionistas, pero se emplea en el medio espírita por su sentido práctico y preciso.)

Si la pareja se rehúsa a tener hijos, los comprometidos reaccionan con vibraciones mentales y psíquicas negativas, quebrando la armonía de la dínamo y provocando disturbios biopsíquicos en la pareja e incluso hasta ocasionando la interferencia de reencarnados comprometidos con ellos. Son esas las causas de la mayoría de las situaciones difíciles resultantes de casamientos felices. Los casos de abortos provocados en el pasado constituyen pesados compromisos a rescatar, y los casos de abortos recientes (sin necesidad clínica real), se acumulan a los anteriores o pasan a débitos futuros.

Es por eso que los sentimientos de amor y respeto al prójimo constituyen elementos defensivos de la felicidad futura de todos nosotros. A partir de este cuadro podemos comprender con más claridad las situaciones dolorosas en que se precipitan muchos casamientos felices, y que las religiones explican cómo castigos divinos o influencias diabólicas. Todas esas ocurrencias dependen exclusivamente de nuestras relaciones humanas en el pasado y en el presente.

La conciencia humana dispone en todos nosotros de los recursos preventivos de esas situaciones. Nuestra imprudente falta de atención a las exigencias y advertencias de la conciencia son responsables de las situaciones negativas que nosotros mismos creamos contra nuestros intereses evolutivos.

El Problema del Celibato

En lo tocante al celibato la posición espiritista es decisivamente contraria, pues, lo considera como una escapatoria, determinada por el egoísmo, del deber natural que nos impone la reproducción de nuestra especie humana. El celibato religioso, impuesto por las iglesias, va más allá de eso, pues representa una violación consciente a las leyes divinas con el pretexto de la exclusiva dedicación a Dios.

Solamente se justifica el celibato obligatorio, motivado por cuestiones orgánicas o impedimentos provenientes de enfermedades o mutilaciones. Se admite el celibato por dedicación íntegra a una causa social absorbente. En estas circunstancias el egoísmo está naturalmente excluido.

En los casos del sacerdocio y votos de castidad el egoísmo despunta en la pretensión de agradar a Dios violando sus leyes. Incluso, como lo demuestran las religiones en general, es conveniente para el sacerdocio su casamiento, pues así no se ven forzados a la hipocresía ante las exigencias vitales del hombre y de la mujer.

Una gran causa puede llevar a una persona abnegada a no casarse para no causar sacrificios a la familia que así formaría. Esa es una cuestión de conciencia por la cual cada uno responde individualmente; el Espiritismo no lo determina, pues no es una iglesia ni una institución secreta. La actitud espiritista se refiere solamente a los deberes de conciencia del ser ante las exigencias de la evolución humana.

Queda todavía el problema de la poligamia, que el Espiritismo encara históricamente recordando que el casamiento con responsabilidades sociales definidas, superó a las experiencias poligámicas del pasado.

Toda esa posición espírita está perfectamente de acuerdo con las leyes vigentes en el mundo moderno. Los movimientos actuales del propio clero católico por la abolición del celibato sacerdotal y las concesiones hechas por la iglesia en numerosos casos, confirman la necesidad creciente de una revisión eclesiástica de esa institución contradictoria dentro del Cristianismo, pues mientras el casamiento está permitido a los clérigos en la Iglesia de Oriente, el celibato es obligatorio en el Occidente.

El celibato de las monjas es una herencia de la castidad obligatoria de las vestales romanas, sujetas a ser enterradas vivas si quebraban su voto. Es interesante recordar que las vestales, que mantenían el fuego de la diosa Vesta en los templos, podían casarse después de completar sus 30 años de servicio.

Las medidas contrarias a las leyes naturales, que son las leyes de Dios, tienden a desaparecer con la evolución cultural, moral y espiritual de la Humanidad.

Decía el Apóstol Pablo que hay eunucos hechos por los hombres y los que se hacen eunucos por amor al Reino de Dios. Hay también los que nacen eunucos. Aplicándose esto a nuestros días podemos decir que hay celibato por accidentes mutilantes, por el deseo de servir a Dios, y por deficiencias orgánicas congénitas.

Pero el Espiritismo manejando los antiguos problemas místicos y las viejas supersticiones religiosas a la luz de la razón, nos muestra la contradicción de la supuesta dedicación a Dios a través de violaciones egoístas de las leyes naturales. Si hay, por así decir, todo un dispositivo natural para el desenvolvimiento de las potencialidades humanas a través de lento y complejo proceso evolutivo, ¿cómo puede el hombre sujeto a ese proceso, sometido a sus exigencias condicionantes, querer modificarlo, corrigiendo a Dios? ¿A quién aprovecha el sacrificio de una joven saludable en la celda de un convento o la negación por un joven saludable de su propia virilidad?

El móvil de esas actitudes es la ambición egoísta de conquistar el cielo para gozo propio, adelantarse a los demás, escapando a las leyes del proceso evolutivo natural.

Todas las formas de autoflagelación, cilicios, abstención exagerada, aislamiento y quietismo son evasiones de la realidad que todos deben enfrentar en el cumplimiento de los deberes inalienables de solidaridad humana y amor al prójimo. Y toda evasión es un acto de desobediencia a la voluntad divina.

El mito de Adán y Eva tiene la belleza poética del acto creador, pero la presencia de la serpiente en el Edén es una indicación de las pretensiones humanas. Si no hubiese sido por la astucia de ese animal rastrero, la Obra de Dios habría quedado reducida, por la timidez de la primera pareja, a una tentativa frustrada en medio del desierto.

Desde que el hombre alcanzó en el proceso de la evolución creadora, según la tesis de Bergson, la capacidad de pensar y juzgar, su primer juicio fue favorable a sí mismo, pues se juzgó capaz de corregir los errores de Dios. El despertar de la inteligencia hace subir el vino a la cabeza, mas es bueno no olvidarnos que la borrachera de Noé, después del diluvio, lo arrojó desnudo al fondo de su tienda, escandalizando a sus propios hijos.

Por eso el Espiritismo tomó de la enseñanza de Pablo sobre la mejor virtud su lema de redención racional: Fuera de la caridad no hay salvación. Las iglesias claman que la salvación por la caridad excita la vanidad humana. Si amar al prójimo y ayudar a llevar la carga de los que sufren es un acto de orgullo, entonces la humildad debe estar con los que se entregan a la ambición de la fortuna personal y del poder poniendo su carga sobre el lomo del prójimo.

COMO COMBATIR EL ESPIRITISMO

El mito bíblico de la matanza de los niños por orden de Herodes el Grande para librarse del Mesías pasó al Evangelio como una realidad histórica. Que es mito no hay duda, pues tiene todas las características míticas y se presenta ligado al contexto mitológico, ingenuo y poético del nacimiento de Jesús en Belén de Judea.

Pero todo mito es generado en la imaginación del pueblo a partir de hechos reales. Tanto la nobleza israelita como los dominadores romanos de la Palestina temían a la aparición del Mesías e incluso hasta a la idea de que el Mesías estuviese creciendo en medio del pueblo. Así pues, era conveniente sacrificar a los niños entre los cuales él debía ocultarse.

La sangre inocente, principalmente de niños, tuvo siempre significado mágico en la Mitología de todos los pueblos. La matanza de criaturas en el Monte Santo (Brasil), en un ambiente de fanatismo delirante, descrito por Euclide de la Cuña en Os Sertões, tiene el mismo olor nauseabundo del infanticidio herodiano. Pero lo que nos importa en este caso es la tentativa de matar al Cristianismo en la cuna, lo cual se repitió después en el caso del Espiritismo.

Si en aquella época las fuerzas dominantes de Judea se unieron contra la amenaza que venía de la Galilea, también en el mundo moderno hemos visto la reunión de todas las fuerzas del sistema contra la amenaza del Espiritismo que nació el mismo tiempo en América y en el centro de la civilización europea, que era París.

Las niñas Fox en Hidesville fueron impiamente despedazadas por la crítica. Y si las niñas Boudín no lo fueron en París, se debió a la cautela de Kardec, que ocultó sus nombres y simbólicamente las mandó, en el mismo burrito que llevó a José y a María a Egipto, hacia los confines de las Galias, escondiéndolas entre los dólmenes y los robles de los druidas.

A pesar de esta precaución, los asesinos herodianos, reencarnados en sacerdotes cristianos y científicos europeos, “descuartizaban” a cada niño que encontraban por los caminos de la incipiente y arrogante cultura de la época. Los tiempos habían cambiado después de las deslumbrantes conquistas técnicas de la Ciencia en el Siglo XVIII, por lo que Kardec no llegó a ser crucificado, pero lo sometieron a todas las torturas refinadas posibles y los retardatarios inquisidores españoles lo quemaron en Barcelona, en la efigie simbólica de sus obras.

Como en el caso cristiano, todo eso fue inútil. El Espiritismo se impuso entre las novedades culturales de la Época, los Saulos de la Ciencia fueron convertidos por la evidencia de los fenómenos y el Cristo Resucitado reapareció en Europa. Parece que esa transposición ya tenía un precedente: la de la fuga de María de Magdala hacia Francia después de la crucifixión, según la leyenda.

El paralelismo prosigue.

Simón el Mago que quería obtener los secretos de la magia de Pablo, reaparece en la figura de Houdini, el mago moderno que deseaba descubrir los trucos del médium escocés, no espírita, perteneciente a un linaje noble, Daniel Douglas Home, quien producía manifestaciones ectoplásmicas de manos que se materializaban y se levitaban en presencia de asistentes asustados. Richet el mayor fisiólogo del siglo, a la manera de Tomás, no creía en la resurrección y tocó las llagas de la verdad crucificada con la punta de sus dedos.

Crawford, profesor de mecánica de la Universidad de Belfast, descubría la palanca de ectoplasma con que los fenómenos de levitación se producían.

Conan Doyle se convertía en el Apóstol de los Gentiles entre los pueblos africanos. Ochorowicz desdoblaba, sin saber cómo ni por qué, el cuerpo de la médium Stanislava. Shrenck - Notzing descubría los procesos de emisión y reabsorción de ectoplasma por los médiums y obtenía los primeros análisis de laboratorio en Berlín y Viena, sobre la constitución física de esa extraña materia orgánica.

La lucha contra el Cristianismo solamente se tornó eficaz cuando los cristianos se dejaron fascinar por el ya agonizante Imperio Romano. Gracias a esa fascinación el Imperio consiguió someter el Cristianismo a su servicio y lo desfiguró en poco tiempo.

En la Cristiandad tenemos ahora la técnica semejante del Imperio de las Tinieblas organizado en las regiones inferiores del mundo espiritual, donde los espíritus apegados a la materia, revestidos con cuerpos espirituales, en los que los elementos materiales predominan, continúan viviendo en condiciones terrenales. Población mayor que la encarnada en la superficie del planeta, esas entidades se disputan las almas ignorantes y vanidosas de las filas espíritas y las utilizan como instrumentos de confusión en el medio doctrinario.

Las mistificaciones más groseras son aceptadas por esos adeptos vanidosos, que llegan a la extrema audacia de corromper los textos de la Codificación de Kardec e intentar substituirlos por obras envilecidas por contradicciones y absurdos de toda especie. En vez de procurar instruirse, mejorar sus conocimientos, pretenden transformarse en nuevos reveladores de misterios asombrosos.

Hay varias corrientes ya formadas en el medio espírita, contra las cuales las personas sensatas precisan precaverse. Es claro que esas mistificaciones de hombres fatuos y espíritus inconsecuentes serán barridas por la evolución, pero para cuando eso acontezca habrá pasado tiempo suficiente para que muchas personas ingenuas sean envueltas en procesos obsesivos.

Todo espírita consciente de sus responsabilidades humanas y doctrinarias está en el deber intransferible de luchar contra esas ondas de contaminación espiritual que pesan en la atmósfera terrestre. Nadie tiene el derecho de cruzarse de brazos en nombre de una falsa tolerancia que los convertirá en cómplices.

Los propios e infelices corifeos y propagadores de esas teorías ridículas son los más necesitados de ayuda. Es legítima caridad que rechacemos todas esas fantasías en nombre

de la verdad, incluso si eso lastima a los compañeros engañados. La tolerancia comodista de los que ven el error y se callan es crimen que tendrá que ser pagado en el futuro. Quien pacta con el error para no crearse problemas está sin saberlo, enredándose en las redes sombrías de la mentira, comprometiéndose con los mentirosos. Y ese compromiso es una falta de respeto contra todos los que se sacrifican en el presente para ayudar a la Humanidad en la defensa de sus derechos evolutivos.

Este es el momento grave de la evolución terrenal en que no podemos olvidar la advertencia de Jesús: Sea tu hablar sí, sí; no, no.

Multitudes de criaturas fueron sacrificadas en el pasado para que la Humanidad se liberase de sus engaños y pudiese encontrar los caminos limpios de la verdad, esto es, de las cosas reales, verdaderas que nos conducen al saber y a la libertad. Si traicionáramos hoy, por comodidad, a esos mártires innumerables, estaremos emporcando la dignidad humana, cubriendo de basura las sendas de la verdad abiertas por el Cristo y ahora reabiertas por el Espíritu de la Verdad a través de Kardec.

Cambiar la enseñanza pura del Maestro por las bagatelas de asnos vanidosos es hacer el papel de los puercos de la parábola que rechazan las perlas y avanzan rabiosos contra quien se las ofrece. Palabras duras, sin duda, pero que fueron usadas por Jesús para despertar a las almas empedernidas. No hay más lugar para comodismos, compadrismos, tolerancias criminales en el medio espírita. Cada uno será responsable por las yerbas dañinas que deje crecer a su alrededor. Esta es la manera más eficaz de luchar contra el Espiritismo en la actualidad: cruzar los brazos, reír entre dientes, concordar para no contrariar, porque en ese caso, el combate a la doctrina no viene de afuera sino de adentro del movimiento doctrinario.

La más ridícula mistificación de la doctrina, el Roustainguismo, continúa dominando la Federación Espírita Brasileña, que reedita y propaga, sustenta y defiende la obra Los Cuatro Evangelios. Jean - Baptiste Roustaing, abogado en Burdeos, Francia, publicó esa obra en tiempos de Kardec. El maestro la examinó y criticó con paciencia cristiana. Después de él, muchos otros espíritas lúcidos y cultos denunciaron las incongruencias de esa obra, imitación servil y deformada de la obra de Kardec.

El propio abogado explicó en el prefacio de la obra, con la ingenuidad típica de los fascinados, las condiciones precarias de salud en que se encontraba cuando la recibió, después de evocaciones temerarias. La mecánica de la mistificación fue expuesta al público por la propia víctima. Roustaing es el antiKardec, mente confusa, misticismo beato, y por tanto vulgar, absurda credulidad populachera, falta absoluta de criterio científico, desprecio por los datos históricos, mitología arcaica, raciocinio confesadamente averiado, aceptación pacífica de tesis clericales oscurantistas, posiciones anecdóticas en la explicación de los hechos evangélicos: el falso embarazo de María, Jesús niño fingiendo que chupaba el seno de su madre y devolviéndole mágicamente la leche a los vasos sanguíneos en forma de sangre, espíritus superiores reencarnando en mundos inferiores como criptógamos carnudos, en forma de babosas en carne humana, etc.. Un montón de ridiculeces semejantes que se repiten en los fastidiosos volúmenes de la obra en un ritornelo desesperante.

Y hombres de cultura regular (no puede ser superior) se vanaglorian de esas tonterías a tal punto de considerar a la FEB - pásmense las criaturas de mediano buen sentido - como La Casa Mater del Espiritismo. Ignoran ciertamente la existencia histórica de la Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas y todo el trabajo exhaustivo de Kardec. Varias Federaciones Estatales se enyugaron al carro funerario de esa mistificación.

La Federación Espírita del Estado de São Paulo, considerada durante años como institución bien orientada, pasó por períodos de aceptación y estudio de las obras de Ramatís, corrompidas por pretensiones paranoicas y teorías absurdas sobre Jesús, sobre la mediumnidad, sobre prácticas mágicas, cargadas de afirmaciones ridículas sobre el pasado de la Tierra, la existencia de la Atlántida, las relaciones de vidas anteriores de Jesús y María Magdalena, etcétera.

Recientemente después del escándalo de la adulteración de El Evangelio Según el Espiritismo, después de diez años de ausencia, El Libro de los Espíritus, obra fundamental de la doctrina, reapareció, en los cursos de algunos centros, como novedad. Kardec había sido suprimido por estar superado. ¿Por dónde anduvieron la convicción, la fe, la certeza racional de los principios doctrinarios, hoy científicamente comprobados, durante ese largo intervalo de vacilaciones y de apego a obras de esa especie?

Bastan esos datos para mostrarnos que el Espiritismo es de los propios espíritas. Y es por eso, por causa de esa negligencia imperdonable en el estudio de la doctrina, que los mismos adeptos se han transformado en eficientes instrumentos de combate contra el Espiritismo.

Las personas de buen sentido y cultura se apartan horrorizadas de un medio en que sólo podrían permanecer en continuo retroceso, si aceptan amoldarse a creencias absurdas propias del fanatismo. En el campo científico la nada no existe ni puede existir. Y como la base de la doctrina es la Ciencia, el Conocimiento, la sólida base de los hechos, la verdad incontestable es que nuestro movimiento espírita no tiene base. Si los espíritas conscientes no se disponen a intentar la reconstrucción, a volver a levantar ese edificio en peligro, quedamos en la condición de un nabab que desprecia sus riquezas por incapacidad para administrarlas.

Tenemos en las manos la Ciencia Admirable que el Espíritu de la Verdad propuso a Descartes y más tarde confió a Kardec. ¿Pero de que vale la ciencia y el poder, la fortuna y la gloria, sino somos capaces de vigilar todo eso y ni siquiera de comprender lo que poseemos? Nosotros mismos abrimos las puertas de la muralla y acogemos, alegres y estúpidos, al Caballo de Troya en nuestra fortaleza inexpugnable.

Es lógico que los hombres en general no conozcan el ritmo de ejecución de las programaciones divinas. Pero los espíritas en particular, no pueden desconocerlo. Saben que la Tierra no es un mundo perdido en el espacio sideral, sino que está regido por leyes naturales en el ámbito de un vasto programa para el desenvolvimiento de la galaxia en que se incluye. Podemos fallar en la superficie terrestre por nuestro descuido y despreocupación, pero en los computadores cósmicos los Espíritus Superiores vigilan cuidadosamente el cumplimiento de los designios de Dios.

Hacia mediados del siglo pasado se nos avisó, a través de mensajes dirigidos a Kardec, que la evolución terrenal comenzaba a acelerarse con la llamada Guerra de Italia y que avanzaría irresistiblemente a través de guerras y convulsiones sociales, revoluciones científicas y morales, en un ambiente de tensión en que los valores de una civilización infeliz, hecha de cosméticos, caería ante los impactos de las grandes transformaciones. Kardec preguntó preocupado, si habría convulsiones geológicas devastadoras. Los Espíritus respondieron que no se trataba de eso, sino de profundas convulsiones morales que sacudirían todas las naciones.

El estudio de esos mensajes nos mostró que el período anunciado abarcaría todo el siglo XX, en una especie de revisión febril de toda la realidad planetaria. Hoy vemos, próximo ya el fin del siglo, que la programación se cumplió y se acelera su ritmo cada vez más, como si debiésemos entrar en el tercer milenio de la Era Cristiana con la velocidad de un cohete espacial.

No tenemos motivos para dudar de lo que vemos con nuestros ojos y sentimos en nuestra piel. No podemos tampoco dudar de la realidad de la pequeña parte de la programación que nos fue revelada y que realmente se cumplió. Sabemos, por tanto, con seguridad que estamos entrando en la Era Cósmica, en esa era nueva en la que la Tierra entrará en el sistema cósmico de relaciones entre los mundos. Pero si no tomamos conciencia de eso y no procuramos cumplir nuestros deberes, seremos substituidos y pasaremos a la condición de pueblos desheredados. Nuestro apego enfermizo a los bienes perecederos nos hará incapaces de tratar de los bienes del espíritu, que hemos descuidado tanto.

Sabemos claramente que, aunque materialmente fundidos en el plano material y semimaterial, estamos divididos en una gran mezcla de grados evolutivos. La ley de las migraciones cósmicas podrá lanzar una gran parte de nosotros a mundos dolorosos de reajuste y recuperación, mientras que la parte evolucionada de nuestra humanidad continuará en la Tierra, auxiliada por contingentes de pueblos más aptos y responsables.

No se trata de una amenaza ni de un castigo, sino solamente de lo que podríamos llamar medidas administrativas en nuestro propio beneficio. Tenemos ejemplos constantes de esas medidas en la recolecta diaria que la muerte realiza sin cesar a nuestro alrededor. Vemos, por las comunicaciones de los espíritus en nuestras sesiones de adoctrinación y desobsesión (donde la mayoría de los muertos comparecen en situación precaria), que fueron removidos de aquí mismo, del ámbito de la vida terrenal, hacia regiones de pruebas a las que se adaptan penosamente, sin conformarse, por no haber encontrado las regiones felices con que soñaban.

Tenemos también el aviso de los mensajes psicografiados, entre los que se destacan los recibidos por Chico Xavier, ahora estimulando nuestro esfuerzo a la comprensión y al bien, ahora advirtiéndonos con respecto a las dificultades encontradas allá por los que perdieron su tiempo acá.

Los filósofos que investigaron el problema de la conciencia humana, y particularmente Wilhelm Dilthey, que trató sobre todo de la transición de la conciencia pagana a conciencia

cristiana, han destacado la importancia del concepto de Providencia Divina, formulado por el Judaísmo.

Los dioses paganos eran mitos copiados de la propia psique humana. Tenían la liviandad y la displicencia de los hombres. Intervenían en sus disputas, participaban en sus guerras, conquistaban a las mujeres y las hijas de los hombres, discriminaban injustamente y poco les importaban los problemas superiores.

Yavé el dios de los judíos, era también un dios pagano dotado de todos los defectos de los demás. Pero se interesó por el destino de su pueblo y asumió su mando, por lo que fue llamado Dios de los Ejércitos. Jesús se aprovechó de esa oportunidad, especie de abertura en la concepción inferior de los dioses, para dar énfasis a la intervención divina en las cuestiones humanas.

El concepto superior del Dios Padre, vigilante y providencial, generó y abrió posibilidades a la comprensión de la Providencia Divina, por la cual Dios - Único y Absoluto - surgía como el orientador de los pueblos. Esa idea de la Providencia, junto al concepto griego del Logos o Razón Divina y al concepto romano de Justicia, constituyen según Dilthey, los elementos naturales de la conciencia universal creada por el Cristianismo.

La preocupación por los mundos siderales, existente en las civilizaciones astrológicas, tomó aspecto más positivo y racional en el Cristianismo, dando nacimiento a la idea de la pluralidad de los mundos habitados. Las referencias de Jesús a las muchas moradas de la casa del Padre reforzaron poderosamente esa visión cósmica, ya bien señalada en la filosofía de Pitágoras, con su teoría de la Música de las Esferas en el infinito.

La posición racional de Jesús, no obstante, el clima místico y mitológico de la época, repercutió en el Renacimiento y se definió en el plano científico con las contribuciones de Galileo y Copérnico. En el Espiritismo el problema tomó cuerpo y se impuso de manera decisiva, con las numerosas comunicaciones mediúmnicas referentes a otros mundos. Kardec incluyó en El Libro de los Espíritus la famosa Escala de los Mundos y el astrónomo Camille Flammarion, médium psicógrafo que trabajaba con Kardec, publicó el libro Pluralidad de los Mundos Habitados que tuvo gran repercusión en todo el planeta.

El teatrólogo Victorien Sardou recibió, en la Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas, numerosos dibujos, firmados por Bernard Pallissy y Mozart, referentes a Júpiter, considerado como el mundo más adelantado de nuestro sistema solar.

La teoría de las migraciones planetarias dada mediúmnicamente por espíritus elevados, completó ese cuadro del Universo habitado en todas sus dimensiones y de la llamada solidaridad de los mundos, por la cual los más adelantados de éstos ayudan al progreso de los más atrasados. Las migraciones son el recurso administrativo mediante el cual, en los períodos de grandes y profundas transformaciones culturales, se transfieren poblaciones de un mundo a otro, para facilitar el progreso de poblaciones retardatarias.

El avance actual de las investigaciones cósmicas va confirmando la teoría espírita al respecto, de manera lenta, pero segura. Kardec declaró que el Espiritismo no es

Astronomía, sino Ciencia del Espíritu, y que se debe esperar de los astrónomos la solución positiva del problema. El desenvolvimiento de la Astronáutica reforzó en nuestros días esa posición de Kardec. Flammarión observó que el principio de la reencarnación es consecuencia del principio de pluralidad de los mundos habitados.

La posición de Kardec en el siglo XIX fue la del intelectual europeo bien integrado en la cultura de la época, preocupado por la solución de los problemas del mundo a través de la Educación. Aunque pertenecía a una familia tradicional de Lyon formada de abogados y magistrados, su vocación lo llevó a los estudios científicos y educacionales. Hechos sus estudios iniciales en su ciudad natal, sus padres lo enviaron a Suiza para completar su formación en el Colegio de Yverdún, con Pestalozzi. Se integró en la línea del pensamiento pestalozziano, de un humanismo abierto y universalista que tenía sus raíces en Rousseau.

Profundizó en el estudio de las ciencias médicas e hizo su entrenamiento clínico en un hospital de París, como atestigua su amigo Henri Sausse, y ha sido confirmado por las investigaciones recientes de André Morelli, pero se dedicó totalmente a la Pedagogía, continuando los trabajos de Pestalozzi.

Sus obras fueron adoptadas por la Universidad de Francia y también ejerció en ella un cargo de director de estudios. Vivió pobre y solitario en un modesto apartamento de la Rua des Martyres, en París, habiéndose casado con la profesora Amellie Boudet, de la cual no tuvo hijos. Vida de trabajo, tranquila y morigerada, bien conceptuado en los medios culturales de Francia por su cultura, su buen sentido, su seriedad y dedicación al trabajo.

Escritor de ideas amplias y mente refrescante, poseía el estilo didáctico que se puede apreciar en sus obras. Nunca pretendió ser un mesías o fundador de religión, como han querido hacer ver hasta hoy algunos diccionarios enciclopédicos mundiales.

Su nombre civil era León Hyppolyte Denizard Rivail, con el que firmó sus obras universitarias y el famoso estudio que hizo para una remodelación de la Enseñanza en Francia. Al entregarse a la investigación de los fenómenos espíritas y organizar El Libro de los Espíritus, adoptó el pseudónimo de Allan Kardec, para establecer la necesaria distinción entre sus obras pedagógicas y sus libros espíritas. El pseudónimo le fue sugerido por su espíritu orientador, quien le dijo que ése había sido su nombre en la encarnación anterior como druida, o sea sacerdote celta en la Galia. Fundó la Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas para investigaciones; la Revista Espírita para divulgación y sustentación del Espiritismo, y en el espacio de quince años codificó la Doctrina Espírita y universalizó el movimiento doctrinario. Comenzó las investigaciones espíritas en 1854 y falleció súbitamente en 1869, dejando concluida las obras fundamentales de la doctrina, que ejercieron la función de una introducción general a todos los problemas del Siglo XX.

Kardec tuvo contra él y sus ideas las fuerzas unidas de la segunda mitad del siglo pasado. La Colección de la Revista Espírita, traducida íntegramente en São Paulo por el ingeniero Julio Abreu Filho, fue publicada por la Editora Cultural Espírita (EDICEL) en doce volúmenes de unas 400 páginas cada uno. El traductor concluyó su exhaustivo trabajo en

condiciones precarias de salud, falleciendo poco después. Se había dedicado intensamente a ese trabajo, pero su estado de salud no le permitió alcanzar la perfección deseada.

La EDICEL convocó una comisión de estudiosos del asunto para revisar todo el trabajo, constituida por los Profesores J. Herculano Pires, J. A. Chaves, Miguel Mairt y Anne Marie Marcier. Esa comisión no llegó a concluir toda la revisión.

El primero se encargó de traducir en versos las numerosas poesías del texto, que Julio tradujera en prosa. Las poesías traducidas fueron publicadas en la Revista en su texto original francés y con la traducción portuguesa paralelamente, para verificación y comparación de los lectores. Son poemas de notable belleza psicografiados por diversos médiums, y poemas de poetas espíritas, entre los cuales hay una serie curiosa de un lector de la Revista, Sr. Dombe, que se convirtió en el fabulista espírita clásico de Esopo.

Kardec estableció la línea epistemológica de la doctrina en secuencia lógica: Ciencia, Filosofía y Religión, admitiendo esta última como Moralidad, según la concepción de Pestalozzi, rechazando su comparación con las religiones formalistas y dogmáticas.

La Religión Espírita es libre y abierta, sin sacerdocio ni sacramentos, apoyada en las conquistas científicas y en los desenvolvimientos de la Filosofía, buscando la verdad que sólo puede ser obtenida por la adecuación del pensamiento a la realidad constatada por los hechos científicamente probados.

NOTAS BIOGRAFICAS SOBRE EL AUTOR

J. HERCULANO PIRES nació el 25 de septiembre de 1914 en la antigua Provincia do Río Novo, hoy llamada Provincia de Avaré, Zona Sorocabana; y desencarnó el 9 de marzo de 1979 en São Paulo.

Era hijo del farmacéutico José Pires Correa y de la pianista Bonina Amarai Simonetti Pires. Hizo sus primeros estudios en Avaré, Itai y Cerqueira César. Su vocación literaria se reveló desde que comenzó a escribir. A los nueve años compuso su primer soneto, un decasílabo sobre el Lago São João, de su ciudad natal. A los 16 años publicó su primer libro, Sueños azules (cuentos), y a los 18 su segundo libro, Corazón (poemas libres y sonetos). En ese tiempo ya guardaba varios cuadernos de poemas en su escritorio y colaboraba en los periódicos y revista de la provincia de São Paulo y de Río. Publicó varios cuentos con ilustraciones en La Revista de la Semana y en El Malho. Fue uno de los fundadores de la Unión Artística del Interior (UAI), que promovió dos concursos literarios, uno de poemas, auspiciado por la sede de la UAI en Cerqueira César, y otro de cuentos por la Sección de Soracaba.

Fue incluido por Mario Graciotti entre los colaboradores permanentes de la sección literaria de A Razão, de São Paulo que publicaba un poema suyo todos los domingos. Transformó (1928) el periódico político de su padre en semanario literario y órgano de la UAI. Se mudó a Marília en 1940 (a los 26 años de edad), donde adquirió el periódico Diario Paulista y lo dirigió durante seis años.

Con José Geraldo Vieira, Zoroastro Gouveia, Osorio Alves de Castro, Nichemja Sigal, Anathol Rosenfeld y otros promovió, a través del periódico, un movimiento literario en la ciudad y publicó Estradas y Ruas (poemas) que Erico Verissimo y Sergio Milliet comentaron favorablemente. En 1946 se mudó a São Paulo y dio a conocer su primera novela, El Camino del Medio, que mereció críticas elogiosas de Afonso Schmidt, Geraldo Vieira y Wilson Martins. Por cerca de treinta años, en la Rua 7 de abril, ejerció funciones de reportero, redactor, secretario, cronista parlamentario y crítico literario de los Diarios Asociados. Fue autor de ochenta libros de Filosofía, Ensayos, Historias, Psicología, Parapsicología y Espiritismo, varios en colaboración con Chico Xavier y, además, recientemente lanzó la serie de ensayos Pensamientos de la Era Cósmica y la serie de novelas Ficción Científica Paranormal.

Alegaba sufrir de grafomanía y no seguía escuela literaria alguna. Su único objetivo era comunicar lo que creía necesario, de la mejor manera posible. Graduado de Filosofía por la USP, publicó una tesis existencial: El Ser y la Serenidad. Pitágoras decía que la Tierra es la morada de la opinión. Por todas partes encontramos a los que opinan. Empero, él oía la Música de las Esferas, de los mundos rodando en lo infinito, y sabía que las opiniones humanas son mariposas efímeras, que hoy vuelan a nuestro alrededor y mañana ya no existen más. Amante de la Sabiduría, Pitágoras buscaba la certeza. Bertrand Russell lo imaginaba como un hombre que tenía un pie en el misticismo órfico del pasado y el otro en el racionalismo del futuro.

Todos nosotros somos más o menos pitagóricos. Aunque oímos el zumbido permanente de las opiniones humanas sin percibir ni siquiera levemente la música celeste, procuramos, no obstante, afirmar por lo menos un pie en el estribo de la Razón, con la intención de montarnos en Pegaso, el caballo alado. Cabalgar en lo Inefable es buscar la unidad perdida de las cosas y de los seres. De la sangre de Medusa nació Pegaso, como del sudor de los hombres nace en la Tierra la Divina Psique.

Pero para verla y oírla tendremos que servirnos de los poderes de la Razón que nos da la medida inflexible de la Verdad. (Palabras del Vagabundo de Knut Hansum, que contemplaba a la distancia la Villa de Trovatne, como un risco de arcilla blanca en la nieve.)